

UN DIA MÁS.

I.

Hoy es viernes, si estoy bien ubicado en tiempo y espacio. Situación que ustedes pensarán que es elemental; parece básico ubicarse en el día en que se vive, pero les aseguro que ya para mí no lo es. Nada es elemental. Estoy en esos momentos en los cuales vale la pena corroborar todo, comprobarlo, sólo para asegurarme que no digo cualquier cosa.

De todas formas sí, lo pienso un par de segundos y sé que hoy es viernes. Lindo día. Se acerca el fin de semana para todos.

Cuando digo todos estoy pensando en mis amigos, que sé que vendrán a verme, porque los he llamado para pedirles que vinieran a visitarme. Porque los quiero ver. Quiero impregnar estos momentos con su presencia. Incorporarlos.

Primero hice un llamado al teléfono de Cora, ya hace un par de días que se encuentra en mi casa. Está conmigo desde el miércoles.

La llamé primero que a nadie porque la quiero mucho, y así son mis particulares formas de demostrárselo; porque sé que me agradece que le haya avisado primero a ella, que le haya pedido que me acompañara. También porque sé que ella necesita vivir a mi lado en estos momentos. Es un deseo que yo, por supuesto, le iba a otorgar.

Les cuento que Cora es del tipo de mujer que dice lo que quiere o lo que necesita sólo una vez, porque para ella esto es suficiente. Queda en manos del otro cumplir o no con su deseo o necesidad. Supe desde hace meses que a Cora le es muy importante estar este tiempo conmigo. Y la llamé primero que a nadie.

Fue siempre tan respetuosa, que no hubiera venido hasta hoy viernes, si yo no le hubiese dicho que se instalara en mi casa desde el mismo miércoles que le hablé.

Podía haberla llamado incluso antes que el miércoles. Sólo que estaba tan concentrado en las rutinas, que no me di cuenta. Eso que mucha gente dice...“se ha ido el tiempo volando”. Pues sí, se me ha ido el tiempo volando.

Entonces llegó ese día, en que caí desmayado en el baño. Fueron unos segundos, o minutos como máximo. Si tengo que ser sincero, no sé cuánto tiempo pasó. Por suerte me recuperé, no me había golpeado demasiado, sólo un leve moretón en la mejilla izquierda, y una horrible hinchazón en el labio superior. Creo que al caer pegué contra el lavabo, nada demasiado preocupante. Ni siquiera avisé a la ambulancia ni consulté médico. Sólo ocurrió aquello que se convierte en lo necesario y suficiente como para que funcione como un aviso, un llamado de atención, un recordatorio. Fue ahí mismo - lo recuerdo hasta el último detalle- que me miré al espejo, corrí hacia la heladera, envolví muchos hielos en un trapo y me lo coloqué en el labio. No quería verme mal. No quiero. Me gusta mi rostro. Es limpio, honesto, no necesita deformidades, no ahora. Porque es el momento de llamar a Cora para que venga a acompañarme. Así mismo lo pensé... Para que venga a mi casa a pasar unos días conmigo. Los que sean. Los que mi tiempo determine. Los que la magia de la vida me decida regalar. Es más, creo que mientras conversamos al teléfono, le comenté mi situación y mis deseos casi exactamente usando estas palabras.

Pasé sólo algunas horas con el ritual del hielo, y el bulto del labio cedió. Permanece una marca en la mejilla, que hasta simpática ha quedado. Me sentí un poco más tranquilo. Fue entonces cuando decidí mirarme nuevamente en el espejo, ya sin la preocupación por el golpe ni el desmayo; sin la inquietud por mi nuevo episodio. Me miré nuevamente en el espejo con el ánimo de evaluar mi figura, mi presencia, mi aspecto, con la mayor sinceridad posible; sin condescendencia, sin manipular la imagen ni hacerme el desentendido. Sabía que comenzaban horas preciosas, esto lo podía percibir; a partir de aquél instante, comenzaba a contar los minutos y los momentos. Cora vendría a verme, la primera. Vendría a quedarse conmigo. Tenía que hacer una evaluación sincera.

Tomé coraje. Hacía varias semanas que le venía huyendo a este espejo. Es muy grande. Es de cuerpo entero, rodeado de un hermoso marco de madera. Se encuentra en mi dormitorio, sobre una de las paredes, sostenido por un enorme gancho que puede con él. Se impone su presencia. Cuando uno se acerca a él, se refleja mucho más que la propia figura; te recuerda que eres pequeño; te sostiene flotando en medio de su inmensidad. Logra reflejar ese mundo infinito que rodea a quien quiera mirarse en él, de tal manera que consigue llevarte a horizontes tan lejanos, tan vacíos, que quedas allí parado sin saber en qué túnel del espacio te has metido esta vez.

Un espejo así, es difícil que mienta. ¿Se imaginan? ¿Comenzar con este asunto de “espejito, espejito, dime quién...” Es terriblemente infantil, lo sé. “Pero así está el mundo”, logré decirme a mí mismo. Me armé del valor y la decisión imprescindibles, y allí fui, totalmente desnudo, a realizar este encuentro conmigo mismo, o más bien, con lo que se puede ver de mí mismo.

Como conclusión les diré que así fue como terminé de convencerme de que era un momento muy especial en mi vida; tan especial y tan específico, que ya fue imposible abstraerme de él. Se convirtió en un tiempo, en un instante; o mejor digamos que se convirtió en una etapa, en otro paréntesis que deberé afrontar, transitar y concluir. Sólo que esta vez, más que cualquier otra vez, me dejó un gusto amargo en la boca. Yo, el autosuficiente, el calificado, el que no necesita... lo quise vivir con Cora. ¿Fue el miedo lo que me inundó de golpe? Quiero a Cora y quiero a mis amigos. Quiero mis recuerdos, mis fotos, mis aventuras. Más que miedo, puede ser un poco de nostalgia, o simple tristeza, no sé.

A esta altura se estarán preguntando qué fue lo que me dijo finalmente el espejo. Pues bien, les diré: no me contestó nada. Me dejó ahí, patético, solo con mis conclusiones. Simplemente me devolvió mi imagen.

No pude más que reconocer la realidad: mi cuerpo era patético. Allí estaba aquella figura, delgada al extremo, pero con ese desagradable abdomen redondeado; huesos cubiertos de piel blanca grisácea, con algún pequeño montículo de grasa en algún lado que otro, sólo para no confundir y reconocer al menos que sigue tratándose de una figura humana. Aquel rostro, también grisáceo, con enormes ojeras, con los labios casi blancos. Las manos, largas y huesudas, con ese temblor fino que ya no puedo disimular. Diría que, por suerte, me ha quedado ahora una simpática marca en la mejilla...

Mi patética apariencia. No necesito esconderme más. Así estoy yo –me dije- pues así me tendré que presentar ante los demás. Yo no sirvo para tratar de ocultarme. Ahí mismo terminé de estar seguro: éste es mi yo actual, y con él voy a convivir.

Entiendan que no se trataba sólo del cuerpo que se veía. Esto lo consideré el complemento suficiente. Lo importante fue que la caída y el desmayo últimos no fueron el único aviso que he tenido. Ya hacía varias semanas que venía decayendo. Pero era necesario estar más seguro. Muchas veces uno tiene declinaciones pasajeras, problemas o quebrantos que suceden en un momento pero que luego se resuelven.

El tema es que a mí me venía sucediendo muy seguido, y con aquello que llaman “pérdida de conocimiento” como condimento, suficiente para tomarlo en cuenta, suficiente para saber que ya estoy muy complicado.

Llamé entonces por teléfono a Cora, el miércoles a la mañana. Me prometió llegar esa misma tarde.

Me sentía bien, a pesar del golpe. Quise que todo fuera perfecto. Avisé a una señora que viene a mi casa desde hace varios años, una vez a la semana, a poner todo en orden. Todavía no era su día, me costó convencerla. Le pedí que viniera de inmediato, en ese instante, sin pensarlo; que tomara impulso y viniera.

Ella lo hizo, vieja fiel, veterana de lujo.

- Quiero todo limpio, mi doña, todo perfecto. Me gustarían las ventanas absolutamente transparentes, que casi no podamos notar que algo se interpone entre una habitación y el exterior. Los cuadros, los adornos, quitarle el polvo a todo. Alfombras, manteles, todo reluciente.

- No habrá ningún problema –dijo-; este piso lo doy vuelta en poco rato, no se preocupe. ¿Dejo preparada la heladera con comidas, con frutas, con bebidas? ¿Vienen todos sus amigos?

- Todos vienen, mi vieja; nosotros vamos a esperarlos. El mueble de los vinos, abierto de par en par, para que sean elegidos según las ganas y el gusto. Quiero incienso, flores en los floreros, mucha vida en este hogar. Revisa los armarios, necesito mi ropa dispuesta como si fuera a salir cada día. Las toallas perfumadas, las sábanas planchadas, tú sabes, tú de esto sabes. Lo quiero todo con vida, como si fuera a ser usado.

Inmediatamente la doña se puso a trabajar. Confié en ella. Sabía que lo iba a preparar según mis deseos. Me conoce. Sabe de lo que hablo, lo que me gusta. Hasta conoce quiénes vienen, cómo los quiero recibir, cómo los quiero agasajar.

Luego de unas pocas horas, quedó todo dispuesto a la perfección. Muchas flores, mucho sol, daban ganas de estar aquí, de disfrutar este hogar.

Ella se retiró con un gran abrazo, con una mirada conoedora. Parada a mi lado, enderezó sus hombros, quedó erguida, mirando ligeramente hacia arriba hasta encontrar mis ojos. Sonrió. Me abrazó nuevamente. Estoy seguro que esto ya lo vivió alguna vez, en algún momento de su historia. Tenía la mirada de los que conocen de qué se trata. Sabiduría de vida.

Incluso me gratificó con algún detalle que otro, como por ejemplo, el haber colocado como centro de la mesa principal, un regalo que me había hecho Cora en un cumpleaños: una bandeja de plata grabada, sobre la cual colocamos siemprevivas. Así mismo lo dispuso, igual que cuando ella me lo regaló.

Todo en su lugar. Tal como me apetecía. Como me hace bien.

Casi enseguida, esa tarde de miércoles, llegó Cora. Yo me había arreglado con mis mejores ropas. Afeitado. Perfumado. Limpio. Traté de verme, dentro de mis escasas posibilidades, lo más entero posible. Cora se lo merecía. Mi esmero. Mi actitud abierta, dispuesta. Con ganas de mostrarme, de dejarme ver. Aparté la oscuridad de mi horizonte, y logré llenarme de toda la luz que encontré en mi entorno. Les cuento que toda mi presencia irradiaba claridad: pantalón color caqui, camisa verde-agua con finas rayas verdes algo más pronunciadas, zapatillas claras y veraniegas, todo pensado para lucir mi nueva disposición a recibir la vida, a recibirla a ella, Cora del alma...

Entonces escuché el timbre, y no miento si les digo que respiré hondo con toda la fuerza que pude conseguir, y me abalancé hacia la puerta. Deseaba verla, tanto... tropecé con la esquina de la alfombra, me tambaleé hasta que logré apoyarme en una silla antes de caer, y así corregir rápidamente mi postura. Una vez seguro de haber logrado el

equilibrio necesario, respiré hondo nuevamente, me alisé el cabello, eché un vistazo a mi ropa tratando de descubrir la aparición de alguna arruga delatora, y sólo cuando comprobé que todo estaba perfecto, palpé la ansiedad en mi interior, descubrí que era la mía habitual, y entonces sí, fui a abrir la puerta. ¡Qué escena! ¡Qué semejante ridiculización de mí mismo! Pero si parecía un adolescente en su primera cita; como cuando se nos alborotaban las hormonas con sólo imaginar la presencia de nuestra potencial novia, de nuestra posible primera atracción; como cuando ocultábamos torpemente el temblor de la primer caricia, del primer roce de labios; como cuando nos retoríamos de dolor y nos agachábamos para disimular aquellas evidentes prominencias que hacían avergonzar hasta al más experto (que era aquel que ya había vivido esta situación y la había sorteado con el disimulo indispensable para hacer menos horrenda la existencia).

Cuando abrí la puerta, necesité contener el aliento. Allí estaba, hermosa, radiante, parada en el umbral, con su bolso y su sonrisa, con sus ganas y su fuerza. Fue como una presencia divina. Una aparición. No hubo ninguna prominencia que disimular porque mi físico no responde a la lujuriosa cabeza, ya no responde. Aunque aquella circunstancia la hubiera merecido. Respiré hondo hasta llenar los pulmones. Absorbí toda la energía que irradiaba.

Fue tan hermoso ese encuentro. Lo hicimos grato, amable. Nos abrazamos fuerte y quedamos un rato así, en ese abrazo, como atrapando el momento para guardarlo en la memoria de cada uno. Oliéndonos. Respirándonos. Apretándonos. Reconociéndonos. Pero sobre todo, arrullando los recuerdos, los sentimientos, midiendo lo que somos ahora, y atesorando.

Luego Cora recorrió el piso, lo inspeccionó; con una mirada aprobadora, la vi disponer del espacio y de sus necesidades. Colocó su ropa en un estante del armario del dormitorio principal. Ordenó todo lo que ella necesita para su higiene personal, en la estantería del baño. Arregló sus toallas, regaló unos jabones de riquísimo perfume; en fin, se posicionó en los lugares íntimos, ocupó su lugar, delineó su terreno.

Después le tocó el turno a la cocina. Con una indiscutible autoridad, también dispuso de la comida; es más, hasta cocinó algunos deliciosos manjares. La primera noche no, sólo recurrimos a una serie de bocadillos ya preparados, para acompañar una exquisita botella de vino, una especial, regalo de una gran amiga en su último cumpleaños, que la tenía guardada para una ocasión única... como ésta.

Cora me hizo muchos cuentos. Conversamos como si nos hubiéramos separado hacía cinco minutos. Todo con total naturalidad, con fluidez. Con esa manera suave y firme de Cora, esa manera que me enamoró desde el principio.

La verdad es que hemos pasado horas conversando, haciéndonos cuentos, anécdotas. Ella se comportó de una manera tan amable, tan sensata, que en ningún momento hizo mención a mi horripilante aspecto, ni al paso del tiempo que se descubría en mi rostro, en mis arrugas, o en mi cabellera totalmente canosa. Creo que notó que yo había hecho lo posible por aparecer dentro de mis mejores posibilidades. Lo cierto es que descorchamos vinos, vimos juntos la televisión, películas por la noche, reímos mucho, sobre todo nos hicimos reír mucho. Dormimos en paz.

Ayer jueves, a la noche, llamé a mis amigos. Para que vengan a visitarnos a nuestra casa al día siguiente. Es hora. Lo siento así.

II

Entonces llegó el día más incierto, más enigmático de mi vida. Llegó y comenzó este viernes; miro el reloj y son las cinco de la madrugada. Cora se encuentra a mi lado durmiendo. Bien arropada, casi no se ve debajo del edredón. Con sus cabellos ondulados y largos, desplegados en la almohada. Su rostro plácido, hermoso, distendido. Quisiera que siempre te encuentres así, Cora, con esta tranquilidad, con la respiración pausada, las mejillas rosadas; soñadora, esperanzada.

No quiero que se despierte. Trato de no moverme, de no hacer ningún ruido.

Echo un vistazo a mi interior, como viene siendo costumbre en los últimos meses, cada vez al despertarme, y noto que estoy comenzando este día con una pretensión bastante absurda, que se impone a pesar de mi voluntad. Es la pretensión de recordarme, de recorrerme; aparecen imágenes, unas sobre otras, se encadenan entre sí resultando en entramados insólitos. Una vez más confirmo lo que ya había aprendido alguna otra vez: que la voluntad no tiene nada que hacer frente a los embates de los pensamientos. Simplemente éstos se imponen. Si no los quiero atender, pues mala suerte, porque sencillamente no se puede evitar, porque están allí, sin pedir permiso.

Por terco y obstinado que soy, trato igual de imponer mi voluntad y no pensar, trato de evitar esto de recorrer el camino de los recuerdos, y entonces sucede lo inevitable: se presentan, una tras otra, las imágenes, los cuentos, las sensaciones. Aparecen algunas escenas, casi en un orden cronológico; otras que se confunden, se enredan, se equivocan de lugar. Y allí estoy yo, recordando, recorriéndome, justo como no me apetecía, desde las cinco de la madrugada...

Estoy tratando de ordenar mis pensamientos para relatarles lo más detalladamente posible todo aquello que merodea por mi mente. Allí acostado, con Cora durmiendo a mi lado. Sé de antemano que me va a resultar muy difícil transmitir este torbellino de pasiones que se instaló en mi alma, quién sabe, tal vez hasta mis últimas horas.

Digo alma con el afán de ubicar estas pasiones en algún sitio. Dar un lugar a los sentimientos. Tener la ilusión de que éstos tienen una ubicación secreta, compatible y transmisible; una ubicación para tanta sensación y percepción inefables. Esto es algo que me apacigua.

El alma. Creo que sirve como habitáculo. Reconozco que encontrar el lugar para cada cosa es muy fantasioso. Pero no importa, me tranquiliza igual.

Torbellino de pasiones. Acostado. Mi mente que organiza este paseo. Se los trataré de transmitir. Cora que seguramente escucha el rumiar de las sinapsis, el temblor de las dendritas, se despierta, intuye, me mira.

- Bueno, creo que te adivino, mi amigo. Te veo así, tan quieto, de ojos abiertos. Aunque pretendas ocultarlo, sé que prefieres la compañía de esa loca vida interior que tú tienes.

- Gracias, Cora. Necesito que hagas lo que sea menos quedarte a mi lado, porque yo no te puedo hablar ahora.

- Ya entiendo, es tiempo de que me levante –dice Cora sonriendo.

- Es que debo atender todo esto que aparece en mi cabeza, sin preocuparme porque alguien tal vez quiera escudriñar mis asuntos interiores –le explico.

Cora se echa a reír. Muestra en todo su esplendor esa risa repleta de dientes blancos y perfectos; inunda el dormitorio de una alegría diáfana, espléndida, luminosa, tan viva.

- Debes saber que lo último que haría en esta linda mañana es hurgar en tus pensamientos –me dice-. No te preocupes mi niño, te aseguro que te conozco lo suficiente. Confieso que hoy quiero hacer varias cosas, tengo en qué ocuparme; vendrán

nuestros amigos y quiero que todo esté dispuesto para recibirlos el tiempo que se les ocurra estar aquí.

Entonces se desmerece, me regala una sonrisa, un abrazo tierno, de amor, de comprensión, de sabiduría, y se levanta. Se dirige hacia el comedor, y me deja aquí solo, con mi tiempo. Inmóvil. Vuelvo a la sensación de intimidad absoluta.

Lo primero que veo en este deambular de los recuerdos son mis veinte años, cuando era una persona racional, y también lleno de pasión. Era un flaco desgarbado, de hombros ligeramente caídos, mirada casi siempre perdida en algún horizonte que ni yo sabía localizar. Tenía mi buena pinta, les voy a decir. Al menos recuerdo que las mujeres giraban a mi alrededor melindrosas y querendonas. Siempre esperaban que yo invitara y no recuerdo haber rebotado ninguna vez. Tenía entonces esa facha ganadora. Tal vez por mis ojos claros, verdes, límpidos, hasta a mí me sorprendía verlos en el espejo. Los miraba como si fueran de otra persona, era muy extraño pero parecían desprenderse del resto de mi ser. Tenían un brillo, una expresión, que dudo que el resto de mi cuerpo pudiera armonizar con semejante actitud. Esos ojos hablaban en forma independiente de las cuerdas vocales y de la boca. Aunque la boca tenía cierta armonía con todo esto. Bien delineada, con un tamaño acorde al resto de la cara. En pocas palabras, era un flaco interesante, con una apariencia de intelectual que me encantaba cultivar, porque sabía perfectamente que me otorgaba varios puntos de más en cualquier competencia. Tal vez sólo por esto, o porque además me salía naturalmente, es que no dejaba de prevalecer la razón en todo lo mío; lo racional era mi sello. Ello no impedía que me reconociera también como un pasional.

Supongo que es típico de los veinte años, lo de ser de una determinada manera y también de la otra. O sea, todavía no estar demasiado encasillado en una personalidad y en un carácter. Todavía el interior debatiéndose para llegar a un acuerdo, una transacción posible, a un resultado un poco más coherente que el de la adolescencia. Esto lo pude pensar ya de adulto, porque para mí, en aquellas épocas, era un asunto normal y común ser una cosa y la contraria también. Pero lo que ahora me interesa relatar es que mi característica en aquellas juveniles épocas fue la transparencia de todos mis estados de ánimo, además de mi racionalidad.

- Tal vez debieras revisar esto -me dijo mi amigo Juan, él sí, puramente racional y circunspecto.

- Mira, soy así por mi forma de sentir tan fuerte, tan intensa, que aparece tan clara cuando estoy enojado, triste, alerta, contento -respondí con un mal organizado orgullo.

- Bueno, en realidad no tiene mucho que ver con la forma de sentir, sino con la forma de expresar el sentimiento. Es esto lo que te propongo revisar.

- No creo que me interese ser tan cauteloso como eres tú -le espeto. Me gusta así.

Yo era de los escasos hombres en mi medio que expresaba todo, con una elocuencia tal que no quedaban dudas sobre lo que pasaba por mi interior. A los otros hombres que conocía, les era muy difícil eso de quedar al descubierto. Salvo a Juan. Para él no se trataba de una dificultad, sino de una elección. Simplemente no le interesaba dejarse ver.

Para mis otros amigos, era un asunto de imposibilidad. No sé bien por qué, ni cómo se transmitía semejante cuestión, pero en la época en que éramos jóvenes, había algo en nuestra cultura, en nuestra educación, que no permitía a los hombres expresar muy fácilmente lo que sentían. Esto me resultaba una tontería; pero lo que me pareciera no importaba, porque en estos asuntos no hay lugar al cuestionamiento ni al parecer. Se es como se puede.

A todo esto, quería nada más contarles, que yo era de aquellos pocos que lo expresaba todo.

Hubo una época, sin embargo, en la cual estuve un poco más apagado. No porque no siguiera sintiendo con intensidad, o expresando con detalles, sino porque estaba aprendiendo a graduar las emociones frente a los demás. Tal y como siempre me aconsejaba Juan.

No creo que haya sido por seguir sus consejos. No fue algo premeditado. No fue un plan de trabajo para mejorar mi persona, ni nada que se le parezca. Simplemente fue así mi transcurrir. Supongo que fue una evolución natural, apoyada en las experiencias, los aprendizajes, los golpes, pero no lo recuerdo tan bien. Solo sé que me fui transformando bastante. Comencé a medir. Introduje la escala racional por encima de la pasión, del ímpetu, del fervor. Lograba que hubiera pensamiento antes de cualquier acción. El peso de la razón aplastó la impulsividad.

- Tienes razón, camarada. Ser transparente y demostrar lo que se siente, fue algo muy bueno, para mí y para los que me rodeaban. Pero también fue algo inmaduro, y muchas veces desubicado. Es correcto aprender a graduar, a no quedar en evidencia, a que se den cuenta pero no tanto -le comenté uno de esos días a Juan, botella de vino mediante, en una noche de confesiones.

- Es que comienzas a elegir qué haces y qué dejas de hacer con los sentimientos. A darles un trámite por tu interior. Comienzas a filtrar, guardar, mostrar, elegir. Esto es algo muypreciado, porque tus sentimientos no se imponen como una verdad inocultable, ya dejan de ser el centro de la situación. En este sentido, entras al territorio de la madurez -me devuelve Juan, y tal vez sea cierto.

Recuerdo que entre la gente que estaba a mi lado, se consideraba como algo valioso ser honesto, sencillamente honesto, mostrar lo que se siente y lo que se piensa tal cual se siente y se piensa. Al menos eso era lo que se pretendía. Lo que pretendíamos decir que estaba bien. Es verdad que queda bien decir lo bueno que es ser honesto. Pero en realidad, ahora lo considero muy inocente, diría más bien ingenuo. Ser honesto, en todo caso, es un deseo. Uno no puede caminar por allí siendo sencillamente honesto, porque lo que termina siendo es agresivo. Incluso repugnante o malévolos. Además, uno mismo queda demasiado al desnudo, indefenso, sometido a la absurda crueldad del resto.

Tal vez el asunto esté en ser, sobre todo, honesto con uno mismo. Luego, cómo uno maneje todo esto hacia el exterior, pues lo tiene que determinar cada quien mediando pensamiento, y en lo posible, diría, mucho pensamiento y tranquilidad. Esto fue lo que aprendí en aquella época, y lo sostengo hasta el día de hoy. Con la anuencia de mi amigo Juan.

Pero decía que pasé por ese tiempo, en el que todos -hasta yo mismo- me encontraron apagado. En aquel momento causó una alarma generalizada. Alerta roja. No estaban acostumbrados. Yo tampoco estaba acostumbrado pero me entendía perfectamente bien, así que no me importaba. Lo que entendí fue que necesitaba llegar a un nuevo equilibrio. Lo que estaba aprendiendo no resultó nada fácil para mí, me implicaba un gran trabajo. Seguramente para Juan era algo sencillo, simplemente él era así. Pero yo no era así. Para mí era un trabajo. Se trataba de una transformación, ¿o una evolución?

El asunto es que necesité silenciar mis sentimientos; los escondí, casi no intervenía, mostraba poco, muy poco. Los nuevos equilibrios son muy difíciles. Ahora de viejo lo sé. Lleva un tiempo saber en qué queda uno luego de una lucha interior. Entonces ese tiempo lo viví así... apagado.

Recién luego, pude acomodarme a aquello de poseer La Habilidad, esto tan deseado: el manejo consciente de lo que se muestra y de lo que no se muestra. No me digan que no

suenan fantástico. Pues se puede lograr La Habilidad. Y les comento que en mi caso personal, lo logré sin recogimiento psicoterapéutico. Solito, así nomás. Todo un orgullo ¿verdad? Pues para mí sí fue un orgullo, porque odiaba tremendamente aquello que ante cada dificultad estaba correcto recurrir a la psicología y similares.

Yo creo que lo logré, reconociendo, claro está, que no hay ningún estado del alma que permanezca estable; hay veces que se puede mejor y hay veces que se puede peor. Simplemente yo lograba que la mayoría de las veces fuera así, un poco más acorde a como yo lo quería.

Sé que me hizo sentir más grande, y aunque aparezca tan controlado, me hizo sentir un poco más libre. Porque podía guardar la intimidad, y esto me da un poder, un grado de soledad poderoso, que me hace sentir esa libertad. Es magnífica lo poderosa que puede llegar a ser la soledad. Cuánta razón tenía mi amigo Juan. ¿Se lo agradecí alguna vez? Ojalá que sí.

Recuerdo que cuando logré finalmente este equilibrio, se acabó el alerta rojo. Pasé a ser normal, para alivio de mis amigos. Lo deben haber comentado bastante en mis espaldas, me los imagino... ¿Qué haremos con él? ¿cómo lo ayudamos? pobre, ¿qué pasará? Es que son así. Me hubieran preguntado y yo simplemente les hubiera dicho que no se preocuparan, que estaba todo en orden, todo encontrando de a poco un lugar; pero no, no preguntan, ellos suponen, comentan, emiten una serie de especulaciones, hasta que al fin, yo me muestro un poco más, dejo de estar en el extremo del apagón, me vuelvo nuevamente yo mismo y mejorado, ya con La Habilidad incorporada. Alivio general. Estamos bien. No hay crisis.

Mucho más adelante, también reconozco haber transitado otra de esas épocas raras, o, al menos, extraña para mí mismo. Otra de esas difíciles transformaciones. Fue cuando comencé a vivir unos tiempos en los cuales creía que comenzaba un camino de relativa calma, de pacífica serenidad. Pensé que comenzaba a caminar un sendero marcado, perfectamente delineado. Que comenzaba a saborear todo lo que había en este sendero, pero ya sin cambios, sin novedades, con la paz de lo ya hecho. Aquí ustedes pensarán que ya estaba viejo. Y sí. Ya estaba viejo en ese entonces. Pero para lo que era mi personalidad, se suponía que viejo pero no tanto; viejo pero aún con gran resto de vida. Cora me miraba con inmensa extrañeza cuando yo le hablaba así. Ella más que nadie conocía lo reñido que estaba esto con lo que venían siendo mis pensamientos. En algún momento incluso me tildó de amargo depresivo. También me llegó a reprochar si esto yo no se lo decía para acaparar su atención, porque estaba aburrido o algo así.

Entonces fue cuando todo se dio vuelta otra vez... En aquella oportunidad la lucha interior no redundó en lograr la supuesta paz eterna, sino todo lo contrario. Ganó la guerra, el movimiento, el sobresalto, la in-armonía, el desequilibrio permanente, el estado de tensión, lo explosivo, lo enigmático... Bah!... ganó la vida, una vez más. Bueno, pero aquí ya estoy en la terminación de mi historia. Me parece que mi cabeza va a dar más vueltas de lo previsto. Ni se imaginen que llegaré tan pronto al final.

III.

Esto de que todo se daba vuelta otra vez, ya lo sabía. No sé por qué me sorprendí.

Hoy viernes estoy aquí, tirado encima del colchón, quieto como un muerto por temor a descolocar mis pensamientos, por temor a que huyan o se degraden antes de poder expresárselos. Pero por más quieto que estoy, siento todos mis órganos vibrando debido al enojo que me ocasiona sólo el recuerdo de semejante ingenuidad. Porque hay que ser limitado para imaginarse que todo será igual, todo así, como viene siendo.

En qué cabeza entra la idea de que pueda existir la calma cotidiana, lo previsible, como algo permanente... Claro que puede existir: como pequeños descansos, como pausas imprescindibles para no enloquecer frente a lo que cambia, a las nuevas dudas, a las nuevas creencias, nuevas culturas, nuevos amores. Son como paradas, descansos, en un camino que no tiene fin, porque nos trasciende, porque ni siquiera es lineal.

Esto ya lo intuía siendo bastante joven. No lo tenía armado como una propuesta. No estaba aún organizado mi pensamiento. Sólo intuía. Estaba comenzando a construir lo que luego sería mi relato preferido. Tan es así, que en todo momento, en cualquier lugar, desplegaba comentarios la mayoría de las veces intolerantes y necios, con tal de demostrar lo que para entonces sólo rondaba en mi cabeza, lo que sabía sin darme cuenta que lo sabía. Cora fue la que más sufrió mi falta de cautela, esa necesidad de decir aunque en realidad nadie me lo haya pedido; esa necesidad de dejar clara mi presencia, una presencia intelectual e inteligente, por supuesto. La necesidad, y al mismo tiempo la poca capacidad de respetar el silencio, lo no dicho, la pausa; de valorar el regalo de no contestar.

Un buen ejemplo fue cuando recién comenzamos a vivir juntos, Cora y yo. Como les digo no podía callar, no podía descansar, era difícil para mí simplemente dejar discurrir. Se volvía importante ajustar el lenguaje, ser conscientes de cada palabra, cada frase dicha. ¡Qué seriedad mis amigos! Supongo que es así como se van elaborando los pensamientos. Al comienzo con intransigencias, con contradicciones y desequilibrios; así se va uniendo y tomando forma esa masa coherente y lógica, esa certeza personal, trabajosa elaboración de principios, cuerpos teóricos, creencias, y demás causantes de tantos desvelos, peleas, desentendimientos.

Recuerdo como si fuera hoy, cuando Cora me dijo un día de aquéllos cuando recién comenzábamos a vivir juntos:

- Quiero estar contigo, a tu lado, toda la vida ¿Podremos hacerlo? ¿Seremos dos personas enamoradas para siempre? Lo quiero así... -casi me suspiró al oído, mientras nos despertábamos juntos.

- No es posible siquiera desear algo así, Cora. Significa estar muy confundido. ¿Cómo podríamos imaginarnos juntos para siempre? ¿Como si fuera una situación que se pudiera prever o imponer por la voluntad? -le comencé a decir.

Cora se horrorizó. Puso aquel rostro de locura momentánea, de sorpresa amarga, de desilusión que transformaría de inmediato en tema de discusión y alarma. Se inclinó sobre mí, en clara actitud provocativa, dispuesta a pelear, a dar batalla, casi como si valiera la pena.

- No es tan difícil -me lo dijo con sorna-. Simplemente me gusta mirar muy pero muy para adelante, y darme cuenta que me encantaría ser una anciana, caminando con un bastón, y tú a mi lado, también viejito, conversando conmigo. Fantasías. Deseos. ¿Lo entiendes o ya para ti no es posible siquiera imaginar?

- Pues tu fantasía me desanima. No me permite respirar -le digo.

- No me responsabilices por tu agonía pulmonar. Si no respiras es porque no te da la gana. ¿O acaso te es tan extraño recibir en la nochebuena un regalo traído por Papá Noel? ¿Es tan extraña cualquier fantasía? Podríamos convenir que es absurdo. Pero... ¿en la intimidad? ¿No son momentos agradables? No alardees por favor de ser tan bruto, tan ajeno a casi todo lo humano.

- Es que no puedo pensar, ni mucho menos creer, que será de una determinada manera para siempre. Considero que es tratar de acogerse a una idea que aniquila el desafío mayor: decidir en cada momento cómo seguirá siendo; cuidarse porque no sabemos; pensar porque no es fácil; prepararse porque no sé qué vendrá; encargarse porque soy el responsable. ¿Lo entiendes?

Ya en aquellos momentos, yo hablaba de esta manera, comenzaba a definir lo que luego fue convirtiéndose en un convencimiento profundo, en una cuestión para transmitir y enseñar.

-Claro que entiendo ¿o me crees turra? Entiendo perfectamente. Y no me apetece continuar hablando contigo. Eres aún peor que el hombre de las cavernas. Deberías en realidad vivir solo, en una cueva, preguntándote acerca de la realidad o no de las figuras que aparecen en tu pared, de esas sombras que tal vez las crees propias de la vida, pero te pierdes de darte una vuelta y de ver que hay otra vida que se despliega a tus espaldas.

- No te ofusques. No es tan grave. Venga, vamos a acariciarnos y a olvidarnos de todo esto –traté de sobrepasar esta discusión.

- Me aburre que no podamos simplemente hacer un mimo, decir un cariño, ser un poco niños y hablar de nuestro castillo en el reino de por siempre jamás...; todo parece ser tan preocupante para ti. No todo lo que se dice es un compromiso. A veces, algunos humanos, logramos jugar. Tú pareces olvidarte de esto. Y de caricias nada, niño, que no estoy ahora de humor.

- Para mí no es tolerable, Cora, escuchar una frase dicha con aparente trivialidad, pero que en realidad implica una forma de pensar y actuar en la vida, y quedarme simplemente callado. No me parece que las conversaciones entre amigos, entre gente íntima, deban limitarse a alguien que habla y alguien que concede. No puedo cuando algo chirría en mi interior, quedarme simplemente callado. Trata de comprenderme.

- Sin embargo a veces siento que tú me juzgas, que tú me corriges, que no me dejas ser yo misma. A ti no te convence... es a ti a quien una frase le cruje en su interior... pues lo debes entender como tu problema, o tu corazonada, pero no tratar de convencerme de que lo que yo enuncio es un error garrafal. Esto se convierte en una cochinado. ¿Realmente te crees que puedes juzgar si un pensamiento es acertado o incluso inteligente?

- Yo simplemente te respeto tanto como tú me respetas a mí. Por eso es que escucho y doy también una opinión, en lugar de quedarme callado y complacerte.

- Pues si sigues en esa línea, entonces te diré que yo creo que eres un amargado; no tienes ni pizca de soltura; mejor aflojar, mi amor, o te volverás viejo muy pronto...

Siempre fuimos muy diferentes Cora y yo, pero con el tiempo cada uno ha podido aprender un poquito de las formas del otro, a partir de lo cual disminuyeron significativamente nuestras discusiones. O también pudo ser que disminuyeron las discusiones porque lo que era fundamental se ha vuelto cada vez menos trascendente: se ha vuelto una simple posibilidad, casi tan útil como cualquier otra.

Ya en mi madurez, logré dar forma a estas primeras incursiones en el pensamiento filosófico. Cuando preparaba las clases para mis alumnos, armaba mis disertaciones y hablaba de volverme un comunicador. Creo que en esos momentos fue cuando miré mis concepciones como quien mira un paisaje, y además me encontré dentro de ese paisaje,

formando parte. Fue así como se convirtieron no sólo en concepciones sino en algo aún más intenso: en un cuerpo de certezas, sólido y privado. Mis afectos y mis razonamientos se acomodaron, coincidieron; la vista se volvió más lejana, el paisaje más vasto, y yo siempre formando parte, colgado en medio de un horizonte, cada vez viéndome más pequeño, más insignificante: un puntito en aquella dimensión profunda e infinita. Recién en mi madurez.

No sé cómo, no pidan que se los explique, pero esto en su momento, me llenó de paz y de ilusión.

Trataré de describir algunas líneas, alguna pequeña muestra de este paisaje: cuando miro para adelante, aunque sea en lo inmediato, no hay un camino, sino que se desarrolla una trama de caminos que se cruzan entre sí, en diferentes direcciones, como una malla enlazada sin un patrón definido, y por ahí, dispersas, como pequeños remansos, están las paradas, los descansos.

Si pudiera hacer un dibujo para representarlo, entonces lo dibujaría como un mapa; un mapa de una gran ciudad, enorme ciudad, no se visualizan sus límites. En esta ciudad, ningún urbanista ha tenido el cuidado de hacer cuadrículas, por el contrario, su dibujo muestra una infinitud de rectas, curvas, calles entrecruzadas... Dispersos en este mapa, estarían dibujados una gran cantidad de puntos rojos, señalizando los puntos de interés de la ciudad. Creo que así sería la representación de la vida y nuestro recorrido en ella.

No hay en mi representación un recorrido lineal, un largo y recto camino con un principio y un final, con un paso tras el otro, causa y consecuencia, poco a poco formando la línea. No. Se trata de un entramado de calles, que simbolizan los caminos, nuestros recorridos, nuestras elecciones, nuestras idas y venidas.

Los puntos rojos marcados en el mapa, dispersos sin orden, sin reglas, sin código, serían los lugares donde algunos, alguna vez, nos hicimos la ilusión de haber descubierto que era El Lugar, La Forma; el lugar de uno y para uno, ya está..... Descansemos....

Hasta que, incluso sólo por inercia, se da un solo pasito, se mira sólo un ratito hacia otro lado, y ya se está nuevamente frente a un cruce de caminos, sin más opción que la de elegir para dónde seguir, y... a caminar otra vez, que para ello tenemos un par de piernas, para erguirse y continuar andando. Que si algún Ser Superior hubiera querido que simplemente encontráramos el descansito, la parada, para quedarnos allí, nos habría hecho unos muslitos cortos y débiles, ya que tanto uso no les íbamos a dar. Pues no. Así no fue el cuento. Nos hicieron unas piernas largas hasta el suelo, fuertes, con buenos huesos y músculos, bien articuladas, con unos apoyos llamados pies muy bien estructurados, firmes y flexibles, capaces de soportar el peso de las decisiones. Así que, señoras y señores, ¡a continuar caminando!

En realidad, recién hace muy poco, ya con canas en mi cabellera, me he dado cuenta que los puntos rojos, estas paradas, sí eran nuestros pequeños descansos, el lugar donde respirar hondo, mirar, y decidir por dónde seguir. Algunos conozco que han tenido la fantasía de quedarse allí, igual que yo la he tenido, desafiando la inevitable movilidad. Se han imaginado de una determinada manera hasta el resto de sus días. Pero quiero transmitirles que aunque uno se quede a echarse una siesta, no podrá despertar y estar en el mismo lugar, porque tan rica es la vida, tan indescifrable, tan inesperada, tan incierta, que sólo una llamada al teléfono nos terminará por despabilar, y por encender. Una nueva situación, aún la más cotidiana y banal, nos hará tomar una nueva decisión. Así es nuestro recorrido, en forma permanente, con esta continuidad.

IV.

- ¿Cómo es que no enloquecemos? -me preguntó mi amiga Ivette un día cualquiera, de éstos en los que simplemente uno está recostado en una silla, en la terraza, saboreando un jugo de frutas con mucho hielo y un poco de vodka, pues vamos, el jugo sólo no alcanza para estar recostado placenteramente en una silla.

La cosa es que Ivette se asoleaba a mi lado, yo en una especie de éxtasis de la tranquilidad dominguera, y me suelta esa pregunta como si yo, a partir de allí, pudiera seguir descansando.

Es que mi cabeza no tiene límites, no para, no puedo hacer que oigo algo y no largar un rollo de ideas, un pensamiento detrás del otro, una contradicción luego de la otra, hasta revolver y revolver tanto, que hasta la persona que hizo la pregunta ya está en otra cosa, y yo sigo como reverberando, mascullando, rumiando, lastimando mis neuronas con tanta presión. Y no se crean que hago esto y llego a una conclusión sabia. No es así. Hago esto y la mayoría de las veces, quedo babeando un montón de estupideces que van tomando rutas cada vez más oscuras que no siempre llegan a buen puerto.

- ¿Cómo es que no enloquecemos? -me repite Ivette, al verme como pasmado sin emitir siquiera un gruñido.

Yo sólo la estaba observando. Desde mi silla y desde mi vodka, contemplaba cómo esta hermosa mujer intentaba por cualquier medio romper la paz del momento, la placidez de la soledad compartida.

Ambos recostados en nuestras respectivas sillas, oyendo el canto de los pájaros, los ruidos de la naturaleza, en una terraza enjardinada, repleta de plantas muy bien cuidadas y regadas con todo cariño y devoción; acompañados por una música que sólo puede traer armonía y placer, que sólo puede conjugar estos momentos al entorno hasta sentir en lo más profundo el agradecimiento por la existencia, exaltando todos los sentidos, prometiendo el mayor de los goces posibles. Ivette, acompañando esta calma, sintonizando el mismo dial que la naturaleza, está estirada en esa silla en todo su largo, dejando ver esas piernas casi morenas, lisas y lustrosas, delgadas, perfectas. La observo como quien decide explorar la belleza que encierra los colores de una mariposa. Puedo ver su cabellera abundante, luminosa, larga hasta la cintura, con ligeras ondas que caen como con descuido, dejando ver uno de sus hombros bien redondeado, firme, que permite el movimiento gracioso de sus largos brazos, complemento indispensable que acompañan la comunicación. Este esbelto cuerpo es una invitación a saborearlo, aunque más no sea con la mirada. Pero en esa oportunidad, sólo era capaz de observar y pensar cómo podía ser tan capaz de arruinar la armonía en la que me estaba extasiando; cómo podía esa belleza romper tanta distensión, y pretender colocarnos en situación de serios análisis y concienzudos pensamientos existenciales, hasta el límite del dolor neuronal. Pues sí. Es capaz. Esta belleza puede romper el entorno y hacer lo que se le antoje. Que yo la voy a seguir y además le voy a contestar. Solamente porque ella es capaz.

- No enloquecemos porque nos tomamos algunos descansos, mi querida amiga. Pequeños descansos, pero muchos. Tal vez innumerables. Nos preguntamos cosas, pensamos, sentimos, decidimos, pero no siempre en una vorágine interminable. En todo esto también hay algo de descanso.

- No sé qué quieres decir –susurra Ivette con coquetería.

- Tal vez para muchos el descanso esté justamente en hacer todo este ejercicio intelectual. Pero sobre todo, mi dulce Ivette, muchas veces nos tomamos, placenteramente, un vodka con naranja en una silla, sin otra preocupación -cuando nadie la impone- que la de pensar en el nacimiento de las mariposas...

Ivette entonces se avergüenza, se le transfigura el rostro, ya no está complacida, sabe que estoy siendo sarcástico con ella. No le gusta no seducir a los demás. Está acostumbrada a ser admirada, a provocar suspiros, gracias, monerías. No tolera mi agresiva ironía, mi desdén para con los problemas humanos. Ella sólo está bebiendo jugo de fruta. Esto es lo que le pasa. Muchas veces se olvida del vodka.

Que la vida es un torbellino ya lo sabía. Sin embargo, les contaba que apareció esto de que en algún momento, yo también dibujé un mundo irreal en el cual, de ahí en más, sabría cómo seguía todo. Pudo haber sido cansancio, o depresión disfrazada de sabiduría. No lo sé. Tal vez incapacidad para desandar lo andado, o miedo oculto a perder lo que tenía, o vaya uno a saber qué.

Un mundo irreal que ni siquiera puedo decir que me guste mucho. Tal vez para vivirlo sólo un ratito, pero no más. Es cierto que en ese mundo ya no había noticias ni hechos desagradables, y yo ya no quería, nunca más, momentos tan desagradables. El sufrimiento estaba minimizado. La sabiduría tapaba el dolor.

Pero es cierto también que ya no había sorpresas, intensidad, vuelcos del humor, adrenalina, pánico, felicidad completa; ya no se erizaba la piel, ni me inundaba de placer, tampoco de tristeza, ni de miedo. Y esto decididamente no me gusta. Comienzo a engordar y a ponerme neurótico. Si lo sabrán mis amigos.

¿Por qué habré caído en semejante invención? No lo sé, y creo que ahora tampoco me importa. Me miro paralizado en esta cama, sin saber si estaría bien mover un dedo o no, y soy sincero cuando les digo que no me importa ahora saberlo. Pero por supuesto en su momento estuve ensayando respuestas, y volví a ubicarme; en algún instante de mi vida que sería injusto tratar de localizar con exactitud, volví a sentir coherencia; pude respirar nuevamente, sabiendo que se trataba de mis pulmones. Placer esencial si los hay, esto de saberse uno mismo.

Ensayando estas respuestas entonces, en principio me propuse que, si fuera una persona que creyera en el determinismo de las situaciones, podría decir que fue por esta creación absurda de mi pensamiento, por este desatino de la inteligencia, que la vida salió a demostrarme mi error. La vida me pateó el trasero, como se dice en algunos lugares.

El asunto es que no me considero determinista, no me queda cómodo aquello de la causa y la consecuencia. Así que decir que la vida me dio un vuelco a causa de mis creencias ilógicas y me sacudió la calavera, no me sirve.

Tampoco entiendo la vida como si fuera un conjunto de objetos tangibles, con cuerpo propio, independiente a mí mismo, como para decir que ella -la vida- se enojó y me dio un puntapié. La vida para mí es lo que yo sea capaz de realizar y no realizar. No es un paisaje al cual mirar y decidir por dónde ir. No es un paisaje. Es algo creado por cada uno, y que se convierte en algo creado por una infinidad de relaciones, por aquello de que no estamos solos; complejísimo, la verdad.

No se explica así. Entonces, como una segunda propuesta, me dije que podría ser justo de esas personas que creen que hay un destino marcado para cada uno. Simplemente podría contarles, que éste era mi destino: en un momento creí que había llegado a la ansiada meta, pero resultó que no, que todavía era muy joven, después de todo, tener casi sesenta en estas épocas es una edad madura pero no terminal, por lo tanto faltaban nuevas metas, fue sólo una pequeña confusión. Hasta ahora fueron partes, pero me aguardaba el grandioso y anhelado Destino Final, el que marca nuestra obra como concluida. El Árbol, El Hijo, El Libro. Perfecto. Trascendemos. Mi cometido pues. El marcado y dirigido por los Grandes Espíritus.

Claro que estoy muy lejos de creer en el destino, muy pero muy lejos, entonces nada de esto era posible contarles.

Conclusión: el relato resulta entonces mucho más oscuro y entreverado. O, por qué no pensarlo así, el cuento resulta mucho más simple, sencillo, claro: simplemente, continué viviendo. Continué tomando decisiones, pequeñas, medianas, cotidianas, un poco más lejanas. Seguí expuesto al entramado de caminos, a las relaciones y a los vínculos, y ésta, para mí, es la manera como suceden las cosas. Así me encontré nuevamente.

Entonces aquella fantasía del mundo ya casi hecho, como se pudo, nada nuevo brillará bajo el sol, ya conozco todo lo que pude conocer, no hay sorpresas para mí, ya pensé lo que podía y estaba en mí pensar. Este mundo creado quién sabe por qué o para qué, no importa, este mundo inventado, en un abrir y cerrar de ojos ya no estaba más, se desvaneció, porque sí, porque así son las cosas. Sin ninguna otra explicación.

Ante la pregunta de Ivette de aquel domingo, una de las respuestas posibles es que muchas personas armamos una vida muy rica, vertiginosa, arriesgada, cambiante, desafiante, y no nos volvemos locos porque descansamos muchas veces, y fundamentalmente porque creemos que esto de vivir la vida, es el objetivo máspreciado que podamos llegar a tener; tan objetivo y tanpreciado, que nos da tanto gusto, que nos descansa armarlo así. Es la serenidad que da el saber que el objetivo fundamental de nuestra vida, es vivirla. ¡Qué gran frase! ¡Cómo iluminó mi entendimiento desde que la leí, escrita por algún o alguna gran filósofa! Y qué difícil de transmitir.

Hay como siempre otras posibilidades, otras respuestas posibles. Se me ocurre por ejemplo que algunas personas poseen una delicada tara neuronal, a partir de la cual se permiten imaginarse o creerse un relato como el que les he contado antes, el de inventar el mundo de la quietud, de la estabilidad, de lo previsible, del “ya sé cómo sigue”, y es por esto mismo que no enloquecen, porque se encierran en esta tranquila invención. Descansan, no se dan por enterados de cómo va la vida, de qué se trata esto del vivir. Ni siquiera se preocupan en averiguarlo.

Claro, hasta que todo se les da vuelta, o al menos sienten algo así. Un mareo existencial. Cualquier hecho, situación, acontecer, que sea inesperado, les da la vuelta dejándolos desprevenidos, y por lo tanto, sin herramientas para hacer frente al obstáculo que se presentó.

Son historias comunes, aquello de que la mujer se le fue, y quedó ahí, como flotando en el aire, sin saber cómo seguir; o que lo despidieron del trabajo, y también quedó ahí, flotando en el aire. Porque no había plan de contingencia. No había otra posibilidad más allá de la que se estaba viviendo. Porque la vida que se estaba teniendo, seguiría así, para siempre.

Es verdad que esto, por un tiempo, da tranquilidad. Pero sólo hasta que se vuelve algo insoportable, cruel; necesitan ayuda, solos no pueden, se sorprendieron, quedaron varados en un camino. Se ahogan al respirar, porque una ráfaga de aire fresco entra por la nariz en exceso, demasiada libertad, demasiado tener que decidir, entonces hasta aquí fue la serenidad: así es como se comienza a sufrir, a enloquecer. No le recomiendo a nadie quedarse con esta invención; gastar energía en creerse eso de la tranquilidad y el sosiego, lo que siempre será, lo que ya sé que ocurrirá.

Mucha energía se necesita, para creer y estar convencido de un relato de esta naturaleza. Admito que yo estuve un ratito loco, con esa exquisita tara, pero por suerte para mí, no derroché fuerzas para quedarme con este pensamiento. Me pude dar cuenta. Pude reaccionar. Me acordé de mis recuerdos, de mis convicciones, de mí.

...

Escucho algo, me sorprende y casi me asusta un ruido extraño... Claro. Es un ruido real. No proviene de mis pensamientos. Puedo llegar a ensimismarme tanto, que me inquieta y me impresiona un ruido común y cotidiano. ¡Qué gracioso! Lo común y cotidiano, se vuelve lo extraño para mí. Veo a Cora asomándose a la habitación. Ya casi me había olvidado de ella, de su compañía, de su presencia en mi casa. Me he convertido en un verdadero solitario. Mis diálogos, mis conversaciones, ya soy capaz de realizarlas con interlocutores imaginarios, al punto de sorprenderme de quienes me acompañan, de las presencias reales... demasiado solo, tal vez.

- Buenos días, mi amigo; hace rato que andas con los ojos tan abiertos, tan rígido, pareces una estatua que han derribado sobre el colchón. ¿No te apetece un desayuno? Podríamos leer juntos en el comedor, he comprado el periódico de hoy, y tengo muchas noticias para comentar contigo.

Eran sus pasos por el corredor lo que sentí hace un segundo. Su andar. Sus movimientos. No tiene por qué cuidarse de no hacer ruido, porque ella sabe ya estoy despierto. Lo que no sé si sabe, es que estoy en este intenso vivir mis adentros. Seguro quiere adivinar si estoy bien, si ya estoy con ganas de comenzar el día, o si continúo con esa postura, esa mirada.

- Ahora no, Cora-. Me quedaré un rato más así. Gracias de todas formas. Sabes que me encanta desayunar contigo. Pero me quedaré, sólo un rato, así.

Sí, siempre se da cuenta; ella me mira, y me deja seguir recorriendo mis laberintos mentales. Qué suerte que tengo que sea Cora; sólo ella puede saber que debe retirarse, que sigo solo, y esto está bien.

A pesar de la pequeña interrupción, me he quedado pensando en aquello de la posibilidad de que cada uno tenga un destino marcado de alguna manera u otra. Me agradó haber tenido aquel intercambio de conceptos con Ivette; ella es muy de aquello de la cosa determinada, de lo que a uno le toca, como si estuviera escrito nuestro nombre y apellido en algún texto antiguo, sagrado por cierto, con las instrucciones de lo que debemos vivir. Claro está que Ivette es una mujer inteligente, no lo razona así, no formula sus pensamientos de esta manera; pero yo lo veo en su actitud, en lo que uno ve cuando hace cosas desprevenida, despreocupada de sí misma; cuando un acto o un dicho no está mediado por pensamiento, es impulsivo, pues allí es cuando me doy cuenta que tiene esta clase de funcionamiento, como de la vida ya escrita para cada uno.

Es bastante común esta creencia sobre el destino, sobre lo que uno tiene marcado en su vida. Si nos ponemos a pensar, muchos conocemos alguna persona, que repasa su historia, especialmente en los finales de año, cuando tantos se dedican a hacer una rendición de cuentas de lo que se ha logrado, de lo ganado y de lo perdido, de lo que ha podido cumplir, y de lo que no ha podido. Recorre su historia y aparece este asunto del destino, del camino inevitable; se manifiesta en el intento de esa persona de repasar su trayecto, sus amarguras, sus logros, como parte de ese recorrido por el cual es conducido hacia el destino final; lo acepta, lo tolera, se acomoda a él, trata de ser lo más armónico posible con lo que le cayó en suerte; no importa si es feliz o tremendamente infeliz; no importa la desdicha, porque es lo que le tocó, lo inevitable, es lo que había en el reparto para esa persona. El balance, el análisis de lo que logró y lo que no, sólo lo realiza como ejercicio aritmético, para sumar y restar, para luego pasar raya y tener claro en qué está cumpliendo correctamente con el evidente destino y en qué podría mejorar. Porque no se trata de una persona que no quiera cambiar y mejorar. Por supuesto que no. Quiere perfeccionar, quiere acceder a un estadio superior. Claro que en base a restauraciones, a pulidos, a mano de pintura. Sólo arreglar cosillas que permitan una existencia más plausible con sus necesidades o deseos. Pero sin atreverse a romper

y empezar otra vez, sin atreverse a derribar cimientos, sin ni siquiera pensar en la posibilidad de torcer lo que está marcado. Pensando así, en algún momento de su historia dejará de luchar, porque sería inservible; además de agotador. No intentará cambios drásticos ni determinantes, porque eso sería entristecerse en vano, frustrarse en vano, lucha perdida antes de comenzarla, que hace sufrir. ¿Y por qué estaría perdida esta lucha? Porque éste es su destino, no tiene otra posibilidad más que aceptarlo y dejarse llevar. Con ajustes, claro está. Esto parece estar permitido.

Tampoco faltará, si se cree lo suficiente, el convencimiento de que se pueden aceptar incluso los papeles heroicos que toque jugar. Se podrá ser, por ejemplo, salvador del mundo, si así parece estar escrito. Transformador de la realidad universal. Se podrá morir a causa de las causas. Porque si el destino final es la Salvación del Hombre, entonces los héroes, los que acepten su destino, podrán hacer casi cualquier cosa en nombre de dicha Salvación. Podrán morir por ello. Podrán matar por ello. Y cuando se arrepientan, o cuando quieran mirar un ratito hacia otro lado, entonces contarán con alguien que les hará corregir el fallo, alguien los ayudará a no desviarse, a sentirse nuevamente cómodos con lo que *les tocó* en esta vida. Aunque ya esto, es harina de otro costal.

Pero bueno, ya se imaginan que no soy una persona fácil de tolerar. Mi sarcasmo me ha llevado a ser hombre de pocos amigos. Muy buenos, voy a decirlo. Pero de los buenos, pocos amigos. Los que logran pelearse conmigo, y al mismo tiempo reírse de mí y de ellos: éstos han terminado siendo mis verdaderos amigos.

La menos capaz de reírse de mí y de ella, y que permaneció de todas formas, a lo largo del tiempo como mi amiga, fue Ivette. Nunca supe bien por qué me soportaba tanto, tal vez se compadecía de mí...

Recuerdo mucho más de aquél domingo con Ivette. Ahora me doy cuenta que mis pensamientos se salieron del lugar y anduvieron por caminos aledaños. Pero volvamos, porque aquel domingo en particular, fue muy sustancioso...

- Si te pregunto por qué no enloquecemos, es que va en serio -Ivette se acomoda en su silla, pronta para acaparar mi atención.

A veces siento que mi cabeza da muchas vueltas, que no ha aprendido a parar, a detenerse en algún lugar, a salvarme de tanta inseguridad, tanta duda. Hablo más de mi inseguridad, tú me conoces. Sabes que no es fácil para mí. Es cuando siento que mi cabeza cobra vida propia, por eso hablo de “ella”, como si fuera algo ajeno a mí, alguien a quien debo enseñar a parar...¿estoy loca? -lo dice con encanto, inundando la terraza de profundidad.

- De eso mismo se trata, Ivette. Del lugar que le damos a la duda. El descanso está en saber quedarse al sol, tirado, por ejemplo en estas sillas, en esta preciosa terraza, bajo este cielo impecablemente azul, y saber que todo es una duda, sin que nos perturbe estos momentos. Es más, incluso aparecen, como pequeños destellos, un montón de diminutas certezas: que estamos asoleándonos y nos gusta; que se siente rico el vodka helado con jugo de naranja también helado; que me gustaría acompañarlo de olivos negros y verdes, de algún camembert y pequeños trozos de pan tostado; que en unos segundos iré hacia la cocina y los prepararé, para también convidarte a ti, para que puedas saborearlo conmigo; que el cielo está magnífico, la temperatura está magnífica; que en estos momentos poco me importan los problemas del mundo, de los humanos, y de las gaviotas; que los puedo olvidar por ratos, dejar a un lado; que me gusta estar así, como también me gusta trabajar, y también me gusta conversar contigo, y también me gusta estar en silencio; que está bueno esto de vivir la vida que cada uno es capaz de ir haciendo. Que voy a tomar tantos vodkas como sea necesario, para sentir que lo que me

place lo hago, aunque tú pienses que está mal. Que no me voy a enloquecer porque no está en mí la facultad de volverme loco.

- Bueno, eso significa mucha seguridad para mí; pues sé que no la tengo, ¿entonces qué? Sé que muchas veces, vivo corriendo, hago una cosa tras otra, salgo con una persona y con otra, voy de un lado al otro, pero no siempre lo hago para complacerme, o porque crea que así es como me sienta bien, sino que muchas veces me parece que estoy huyendo rápidamente, que me estoy salvando de algo -dice Ivette.

- Son mínimas certezas, diminutas, dispersas en un infinito de dudas. Pero suficientes como para permitirnos justamente descansar, simplemente seguir -continué el hilo de mi pensamiento, mirándola fijo, dejando que sienta todo el peso de mi pasión.-

Y por supuesto, Ivette, nuestra cabeza no tiene vida propia. Todo este planteo parece ser una enorme necesidad que tú tienes, que es la de justificar de algún modo tu incapacidad para no hacer nada, o mejor dicho, tu capacidad para siempre estar preocupada por algo, para estar martirizándote con algún problema existencial, de difícil y te diría en general ilógico intento de resolución.

- No creo que sea tan dura; fue sólo una forma de contar sensaciones. A ti te pasa que nunca puedes dejar de interpretar el interior de las personas. Siempre andas por ahí, diciendo lo que nos pasa a los demás, con ese acercamiento tan particular y tendencioso que tienes, tan preparado para dar el golpe, marcar de inmediato todo lo que aparece importante para uno y convertirlo en algo absurdo, o fuera de lugar, o en todo caso, como algo que indica una pregunta mal hecha, un problema mal planteado. ¿O sólo me lo haces a mí? Creo que no. Esto me lo pregunté una vez. Me llegué a preguntar si yo era tan vulnerable que me habías elegido -por fácil-. Pero no. Más de una vez he notado que haces lo mismo, te he visto hacerlo con otras personas.

- Es que tú me lo pides a tu manera, lo de intervenir y dar opinión. Si ya sabes cómo soy, cómo miro, no te ofrezcas si no te gusta lo que eventualmente pueda decir de ti. Mi problema no es que todo lo interpreto, mi problema es que te acercas a mí, me invitas a interpretar, y luego no te puedes reír de los resultados para hacer con ellos lo que te plazca...

Ivette hace un intento de interrumpir, sé que quiere quejarse por lo que digo, quiere enojarse por lo que escucha, quiere que me detenga, que no siga. Pero no lo permito.

- Es esto lo que tú haces -continúo. Tú vienes a conversar y pasar el rato conmigo, porque este domingo estabas sola al igual que yo, y porque ya nos dijimos muchas veces que los domingos no nos gusta estar muy solos. Entonces nos encontramos, estamos fantástico, y me lanzas una pregunta que sabes genera consecuencias. Yo te digo lo que pienso. No puedo hacer otra cosa. Si simplemente no te contestara, creo que sería hasta agresivo. Sería que no me importa lo que me dices, que no te tengo presente, que te tengo en mi terraza como podría tener una planta o un perro. Pero no es así. Porque sobre todas las cosas, tú me conoces y ya sabes que yo no soy así; tú sabes que yo contesto con lo que me parece.

Ella me mira atenta, con los ojos bien abiertos. Me escucha y esto me complace. La veo respirar hondo, e instar a que continúe. Pues entonces aprovecho su consentimiento, aprovecho el suspiro que permite, que acepta, que aprueba, y largo el rollo que aún me queda.

- Te escucho, me sale pensar, porque también sabes que esto tampoco lo puedo evitar; simplemente, ante cualquier estímulo, por más diminuto que sea, me surgen pensamientos, ideas, estupideces, comparaciones, yo qué sé, me surgen. Entonces converso contigo y te digo lo que me parece. No cabe el reproche de que interpreto, o me meto donde no me llaman, porque en este caso, tú me has llamado, y tú me has invitado a que sea quien soy. Entonces no tiene lugar el reproche. Simplemente, haz con

lo que te digo lo que quieras. Puedes reírte, devolverme sarcasmos, quedarte callada, pensar, no pensar nada, o pensar que soy un pobre idiota, pero lo que no puedes es reprocharme.

Ivette me pidió perdón, con verdadero sentimiento. Creo que esa vez lo comprendió. Lo noté en su rostro. En su distensión. En esa sonrisa suya tan carismática y compradora, tan elocuente, tan sana. Comprendió aquello de hacerse cargo uno mismo de las cosas que genera. Aquello de hacerse responsable de cada acto, cada palabra, y también, de cada pregunta. Aquello de que cada uno de nosotros, somos los verdaderos y únicos responsables de lo que hacemos y de lo que decimos. Nos guste o no. Entendió que éste es el tema, y por eso mi pasión, por eso no la dejo pasar, por eso no la consiento y me desbordo con un discurso.

Tenemos que cargar con esta responsabilidad. Llevarla a cuestras. Aprender a relacionarnos con ella. Porque es nuestra. Y tenemos que manejar todas las consecuencias que se hayan producido por nuestros actos, porque son consecuencias provocadas por nosotros, por cada quien, pues a hacerse cargo.

Esto no lo digo solamente porque lo considere correcto. Lo digo porque creo firmemente, que es la forma en que cada uno logra apropiarse de su vida, de la vida que está haciendo, de la vida que le pertenece porque es su propia obra.

Éste es el premio. Apropiarse. La propia obra. Hacerse responsable. Vida nuestra. Aunque a veces nos sea difícil, es el placer de saber que es lo de uno, lo que uno quiso y pudo.

De lo contrario pasa que la persona se puede acostumbrar a encontrar otra situación o a otra persona que se responsabilice, que sea la culpable, que se convierta en la causa y la explicación de lo sucedido o de lo dicho.

Aparece aquello de que la vida es así porque las circunstancias lo determinaron, o porque el otro hizo que fuera así. “Yo estoy mal porque tú me haces poner mal”. “Yo hice esto porque tú me lo has pedido”. “Yo trabajo en esto porque ningún otro quiso hacerlo”. Es innumerable la cantidad de ejemplos que tendríamos en este sentido. No voy a negar que esto tiene una satisfacción inmediata, que es la de no tener que cuestionarse la vida que se está armando. Al ser responsabilidad de otro o de otra cosa, la persona queda libre de penas y culpas; las frustraciones no son por la imposibilidad de cada quien, sino que se deben a algo exterior, entonces esa persona se convierte en víctima. Es una retorcida manera, muy común por cierto, de evitar el esfuerzo de reconocer la frustración, trabajar para superarse, encontrar los deseos, las fuerzas para realizarlos, contrastarlos con lo posible, adecuarlos, y trabajar nuevamente.

La persona que no ve dónde y cómo se equivoca, se siente correcta, acorde, no tiene que realizar esfuerzos. Todo aquello que pierda, el vacío, la imposibilidad, la dificultad, lo deshonesto, lo maligno, lo frustrante, lo triste, todo aquello que no hable bien de sí mismo o que no sea acorde con su sentido del deber ser, entonces mágicamente lo convierte en responsabilidad de algo o alguien que esté afuera. Satisfacción inmediata, yo estoy bien, lo otro o los otros están mal, le tocó así, lo determinó nuevamente el destino.

El tema es que la satisfacción, de esta manera, sólo es inmediata, porque se va generando un vacío en el interior, en el alma, un agujero, algo difícil de transcribir porque es una sensación muy desagradable; una tristeza y disconformidad, una sensación de falta, siempre falta algo... Porque de esta forma, no se está encontrando aquello de la vida como obra propia; lo posible, la pelea, el hogar, el espacio; no se está terminando de apropiarse de su vida, de su creación. Esto último, aunque más difícil, es lo que yo siento como la verdadera satisfacción.

En el encuentro con Ivette que apareció en mi memoria, lo que dio pie a estos cuestionamientos fue una trivialidad. Pero se trata de lo mismo. Para Ivette, no era ella la que tiene la falta de capacidad para disfrutar tranquila sus tiempos, no es ella la que hace preguntas y luego no tolera respuestas que no le sean agradables, sino que soy yo quien la mal interpreto, o que la busco para cuestionarla, o quien complico las cosas.

Lo cierto es que el resto de la tarde, fue una hermosa tarde, muy disfrutable; no recuerdo bien, pero sé que conversamos de muchas otras cosas, y también sé, que en muchos momentos, la hice reír. Fue un encuentro con Ivette, y de los maravillosos. Porque como tantas veces, nos ha servido para enseñarnos, para alivianarnos, para entendernos.

No sé cuántos vodkas me tomé, pero sí sé que fueron muchos menos de los que creí necesitar en un comienzo, porque todo salió muy fácil, muy lindo. Todo acompañó: la calidez, la terraza, el descanso, el domingo, las ganas. Fue uno de aquellos días en los cuales uno sabe que lo mejor que puede hacer es lo que le pase por la mente en ese momento, sin presiones, sin mandatos, sin culpas.

La distensión es perfecta, nos recupera de todo mal, nos genera un resto, una mayor disponibilidad de la que veníamos trayendo. Me parece de verdad importante encontrarse con la capacidad de distenderse. Al menos de a ratos, al menos algunos días. Recordar que es tan importante simplemente disfrutar, solo o acompañado, sin reloj, sin tiempo, sin el debería hacer..., sin quejas, es una verdadera cura del alma.

Me doy cuenta que a pesar de las tantas diferencias, me gustan los recuerdos que me surgen de Ivette, de su terquedad, de su casi absurda estadía en el mundo, de sus trivialidades, de su incapacidad para quedarse quieta o callada; de su lindura, de su amabilidad, de su cariño. Ella tiene aún hoy esas ideas pueriles, a veces simplemente infantiles, que las tira arriba de la mesa como si lanzara una genialidad, y al mismo tiempo, tiene esa preciosa virtud de comprender lo que se le responde, de asumir lo que se le dice, de querer y apreciar todo lo que se le marque. Me gusta.

V.

Cora se está poniendo impaciente. Supongo que hace demasiado rato que estoy aquí, inmóvil, en la cama. Podría hacer algo intempestivo, como por ejemplo, abandonar finalmente la posición horizontal, vestirme, conversar alguna trivialidad, y mudarme a alguna otra habitación. Ya que la cabeza no me deja en paz, entonces la aprovecharemos.

Cómo será este día, que lo intempestivo es algo tan cotidiano como levantarse y vestirse; ¡vaya riesgos que estoy tomando! ¡levantarme de la cama!, ¡cepillar los dientes!, ¡atención!, ¡se aproximan cambios energéticos!

Cora se merece más que esto, sin duda. Pero es lo que puedo hacer. Pienso tomar todo con tanta calma como me sea posible. En definitiva me siento bien, con buen estado del ánimo, haciendo lo que me sale hacer. Sin inventos, sin histerias, sin tratar de que sea diferente a como sale naturalmente. Cora además me está acompañando en forma muy correcta. Yo la adivino impaciente, porque se acerca, camina por el dormitorio como si buscara algo, hace como si estuviera muy ocupada; la miro y actúa como si se encontrara en medio de algo serio y problemático, como si en realidad tuviera mucho para hacer. Da vueltas, cada tanto me lanza alguna preguntita sobre por ejemplo en dónde encontrar las servilletas de papel. Esta inquietud, este nerviosismo, estos pequeños llamados de atención, son muy adecuados al fin.

Yo la entiendo. Debe ser difícil ver que estoy tirado en una cama casi inmóvil por horas. Sé que es difícil no tratar de intervenir, de modificar esta situación. Cora intenta un cambio en mi actitud de la forma más respetuosa, sólo haciendo notar apenas su presencia con estas sencillas formas, con estas nimiedades; son pequeños mensajes que invitan a realizar algún tipo de movimiento. Bueno, haré ese cambio, me mudaré de habitación, no sin antes oficializar mi situación de persona despierta, en ruta, oficializar el comienzo del día. Apenas lo pueda hacer.

Con Cora vivimos juntos durante muchos años, con absoluta alegría y conformidad por esta unión. Nos hemos separado hace casi dos años ya. Nadie lo podía creer. Cora y yo hemos sido y somos dos personas de esas que no se separan nunca, que están enamoradas, sea lo que sea lo que esto signifique. Así y todo yo realicé el planteo de la separación. Era necesario. Fue una decisión consciente y generosa. Tal vez la decisión más generosa de mi vida.

Pero ahora no quiero pensar en esto. Efectivamente me incorporo, abandono la cama y comienzo el proceso de levantarme, con todo lo que ello implica. Mi cabeza continúa dando vueltas, y, mientras me coloco unos pantalones deportivos, recuerdo una vez que vestía unos exactamente iguales a éstos. Estaba con Clara, y ella, de un golpe, me aconsejó recurrir a un psicoterapeuta.

Lancé una sonrisa al horizonte que reconstruyo. La presencia de Clara en mi habitación me resulta extraña y apetecible. Las imágenes que se presentan tienen algo de irreal y algo de cotidiano, tal vez por eso esta sensación de presencia extraña. ¿Cómo podría explicarlo? Es que hay algo actual en todo lo pasado, es inseparable.

Los hechos pasados, los que puedo recordar, fueron absolutamente reales, ya que tantas dudas no tengo al fin y al cabo. Aún así debemos saber que lo que uno rememora está impregnado con los afectos actuales. Nunca podemos recordar con total exactitud, con precisión, lo sucedido; porque lo que fue vivido está afectado por lo que uno es en el momento que invoca, por lo que uno siente, por lo que uno sabe en la actualidad. Tanto los recuerdos de eventos fundamentales, como los de momentos banales, todos ellos son

procesos que se encuentran incorporados al ser que somos ahora. Lo que somos ahora, entonces, está hecho de todo lo que viene siendo. Recordamos la anécdota de ayer con lo que somos hoy; no se puede separar.

Pero... un momento... está claro que me divagué... ¿ven que es cierto esto de que mi cabeza rumia y da vueltas con cada evocación? Por suerte todavía soy capaz de volver... Esto comenzó con la presencia extraña de Clara en mi habitación, traída por mis remembranzas. Ahora que saben cómo funciona, ya se imaginarán que allí quedé nuevamente, a medio vestir: sólo colocado el pantalón deportivo; eso sí, logré cambiar la posición. Ahora estoy sentado al borde de la cama, con las piernas colgando, los brazos caídos a los lados del cuerpo, utilizándolos apenas como apoyo para mantener el equilibrio. La mirada hacia ese horizonte embebido de memorias, hacia la zona desconocida, la mirada en los recuerdos, en Clara, en el pasado; más exactamente, miro a Clara enviándome a tratamiento psiquiátrico.

Eso fue un horror para mí. Descubrir en un instante que mi mejor amiga, en otras épocas mi amante, simplemente no reconocía lo más obvio: quién era yo. Hasta me produce un cierto rencor. Sólo el recuerdo me re-produce un rencor. ¿Cómo pensar algo así para mí? Podía conocerme más y mejor, pero decidió que me aconsejaba como si le hablara a cualquier persona, decidió que me decía algo como lo podría haber dicho a cualquiera. Dejó mi orgullo y mi ego bastante malheridos.

Es verdad que yo estaba transitando una etapa muy complicada. Como tantas he pasado. De ahí a tratar de convencerme que me introdujera en los ambientes que tanto y muchas veces he criticado, en fin, claramente no era para mí. Ambientes que me llenan de disgusto, de insana intolerancia, porque me aburren estas disciplinas justificadoras de su contenido por su contenido mismo... el colmo del autocomplaciente. Me enojan estas disciplinas. En fin, al menos nótese que digo “insana intolerancia”, y es porque realmente creo que es así la intolerancia: insana. Por lo tanto no me siento para nada a gusto con eso que me pasaba, con esta tan frecuente forma de reaccionar que tenía, sobre todo en el pasado, frente a algunos temas; pero al mismo tiempo sentía que guardaba muchos cuestionamientos, y que los quería transmitir. Entonces casi sin darme cuenta, me convertí en una persona con rasgos preocupantes de insana intolerancia... por suerte sólo en algunos temas, muy pocos ellos, prefiero pensar...

Las conversaciones sobre el universo psi, marcaron una época en la relación con mis amigos. Creo que ellos lograron escuchar con interés y atención mis primeras diatribas al respecto; incluso con ánimo para discutir; pero luego de un tiempo y de muchas veces plantear lo mismo mirado del derecho y del revés, ellos mis amigos, comenzaron a esquivar me apenas intuían que mis planteos iban por esos caminos; logré aburrirlos, logré colocarlos en el límite del hartazgo, logré que ya no me tomaran en serio.

En muchos momentos estuve bastante cínico, la verdad; demasiado enojado, agresivo. Me importaban esas discusiones, por todo lo que me parecía que estaba en juego. Sigo creyendo que tiene más implicancia de la que se le suele dar. Pero sé que muchas veces exageré demasiado las cosas, o estiré demasiado hacia los extremos cualquier argumento. Ahora puedo mirar esto mismo en forma diferente, pero no en aquellas épocas.

La memoria es traviesa, atropellada, juguetona. Entrevera situaciones, mezcla conversaciones que quiero relatarles. No importa, lo voy a contar como aparecen:

- Pienso que hay que realizar verdadero arte, obras maestras, para formar cuerpos teóricos tan indemostrables, tan imaginativos, y al mismo tiempo con fuerza suficiente como para ganar adeptos, formar escuelas, crear disidentes, subgrupos, corregir la teoría, renovarla, formar académicamente gente capaz de continuar la enseñanza, enriquecer y elevar la teoría al estatus de “teoría para ser aplicada a humanos”.

Verdaderamente, obras de arte, grandes pinturas realizadas por maestros –me recuerdo decir en alguna de nuestras tantas reuniones, sólo para, una vez más, poner el tema a discusión. Sé que aconteció luego de un incidente bastante malo que pasó un amigo, uno de esos tantos cuentos que nos dejan entre asombrados y enojados con los temas de la salud.

- Oye, estás volando. No creo que sepas mucho de lo que intentas juzgar –interrumpe Ivette, pidiéndome calma.

- Pues sí, interesantísimo como fenómeno social, como tema de sillón, –continúo-. Fumando un habano, tomando algún licor, de preferencia un cognac; resoplando con otros bien conocedores, fumadores y bebedores, que pasan un rato describiendo el fenómeno, argumentando sobre él, emitiendo opiniones variadas, hipótesis que sólo tendrán como cometido mirar al otro intensamente, para saber que simplemente se está pasando un buen rato. Se tiene una excelente y académica excusa para estar reposando en el sillón, con un habano y un cognac. Sabedores de que, luego, cuando cada uno se vaya a su casa a dormir, nada de lo dicho quedará, no servirá para nada más que para pasar el rato, movilizar las neuronas, buena excusa para estar juntos, hablando de algo sin duda interesantísimo.

Miro a Ivette y me complazco conmigo mismo, por lo absortos que los dejé; creo que hasta me están prestando su atención.

- Esto mirado del lado de los intelectuales –continúo. Ya que ellos tanto saben. Porque al mismo tiempo debemos recordar, que mientras los señores y señoras tan interesantes que describen y descubren tanto de lo humano se regocijan en sus sillones, al mismo tiempo digo, se encuentran las personas que compraron su discurso.

- Basta, déjalo por aquí –me dice Ivette más seriamente, con cara de pocos amigos.

- Personas que se sienten muy mal –continúo como si no hubiera interrumpido nadie-. Que están inseguras, indefensas, desprovistas de tanta sabiduría humana, y aceptan humildemente su disertación. Éstos no necesariamente son intelectuales, ni seguramente pretendan serlo; son simplemente los que sufren, y se creen que es en serio todo el asunto de la gran obra de arte, de las teorías que explican el desconsuelo y la desazón; se creen que serán ayudados si pagan bien, y serán conducidos hacia esa tierra bendita donde los hombres y las mujeres viven felices, en paz con su pasado, armónicos con el presente, casi sabedores del futuro... Pero si hasta parece que en esta tierra todos están vestidos de blanco y tienen luz y resplandor que emanan de sus cuerpos con ese brillo que sólo la tranquilidad y el bienestar pueden dar. Tan desvalidos se encuentran lo que necesitan, que compran el discurso a partir del cual accederán a los Grandes Conocimientos.

- Basta, quietecito y callado, o te enviaremos a dormir. Que te estás poniendo muy agresivo –corta Clara, en otro intento para disuadirme.

Lo cierto es que ni Clara ni tampoco Ivette pueden con mi necedad...

- Como por ejemplo –continúo-, ellos los indefensos entenderán que no hicieron las cosas bien, que han rumbeado equivocados por la vida, que han vivido peripecias que no supieron enfocar correctamente. Entenderán incluso que han vivido enorme cantidad de situaciones, han sentido enorme cantidad de emociones, sin ni siquiera darse cuenta de ello. Han vivido y han sentido sin saber que lo hicieron, pobres, tanta cosa guardada en la gaveta del inconsciente, ese lugarcito mágico donde queda explicado todo lo inexplicable, al cual se recurre cada vez que se quiere que la persona desvalida haya hecho o haya sentido lo que dice la teoría y que explica su aflicción. Porque si acepta la teoría, entonces se salvará. ¿Y cómo aceptarla si no se vivió acorde a ella? Pues no es tan difícil, lo que pasa es que lo has vivido y lo has guardado en el cajón de la

inconsciencia, y ahora que lo has descubierto, pasas de nivel. Felicidades. Nos ha llevado diez u once años, pero ya podemos visualizar el final.

Ahora me sirvo otra bebida, porque por supuesto voy a extender mi discurso. Una pausa imprescindible, para que mi auditorio continúe enfocando su atención. Aunque a decir verdad, los veo más enojados que atentos. No importa.

- Por suerte, los bien conocedores se sentarán en un cómodo sillón, ayudarán a revisar, a corregir; escucharán y algunos enseñarán –prosigo-. Para que de esta manera, el desvalido y necesitado se eleve, levite, extasiado por acceder a lo que explica, a lo que ayuda; gastó dinero que no tenía, hipotecó futuro (el propio), pasaron muchos años, porque por supuesto tal estado de gracia necesita de la colaboración del artista durante muchos largos años, cuantos más años algunos creen que es incluso más efectiva esta intervención, y así llegan a adultos, los necesitados, tocados por el pincel ganador, por la paleta del arte, convertidos ahora en la pintura de la teoría... en fin, dados de alta.

- Bueno, atención, parece que debemos vivir otro de sus elocuentes discursos arrogantes y pretendidamente sabios, cuando no es más que sus ganas de dejar escapar un poco de su incalculable agresividad -interviene Clara, mitad en serio, mitad en broma-. ¿Estaremos dispuestos a someternos a esto? ¿Una vez más? Porque les aseguro que esto recién comienza...

Todos parecen reír. Se intercambian sonrisas y muecas cómplices. Yo sé que todo esto lo he dicho con desprecio, consciente de que arrojaba una pequeña bomba, consciente de que molesto a muchos, porque lo he puesto drástico, terminante. Sin embargo preferí continuar, una vez comenzado un discurso muy sentido para mí, me era muy difícil, creo que aún hoy, me es difícil parar, suspender, aliviar, moderar.

- Entiendan que una cosa es reconocer y respetar las obras de arte, y otra cosa es que yo tenga que poner cara de serio y responsable cuando se discute acerca de cosas que se supone que están y que son así, que se dice que existen y que funcionan de determinadas complicadísimas maneras, y continuar con cara de serio y responsable, cuando con la misma seguridad se nos explica que en realidad no hay cómo demostrarlo, que en realidad no se ha descubierto todavía, o que en realidad no se sabe lo que se supone que se sabe, bueno...

La esposa de Juan comenzó a mirarme alarmada. Es la que menos me conoce, y sé que no le gusto nada. Tiene los ojos muy abiertos, expresión de sorpresa y enojo, los puños cerrados sobre la mesa, voy a continuar, quiero saber hasta dónde me puede soportar...

- Incluso podría seguir, porque yo mismo he presenciado esas discusiones entre entendidos, cuando comienzan a tratar de hacer coincidir lo que dice la teoría con la persona que han conocido, a discutir pacientes, dicen ellos; yo creo que más bien he presenciado el complicado camino de hacer encajar una situación fortuita con una situación esperada, de hacer coincidir la realidad con lo que se dice de ella, de hacer concordar un determinado discurso o cuento, con lo que se debe pensar acerca del discurso o cuento; se comienza así a interpretar: el señor dijo x pero claramente se refería a z.

Con tanta rigidez he visto que se adhieren a distintas teorías, algunos psi, que les diré que no es para nada excepcional el hecho de que se juzgue a un terapeuta u otro por el modo como se acerca o se aleja de tal o cual teoría, como si se tuviera fundamento suficiente como para hacerlo. También he visto que se juzga abiertamente a ese paciente, porque a veces parece que no entiende, o peor aún: se resiste. Se resiste a admirar la pintura, a reconocerla como obra de arte.

Clara me interrumpe nuevamente, me conoce, sabe que puedo continuar con mi verbosidad agresiva durante horas, si me tuvieran la paciencia suficiente. Pues no me la tienen. Resulto muy difícil cuando estoy con esta actitud. También sabe Clara,

que estoy sentido por mi amigo, por sus amargas experiencias con este universo. Y sabe que en cualquier momento, desato una pelea con la esposa de Juan.

- Vamos, no sigas –lo dice tratando de calmar los ánimos-. Creo que aquí el que está demostrando su rigidez eres tú. Sabes que a muchos de nosotros nos hace bien, nos complace, nos ayuda, distintos apoyos psicológicos. Sé más cariñoso con nosotros, y ahórranos esta vez la acidez en el tubo digestivo –Clara me sonríe al decir esto, con esa expresión que también es una advertencia.

- También sabes bien, mi querido amigo, que estas discusiones pasan por distintos ejes -interviene Juan, como siempre, ordenando la discusión, impidiendo desvaríos antojadizos. No es lo mismo -continúa aclarando Juan-, o por lo menos, no me plantearía de la misma manera, un debate acerca de la medicina y la psiquiatría, que uno acerca de la psicología, o acerca de las psicoterapias, o acerca de un campo enorme que tiene que ver con la ayuda al individuo, a las sociedades, e incluso a la autoayuda. Son tantas proposiciones diferentes, tan disímiles las controversias que podrían generar, que cuando te desplantas con dichos tan abarcativos, lo que haces en realidad es tratar de obstaculizar una verdadera discusión.

Ahora veo a su esposa complacida: su marido logró ponerme en mi lugar. No tiene idea de lo tanto y las tantas veces que hemos conversado con Juan; de lo profundas que pueden ser nuestras peleas. La veo complacida, aflojando sus puños, y me asaltan las ganas y la necesidad de pelear. De pelearla. A ella. Entonces prosigo:

- Estoy pensando si no es una costumbre, o una moda, esto de que todas las emociones imaginables, las raras y las no tan raras, se convierten en elementos de discernimiento, en objetos de análisis y estudios, para determinar lo adecuado y lo inadecuado. No importa si va por parte del psiquiatra o del curandero. Cada sentimiento, cada emoción, cada duda, cada frustración, cada dificultad, cada situación inadecuada, cada vergüenza, cada déficit, cada temblor, parece que hay que analizar, parece razonable consultar con un profesional o con quien diga serlo, para que ayude a discernir lo que es normal y adecuado, de lo que no lo es. Pero díganme, ¿quiénes son los que determinan esto? ¿quiénes son los que se arrojan el derecho a determinarlo? ¿Qué Ser Superior Todopoderoso les confirió semejante misión? ¿O sólo se trata de la estupidez humana actual, que insiste en pretender que hay gentes superdotadas que marcan el buen camino, el buen sentimiento, la buena actitud, y corrige a quienes no abrigan sus tan preciados conocimientos? ¿Quiénes son estas personas?

Ahora sí, lo logré. La esposa de Juan se siente violentada, por alguna razón sintió que mis conceptos eran un ataque a su persona. Es que debe ser un ataque a sus creencias, o a su fe. Volvió a cerrar sus puños, y golpeó con uno de ellos fuertemente sobre la mesa de madera, casi haciendo volar las aceitunas que plácidas se encontraban en su plato...

- Los que saben de lo humano, claro está -aclara. En general se mantiene callada en nuestras discusiones, porque sabe que yo disiento con ella más que con cualquier otra persona, y en algunos temas incluso, sabe que entre nosotros podríamos echar chispas. Pero también sabemos los dos, que queremos mucho a Juan, que ella es su esposa, y que yo soy su gran amigo, así que no deja de ser parte de un juego, esto de violentarnos, callar, y situarnos en las antípodas en cualquier discusión.

- Y ¿por qué ellos saben? -insisto.

- Porque estudiaron mucho y se sometieron a las mismas prácticas que luego prodigan. Esto quiere decir que lo que estudiaron además lo vivieron y lo comprobaron en sí mismos -intenta argumentar.

-Y ¿cómo sabemos cuándo se equivocan y cuándo no? ¿tú me lo puedes aclarar? No creo. ¿Cómo alguien podría equivocarse si en realidad no se puede estar seguro de qué se está hablando? Nada de lo que concluye es totalmente comprobable, ni contrastable,

ni objetivable, así que mal se podría determinar cuándo realmente se están equivocando. Dije esto y miré directamente a sus ojos. Ella no me devolvió la mirada, ni siquiera la pudo sostener. Tal vez fue excesivo hasta para ella misma aquello de golpear la mesa sin tener demasiada argumentación. Después de todo, qué culpa tenía la pobre aceituna. No estoy diciendo nada inteligente. En definitiva estoy siendo agresivo, insultante, intolerante. Estoy enojado y quiero pelear. En fin, supongo que mi rostro me delata, porque escucho de inmediato a Ivette:

- Espera, no continúes -me lo pide, o casi me lo suplica.- Muchas personas sienten que mejora su calidad de vida, que son comprendidos, y que son ayudados. Tanto, que sé que esto termina por justificar todo lo que se ande haciendo por ahí en nombre de la tan ansiada paz, tranquilidad interior, armonía. Te doy la razón en esto. Todo, cualquier cosa, se termina justificando, y esto da un poco de miedo. Pero te diré algo... bienvenido sea este todo, porque hay personas que lo consumen y que mejoran. Bienvenido lo que se ofrece, si en definitiva hay personas a las cuales les hace bien. Y te aseguro que es grandioso conocer a alguien cuya vida se ha vuelto un tormento, y que luego de algún tipo de tratamiento, no importa cuál, el que le sirva, el que encaje, luego vuelves a ver a esa misma persona en pleno disfrute de su vida. Te aseguro que esto te reconcilia y te hace perdonar todos los errores.

- Tal vez éste sea el punto –vuelve a intervenir Juan, esta vez creo que tratando de salvar mi honor-. El asunto que inquieta a nuestro amigo tiene que ver con la relación costo-beneficio. Entiendo Ivette que a ti te es suficiente encontrar un caso que se salva, por así decirlo, con un tratamiento escogido. Para nuestro querido amigo, el costo es demasiado alto, porque mientras uno supuestamente se salva con la intervención, muchos otros no lo hacen, o tal vez empeoren, o tal vez vivan culpándose a sí mismos, o tal vez y en el mejor de los casos, continúen como venían, con sus posibilidades, a pesar de los años de inversión. Justamente el meollo está en que no hay elementos plausibles para resolver esto. No hay cómo contrastar la información, por lo tanto no tenemos cómo saber qué sirve y qué no, si algo fue efectivo o no lo fue, hasta qué punto hace daño, o hasta qué punto es totalmente beneficioso para la vida del individuo. Este análisis no se realiza. Entonces no sabemos.

- Escuchen, quiero seguir, prometo cambiar el tono, e ir al grano -nada parecía conformarme, sobre todo porque me di cuenta que encaré desde un principio muy mal el tema, y esto me enfurece conmigo mismo. Juan lo sabe, y está tratando de salvar la discusión. Bebí un poco de mi copa de vino, para hacer una pausa, para centrarme en lo que quería decir, para enfocar, para procurar ser claro y transmitir lo importante. Respiré hondo antes de continuar.

- Quiero decirles que no me enojaría tanto, si estos profesionales pudieran comunicar, de alguna manera u otra, que su práctica se trata de un poco de ciencia, un poco de experiencia acumulada, un poco de estadística, un poco de intuición, un poco de acto de fe, de creencia, de opinión; ambas partes, el que consulta y el consultado, tienen que entender esto y conciliarlo; tienen que estar de acuerdo en que se están poniendo en juego los pensamientos y valores del terapeuta, y no sólo los de quien quiso consultar.

- ¿Por qué esto es tan importante para ti? –pregunta Ivette.

- Porque esto tiene una implicancia especial –respondo-. Porque el terapeuta está dotado de cierta autoridad frente al individuo que lo consulta, entonces puede aparecer como que lo que dice es la verdad, es lo que debe ser, es lo correcto. Esto puede ser un horror, puede hacer daño, por lo tanto se debería discernir en el mismo curso de la terapia. En fin, un sinceramiento bastante particular respecto a los alcances que pueda tener la disciplina a la que se dedican.

La esposa de Juan creyó encontrar un espacio por el cual penetrarme, y la muy torpe cayó en mis redes.

- No puedes decir esto de personas que han perdido su autonomía, su criterio de realidad -refuta. Cuando una persona está muy enferma no tiene discernimiento, no hay negociación posible.

- Pues claro -continúo. Por supuesto eres tú la que tenía que aclararnos que los locos -no te avergüences por llamarlos como todos los conocemos-, los que han perdido criterio de realidad, los verdaderamente enfermos, ellos, justamente ellos, son con quienes se puede hacer cualquier cosa, son quienes no parecen tener derechos, total, no tienen discernimiento según tu criterio, entonces atropellémoslos, pasémosles por arriba, igual están locos... Pero mira, es con quienes se debería tener mayores cuidados, y los podrían tener -los cuidados-; porque siempre hay un familiar, un amigo, un conocido, un vecino; siempre hay con quien explicar, negociar, solicitar, sincerar. Y si no lo hubiera, entonces vale la pena hacerlo ante uno mismo. Esto sería respetar.

- Me mal interpretas -se excusa la esposa de Juan.

- No, no te mal interpreto. Y prefiero continuar mi pensamiento: con este acuerdo del cual les hablaba, con este conocimiento, creo que todos nos sentiríamos mejor, porque estaríamos contratando un tratamiento a sabiendas, sin ilusiones, sin más expectativas de las que realmente se pueden ofrecer. Si es así, y uno contrata, pues bienvenido, porque sé de mucha gente que se beneficia de todo esto. Lamentablemente, en mi experiencia personal, me he encontrado con estos profesionales en una actitud mucho más soberbia que la enunciada, y por lo tanto, mi enojo y escepticismo continúan.

Clara entonces interrumpe, muestra su vehemencia también:

- Entonces estás reconociendo que no siempre es como tú lo quieres representar; estás reconociendo que tú, casualmente, no te has encontrado con los profesionales adecuados para tu pensamiento y personalidad, pero no piensas que ellos no existan.

- Lo concedo -continúo, y bajo inteligentemente el tono de voz; cambio hacia una actitud comprensiva, amable, aunque forzada-. Quiero ser escuchado a pesar de mi pasión inicial, para atraer nuevamente su atención. Digamos que para intentar dar vuelta el auditorio y ponerlo en mi favor.

- Lo concedo pero insisto en la dificultad de encontrar profesionales que estén cuestionando, revolviendo, cotejando su propia teoría y accionar, por parecerle materia de cuidado.

Clara comienza a desesperarse, a pesar de mis técnicas discursivas y mis esfuerzos de persuasión. Me dijo que alguno de mis comentarios se convertían en su propia argumentación, porque justamente yo tenía que pensar, en cómo era posible, si todas estas disciplinas no tuvieran una estructura válida y compatible, no fueran sobretodo útiles y probadas por el paso del tiempo, cómo sería posible que se crearan escuelas, ganaran adeptos, se generaran polémicas, en fin, corrientes de opinión, gentes, intelectuales, estudiosos, detrás de perfeccionar y continuar descubriendo su objeto de estudio. Y además, que todo esto permaneciera por más de un siglo y continúe aún hoy...

Ahora recuerdo que algo de esto dijimos aquella vez en la cual estaba sólo con ella, en una escapada, en nuestro descanso. Me veo y descubro que simplemente sonreí, miré hacia la lejanía, allí donde no sabemos aún lo que hay, porque nuestra vista no lo alcanza, sólo es alcanzable por nuestra imaginación: me fui hacia aquellos eternos lugares, pacíficos rincones, respiré armonía, respiré naturaleza, y me di cuenta que ni siquiera me importaba contestar.

Tal vez estuve un poco deprimido, es verdad, tal vez tenía razón Clara, y tendría que haber recurrido a un locólogo de éstos, para que me ordenara las neuronas, con sabias palabras, y con sabias pastillitas. De todas formas, voy a seguir peleando con todo esto, solamente porque así soy yo.

Allí mismo, en medio de la nada donde estábamos acampando aquella vez, cocinando un simple arroz en un improvisado fuego, que bastante trabajo me dio prenderlo, allí mismo, una vez más, me entretuve con esta discusión; todo comenzó cuando Clara se despachó, con absoluta tranquilidad:

- Tienes que ver un psicoterapeuta, un psicólogo, un psiquiatra, o un psicoalgo, porque así no puedes seguir. Te veo mustio, apagado, triste, introvertido más que siempre, y para peor, te empiezo a ver acostumbrado a todo esto.

- No puedo creer que me vengas con algo así. Ya sabes sobre mis prejuicios y también sobre mis convencimientos. Para empezar, no estoy triste. Estoy en alguna clase de proceso interno, que me está llevando su tiempo darle trámite; pienso respetar el tiempo que me lleve, porque entre otras cosas, ya sabes que me quiero lo suficiente como para respetarlo. Por otro lado, te aclaro que si algo quisiera conversar con alguien, aclararme ideas, descargar energías intelectuales o de las otras, o lo que sea, lo haré con personas que conozca y sepa que pueden servirme para eso.

- ¿Pero qué dices? -se enoja Clara.

- No voy a tratar de explicar mi composición interna a alguien que no me conoce, para que trate de ponerse en situación de ayudarme. Es muy trabajoso, y diría incluso, muy difícil. El psi puede como mucho tantear nuestra escala de valores, sondear por dónde aparece el problema, intuir un poco mejor o un poco peor, pero no puede tomarse el tiempo necesario para conocernos en profundidad, como para intervenir en la vida de uno sin estar en realidad proyectando su propia forma de entender el mundo.

Era un día plácido, se respiraba tranquilidad; un viento tibio apenas acariciaba nuestros cuerpos. Sentados frente a un pobre fogón, apenas el fuego suficiente para cocinar, acompañados por pura naturaleza. Era un día propicio para la introspección, o como en este caso, para una conversación íntima, de amigos. El entorno me animó a continuar:

- Los más honestos supongo que hablarán de sí mismos, de sus concepciones, para ponerte en estado de alerta sobre qué es de uno y qué es del otro. En este caso se trata de discutir, contraponer certezas, interceder en el pensamiento del otro, capturar nuevas ideas, volver a discutir. Me parece esto sí interesantísimo. De verdad beneficioso. Ya sabes cuánto me gusta esto. Pero, en mi caso, ¿por qué hacerlo con alguien que se tiene que tomar primero el trabajo de conocerme, y también yo me tengo que tomar el trabajo de conocerlo? ¿Por qué recurrir a alguien que no siempre está dispuesto a contarme sobre sus creencias y valores? ¿Por qué voy a discutir con alguien que tal vez tenga una concepción de la vida absolutamente diferente a la mía, pero sobre todo, incompatible? O sea, ¿por qué voy a compartir lugares íntimos, dudas internas, filosofías, sentimientos, recuerdos, con alguien que no me interesa porque no lo conozco?

Prefiero elegir con cuál de mis amigos hablo de qué cosa. Yo tengo con quién. Los tengo a ustedes.

Le acaricio la mejilla y sonrío, es mi forma de avisarle que estoy discutiendo y al mismo tiempo me estoy sintiendo muy bien. Que no importa que pensemos totalmente diferente, que no tenemos por qué ponernos de acuerdo. Considero que está bien simplemente discutir con ella.

- Lo entendería, Clara, para alguna otra persona que no tiene con quién hablar. O para alguien que no se atreve, aunque tenga con quién, a hablar sobre sus profundidades, sobre sus misterios. Lo entiendo para quien no se siente que pueda compartir sus dudas y sus miserias con otro, con un par, con un parecido, con un amigo. Aquí entonces estoy

de acuerdo contigo, que puede estar muy bueno consultar al psicoalgo. Eso sí. Porque me parece que a todos nos ayuda, nos ilumina, aunque sea para pensar en voz alta, poder conversar, discutir, compartir intimidades, sentimientos, dudas, con otro. Realmente creo que está muy bueno. Pero con un psi, sólo aquél que no tenga otra opción.

- La mayoría de nosotros no tenemos otra opción; porque esto es diferente a compartir con un amigo, o un padre, o un tío. Esto es una mirada profesional. Alguien que se preparó, estudió, que dedica su vida a ser un interlocutor diferente -me replica.

- ¿Qué es lo que lo hace diferente? ¿no conocerte? ¿no tener ni idea de lo que para ti significa cada cosa? ¿no tener idea de dónde se ubica tu persona en la historia?

- No. Es diferente porque no está involucrado como un amigo, y esto le permite escuchar de otra manera; porque nos permite vernos en un espejo diferente al que estamos acostumbrados; nos abre la opción de analizar con parámetros nuevos.

- Vamos... ¿Lo hace diferente el hecho de que tenga teoría para todo, que pueda interpretar de una antojadiza manera tus pensamientos, tus actos? ¿Es diferente porque tiene fe en postulados esclarecedores de lo humano, pero indemostrables? Pues a mí justamente, todas estas cosas no me parecen que hagan la diferencia. O la hacen, y es justamente por esto que no es para mí, será para otros.

- Quiero decir que son personas que han estudiado, que se nutren de teorías y de descubrimientos acerca de los diferentes funcionamientos, acerca de la diferencia entre la salud y la enfermedad, es por eso que ellos pueden. Porque se han preparado para ello. Porque han dedicado buena parte de sus vidas a realizar el intento de entender, de desentrañar, de devolver, de cuestionar.

- Vamos, Clara, no me puedes decir eso. Alguien que estudia sobre la división entre la salud y la enfermedad.... como si la cultura no tuviera nada que ver con esto. Oye, algo se vuelve muy enfermo en una cultura, y es aceptado y armónico en otra. Algo es sano para ti, y tal vez ya no sea tan sano para mí, y esto para dar algún ejemplo bien cercano y no andar comparando oriente y occidente, como se hace siempre. Tal vez existan varios aspectos de nuestro comportamiento que yo tomo como agresivamente provocadores, como una transgresión, y tú los vives como el hilo natural de tu existencia. Esto lo sabes bien, porque has sido bastante diferente que un gran número de mujeres. Tú misma me has contado que algunas mujeres te han mirado raro, como si fueras extravagante, en situaciones que para ti eran simplemente naturales. ¿Cuál es el límite? ¿Cuándo decimos que esto sí es enfermedad, que se pasó de clarooscuro? Francamente no creo que esto se pueda decir, porque todo depende, en última instancia, sobre qué cultura nos vamos montando.

Clara se acomoda, cambia de posición. Me conoce y sabe que puedo ponerme bastante impenetrable. Me alcanza una botella de cerveza bien helada, y toma otra para ella. El arroz se demora, la cerveza se vuelve esencial. Ahora sí, continúa su idea:

- Pues justamente para diferenciar esto, para ver el clarooscuro, es que han estudiado y se han preparado los que se dedican a estos asuntos humanos. Además, yo creo que sí hay límites. Hay una línea que demarca el bien y el mal. Hay una línea que demarca lo sano de lo enfermo. Te concedo que yo no sepa definir estos límites, no me sale bien, no soy buena en esto, pero sé que hay límites.

- Mira, mi amor, de verdad que te entiendo lo que me quieres decir, y de verdad que creo que tienes bastante razón. Estoy hecho un agresivo, y me paso de rosca. El asunto que me preocupa con mucho de lo psi es que se nutre de teorías e hipótesis que son incontrastables, que son invenciones, son justamente hipótesis de trabajo, y que por lo tanto dependen demasiado de la cultura. Más aún, dependen demasiado de la persona que realiza el diagnóstico y el tratamiento.

- ¿Y qué hay con eso? –insiste Clara.

Tomo varios tragos de mi cerveza antes de continuar; aclaro la garganta:

- No quiere decir que por esto mismo las teorías y las hipótesis sean malas, en absoluto. Yo, dentro de mis cuestionamientos, las respeto. Quiere decir solamente lo que quiere decir: que hay mucho en todo esto que tiene que ver con actos de fe; hay mucho en todo esto que tiene más semejanza con la magia que con la ciencia, con lo artesanal, con la prueba, con lo intuitivo, con la suposición, con el parecer; o para ser más claro, te diría que pienso que tiene que ver con un poco de todo. Lo que a mí me lastima y me hace rabiar, -continúo-, es que quien pretende ser profeta de estas profesiones, debería tener la humildad como para saber que se está dedicando a algo que puede resultar muy peligroso.

- ¿Peligroso? Reconoce por favor que exageras un tanto...

- Es que el profeta puede llegar a creerse las hipótesis con las cuales trabaja, ¿me sigues? Es tan importante esto para mí... por favor amiga... olvida por un rato mi cinismo. Sólo pido que escuches con mucha atención: el personaje psi, el terapeuta, puede llegar a creerse que tiene la razón y que el otro está equivocado.

- Es verdad, esto es frecuente –reconoce.

- Puede llegar a creerse que cuando el otro es lo suficientemente diferente a él, lo puede catalogar como inadecuado, por la sencilla razón de que el profesional se siente que está dentro de los adecuados. Puede llegar a creerse que es un sanador, un recuperador de casos perdidos, una especie de dios chiquito, porque con el Dios grande es difícil entrometerse. Puede llegar a creerse que determina el verdadero camino que nos lleva a la felicidad, a la realización personal, a la independencia y a la autonomía.

- Éstos serían los soberbios, pero no son todos, deja de generalizar –ataja Clara.

- Puede llegar a creerse, Clara, y ya no me interrumpas, que es correcto indicarle a otro individuo diferente a él mismo, que está bueno esto de ser independiente y autónomo. ¿Nunca te has puesto a pensar en eso? Porque nosotros, ambos, seguro estamos de acuerdo en lo placentero, lo necesario, lo superado que es ser independiente y autónomo, pero, ¿y si la otra persona, simplemente no tiene la misma convicción? O más aún, ¿si la otra persona, piensa que esto es algo absurdo y peligroso? ¿Qué hace en esta situación el profeta de su profesión? ¿No tiende, en la mayoría de los casos, a hacer entender al otro que es inadecuado pensar como piensa? ¿No tiende, en la mayoría de los casos, a encaminar al otro, a ponerlo en la acera de los bien entendidos?

- Si está en congruencia con su cultura, entonces no habría sufrimiento, y si no hay sufrimiento, no hay consulta -insiste Clara. Está dispuesta a dar la pelea, esto me encanta en ella.

- Pero supongamos que la persona no consulta, sino que es alguien que cree que sufre, el que lo enfrenta a la necesidad de realizarse una terapia, de consultar con el psiquiatra, porque sus conductas o sentimientos los entiende inadecuados o incompatibles. Esto es cada vez más posible, porque con mayor frecuencia vivimos juntos personas bien diferentes; el mundo está más entreverado; importan menos los límites geográficos, y convivimos culturas totalmente distintas; entonces, cada vez más, vamos a encontrar un vecino muy “raro”, al cual le tendremos miedo, o le tendremos lástima, e intentaremos entonces enviarlo a algún tipo de tratamiento que lo “corrija”, que lo haga a nuestra medida, que vaya a saber uno a esta altura cuál será nuestra medida...

El arroz está pronto por fin. Nos disponemos a comer, por supuesto destapando otra cerveza helada. Nos miramos. Más allá de las diferencias, los dos sabemos de lo que estamos hablando.

- Porque en definitiva, Clara, ¿no es así como comenzó toda nuestra discusión? Piensa, mi preciosa. ¿No es que a ti te parecen inadecuados mis sentimientos, o mis conductas,

o la expresión de mi rostro, y por eso te enredas en esto de mandarme a un psi? ¿No es que te crees sabedora de la verdadera felicidad, y por tanto tienes la autosuficiencia de decirme que necesito ayuda profesional? Puedes contarme que a ti te impresiona mal mi cara, y preguntarme por eso; también puedes informarme que a ti te impresiona mi conducta, no te sienta bien, porque te resulta una conducta de exagerada introspección, de ensimismamiento; que esto a ti te produce alguna clase de malestar. ¿Me sigues comprendiendo? En lugar de hablarme de tu malestar, terminas convenciéndote y tratando de convencerme acerca de mi inadecuado estar en el mundo, me mandas corregir, me mandas a sanar, en lugar de relatarme tu posible problema: que no soportas mi actitud actual, o que no tienes ganas de verme de la manera que estoy.

Imagínate tú misma, pero con el poder que da un título universitario, o el poder que te confiere el universo, o el poder que te confieren los dioses, que dice que eres el curador de los males del alma... Impresiona ¿verdad? ¿Lo usarías bien? ¿Lo usarías mal? ¿Lo usarías bien para ti, pero que significa mal para mí? Entonces, ¿por qué yo debo conversar con alguien que ni siquiera sé cómo piensa, cómo es, cómo vive, si puedo elegir conversar con un amigo cuando me plazca?

- ¿Qué es lo que te pasa en realidad?; ¿qué es lo que te envenena? –interpela-. Te encuentro enojado, insistente hasta el hartazgo con todo este tema. Parece ser lo único que ocupa tu mente en los últimos meses; por favor no lo conviertas en una obsesión.

- Estoy asustado, no envenenado. Es eso. Estoy asustado. No es que lo convierta en una obsesión. Es que creo saber algo importante, me siento levemente iluminado por mis certezas, las trato de transmitir a mis amigos, y me encuentro con que no compartimos el mismo espanto. Tal vez sea esto lo que me desespera. Más que ponernos de acuerdo, quisiera poder contar con ustedes, quisiera que entendieran mi alarma, el horror, la pavora.

- Come algo, mi amigo, tranquilízate un tanto; lo vuelves demasiado grave.

- Te lo quiero explicar. Me asustan estos profesionales que se adhieren tanto a una teoría o a un conjunto de ellas, que realmente piensan que poseen el beneficio o incluso la virtud de acceder a la Verdad.

Me asusta la soberbia. Me asusta la gente que se la cree. Me asusta que armen la vida de los demás, decidan sobre aspectos absolutamente cruciales, profundos, personales, incluso íntimos, simplemente porque se sienten con el poder de decidir por los demás. Porque se sienten que son los que saben. Porque sienten que le tienen que enseñar al resto cómo vivir.

Me dispongo a degustar el arroz, hacer una pequeña pausa. Estoy cansado, es verdad, tal vez obsesionado.

Sobre estos aspectos, el que más comprende mi preocupación es Juan. Él sabe de lo que hablo. Porque entiende lo que significa creérsela, lo que significa creer que se tiene el poder. Sabe lo que significa adherirse a una teoría, conoce los estragos de la soberbia. Juan ha podido, a raíz de temas muy diferentes, discutir todo esto conmigo.

Pero sobre Juan les contaré después, porque ahora es Clara la que me mira desafiante, pronta para intervenir, cerveza en mano, pronta para arrinconarme y extirpar de mí todo intento de maniobrar nuestra conversación; tengo que apresurarme a terminar mi concepto, antes que arremeta.

- Me asusta, mi amiga, tanta gente hipócrita, que abusa de su supuesto poder, para señalarnos con el dedo todo lo que hemos hecho mal, todo lo que hacemos mal, y todo lo que haremos mal si no seguimos sus consejos. Me asusta que yo no tenga la fortaleza, alguna vez, de decidir por mí mismo, de hacer oír mi voz, y esta gente firme por uno; firme el cómo uno seguirá viviendo lo que le queda por vivir.

- Pero no es tu caso; tú puedes comprobar por ti mismo, que has podido decidir.
- Ya sé que no es mi caso. Yo decidí. Yo decido, dentro de límites aceptables. Claro, por supuesto que dando una gran pelea. Contra viento y marea. Porque siempre uno se encuentra con alguien que se cree que sabe qué es mejor. Mira Clara, no es mi caso porque conté con la suerte de estar lúcido. Porque igual yo ya me he jugado todas las barajas, y esto te da cierta libertad y hasta indiferencia. Pienso en tantas otras personas vulnerables, o incluso imposibilitadas, y pienso en la eventualidad de que unos cuantos sabelotodo decidan sobre vidas ajenas, influyan directamente en estas vidas.

Y todo esto, ¿por qué? Porque ellos tienen La Teoría, se acompañan y viven del Entendimiento de todo lo Humano, Sabiduría Superior, Equilibrio Inmejorable. Son una clase elegida. Elegida por el Señor, o elegida por la Ciencia. Ellos son los que salvan nuestras vidas, los que enderezan nuestros retorcidos caminos. ¡Brindemos! ¡Ellos existen!

Clara ahora me observa extrañada. Decide no interrumpir, sólo seguir con su cerveza... Yo continuo, ya no puedo detenerme...

- Creo que debe haber muy pocos profesionales de los que tratan los asuntos humanos, si los hay, con la humildad suficiente como para cuestionarse todo esto. Porque pienso que si realmente se preguntan y llevan a las últimas consecuencias intelectuales sus cuestionamientos, entonces no pueden irse a dogmas; no podrían sentirse muy seguros; su trabajo se les haría muy dificultoso, porque cuando más se necesitan las certezas, más temerían equivocarse, más temerían caer en la indeseable condición de ser el que ilumina en el buen vivir. Tendrían que tomarse la profesión de una manera creativa, no sé bien cómo, pero diferente y creativa, en permanente cambio y en permanente cuestionamiento, ¿no daría esto demasiado trabajo? ¿se puede hacer esto realmente? Tal vez sí, pero quienes lo hagan, serán los menos, porque serán los más independientes, los más complicados, y los más solitarios de su profesión, y esto ni siquiera sé si es bueno de mantener.

Ahora es Clara la que mira más allá del horizonte, la que atraviesa sus propias barreras y ve la lejanía. Se deja acariciar por el viento, apenas una sonrisa en su rostro, está pensando, está incorporando toda nuestra conversación. Clara me quiere, y yo la quiero mucho a ella. Tengo tantos recuerdos juveniles, vividos a su lado. Ella me guiaba en la aventura, me instaba a atreverme, a romper esquemas, a probar. Tantas veces desafiamos la serenidad del domingo, tantas veces hicimos horrorizar a los devotos. Incluso hoy, ya con la placidez de los años vividos, con el cansancio, con el desgaste del cuerpo, Clara está repleta de chispeante intensidad. Aún sigue siendo capaz, cuando se lo propone, de encender, de derrochar esa energía infinita, de soltar la carcajada cuando quiere, cuando necesita, a pesar de las convenciones o de lo que se supone que corresponde. Clara mira el horizonte, incorpora la conversación, la deja enredarse entre sus entrañas, la está masticando, está decidiendo qué parte le interesa de lo que yo digo, está aclarando su espíritu, resolviendo qué le importa, y cuánto le importa, de todo esto que es mi desvelo.

- Entiende amiga, que esto va más allá de la simple crítica o desconfianza sobre la cuestión de hablar o someterse a alguien que no maneja una ciencia exacta. Es que realmente estoy convencido que ninguno de nosotros puede sentirse con la potestad de ser dueño de la Verdad, simplemente porque esta Verdad no creo que exista. Hay verdades de cada uno, hay certezas personales. Por eso considero desastroso el intento de transferir nuestras certezas a otros.

- Te sigo escuchando –apunta Clara.

- Es más de los mismo: muchos siguen pensando que están del lado de los buenos, y que hay que enfrentar a los malos, cuando en realidad, aquí no hay buenos y malos

universales; cada uno sabrá lo que es bueno y lo que es malo; no se puede ir más lejos; ir más lejos que esto, significa que uno tiene la razón, y el que no piense como uno está equivocado; entonces, esto significa que sólo podemos vivir en paz con iguales, o con los que se sometan a sus reglas; no existiría la posibilidad del encuentro de culturas. Amén de que todo aquel que sea diferente se vuelve peligroso. Y esto si generará consecuencias, si sabremos de esto...

- O tal vez el asunto sea que no existe esta posibilidad del encuentro de culturas –me dice Clara, creo que sin darse cuenta de lo tremendo, lo profundo y tremendo de lo que me estaba diciendo.

- Eso mismo estoy pensando –continúo-. Que tal vez el asunto sea que no existe la posibilidad de convivencia con diferentes, de respeto por diferentes, y tú tengas la razón: siempre hay quien sepa por dónde hay que caminar y por dónde no, y obligue, de una manera u otra, a los demás. ¿Pero sabes qué? Todavía quiero creer que esta posibilidad de respeto, esta posibilidad de convivencia, existe. Quiero creerlo, y por eso tiendo a aborrecer todas aquellas disciplinas y enseñanzas que basan su existencia en el poder de unos sobre los otros; en el poder de unos que dicen cómo está bien vivir y que tratan de que todos entonces vivan de esa manera, porque está bien, porque lo dicen o lo saben ellos.

- Como tú piensas es más inocente aún de lo que sospeché –señala Clara-. Estás diciendo que no hay límites, cada uno cada quien, con respeto y tolerancia, de la mano y unidos; nunca pensé escuchar de ti tanta candidez. Por supuesto hay una línea, de un lado unos, del otro lado, los que no se adaptan, por una razón u otra. Si esta razón es la locura, pues a tratarlos. Si esta razón es la inconducta, pues a corregirlos, y si no se corrigen, pues a castigarlos. Es así como se logra la convivencia.

- Hay mucho de razón en lo que dices –respondo. Pero yo trato de llevarte más al fondo, para que sepas cuando expresas esto, qué es lo que verdaderamente estás defendiendo, para que te hagas cargo -justo como dicen los psi- de lo que piensas y de lo que dices. Quiero que sepas que para mí este tema no es nada fácil. Si se lleva un poco hacia los extremos, te darás cuenta que se están defendiendo situaciones muy pero muy complicadas. Sobre todo porque en nombre de estos límites, se está justificando atrocidades a nivel mundial. También es cierto que en nombre del respeto por el diferente, se está tolerando o desentendiendo de situaciones también atroces. Por esto es tan complicado, y quiero que te des cuenta, que entiendas, en qué lugar te estás colocando.

- Yo en realidad -prosigo-, también creo que existen límites, y que cada sociedad los reglamenta de alguna manera, y castiga o margina a los que no se adapten. Y disfruto de mi actual tranquilidad gracias a estas reglamentaciones, no soy tan hipócrita.

- ¿Pues entonces? -carraspea Clara.

- Sólo que quiero siempre recordar qué es lo que estoy defendiendo, allá en el fondo. Porque tengo que saber lo que estoy disfrutando y respaldando. No puedo ir a engaños. Tengo que saber por ejemplo, que cuando proclamo convivencia y respeto entre diferentes culturas, estoy diciendo que asumo las consecuencias de mis posibles errores, como podría ser por ejemplo, una tolerancia desmedida hacia situaciones que en mi cultura las interpreto como atentados a la libertad individual. O me tengo que hacer cargo cuando defiendo la multiculturalidad, de mi capacidad e incapacidad de ser flexible, de poder cuestionar mis certezas, de vivir en el difícil equilibrio del respeto de mi espacio y del de los demás. Tengo que recordar que no hay una forma universalmente espléndida de vivir la vida, sino que yo tengo mi forma, tú tienes la tuya, el vecino tiene la suya, y todas son diferentes, aunque igualmente plausibles.

Me acompaño de unos tragos más de cerveza, y continúo:

- Quiero también que las personas con las cuales converso, quiero que mis amigos, quiero que tú, quiero que todos aquellos a los cuales pueda llegar, piensen en esto, sepan qué es lo que están defendiendo cuando dicen cosas que parecen obvias: saber común. Incluso hasta cuando se habla de este asunto de las psicoterapias, de las necesidades, los profesionales de la salud y sus consejos y mensajes.

- Amigo... -comienza a interrumpir Clara.

- Déjame, Clara-. Quiero poder transmitir la importancia de hacerse cargo, de ser responsable de lo que uno dice. No repetir frases y conceptos simplemente porque se convirtieron en algo compartido por mucha gente. Está genial decir hoy que una psicoterapia ayuda y que los terapeutas iluminan, enseñan, cómo es esto de vivir bien. Es admisible, mucha gente lo comparte, es aceptado, indiscutible. Pues yo lo discuto. Porque tiene sus límites; hay una frontera que si la pensamos mejor, nos damos cuenta que atravesarla es peligroso. Que estamos aceptando muchas cosas ligadas a la aparentemente inofensiva psicoterapia. Le estamos dando demasiado poder a mucha gente.

Realmente necesito que mis amigos sepan que ésta es mi nueva forma de estar en el mundo: hubo una época en que se participaba de movidas colectivas, en salvaciones universales; yo ahora sé que lo que puedo hacer, es modificar sólo aquél entorno al cual accedo, sólo un poco, sólo una pequeña jugada: instalar una duda a los que me rodean, cuestionar lo obvio, lo consensuado, ver un poco más hondo, ayudar a investigar por detrás de las palabras.

- Te concedo mi falta de lucidez al recomendarte una terapia –dice Clara sonriendo-; sólo que estoy preocupada por una sencilla razón: me parece que andas deprimido, y no ME gusta verte así; tienes razón, es a mí a quien no le gusta, y por eso quiero que te arregles esa cara, para hacer MI existencia más feliz. Además, el arroz se terminó, aún siento hambre, y quiero seguir tomando más cervezas. De todas formas, entiendo que te has ido más allá de toda la discusión. Has utilizado algo que yo dije para largarme todo un discurso paralelo. Te lo concedo, sólo porque el discurso no me pareció del todo malo, y porque me gusta conversar contigo. Que te quede claro que se trata de una concesión, porque te has aprovechado de mí.

- ¡Ésta sí eres tú, mi preciosa, ahora te reconozco! Entonces dejemos mi discurso preferido y volvamos al rollo del comienzo, ahora que nos entendimos. Quiero que recuerdes a Leo, aquel chico que conocimos en el bar de los músicos, y que supo ser buen compañero para disfrutar las noches.

- Lo recuerdo perfectamente, sonrío Clara.- No sé qué se hizo de él luego que cambió de país.

- En un momento, comenzó a dejar de frecuentarnos, y cuando lo hacía, pensábamos que era incapaz de disfrutar nada ¿recuerdas? Lo veíamos aplanado; que nosotros supiéramos, no tenía amigos más que nosotros; que en realidad no éramos sus amigos, sino sus compañeros de pubs y fiestas. Y con nosotros no hablaba de sí mismo, no contaba sus problemas, ni sus malestares, ni sus broncas. Entonces ambos, en una de aquellas noches tóxicas como sólo nosotros dos sabíamos disfrutar, le recomendamos un terapeuta, un raro, un posible, pero un psico al fin.

- ¡Y cómo mejoró! - Clara ahora está más entusiasmada-. Hasta parece que veo su rostro. Recuerdo perfectamente que al poco tiempo fue nuevamente capaz de reír, de disfrutar, y tomó decisiones importantes para su vida, entre ellas cambiarse a un país absolutamente diferente.

- Aún hoy, con todo mi discurso, creo que fue un consejo acertado. Porque él no tenía con quién hablar. Simplemente le conseguimos ese alguien para que discuta con él. Cuando no se tiene con quién, o sí se tiene pero no se atreve a quedar demasiado al

desnudo, entonces a veces es bueno conseguirlo; porque para muchos está bueno aquello de intercambiar, de incomodar las convicciones, desafiar las certezas, descubrir el malestar; a muchos moviliza, sacude el coágulo en el cerebro, y les hace bien.

- Estoy de acuerdo –dice Clara- en que Leo fue un caso, y tú eres otro muy distinto. También te concedo que lo enviamos a un terapeuta muy particular, con características exóticas. Recuerdo que después de aquella terapia, él comenzó a hablarnos un poco más, contaba cosas personales, situaciones complejas para él; nos informaba sobre sus momentos, los que le apetecían y los que no. Se hizo más flexible, más distendido, y esto lo volvió más compartible con nuestras personalidades; esto nos hizo más amigos. Si no se hubiera marchado, habría terminado siendo amigo nuestro.

- Déjame decirte algo más, Clara, aunque sé que estoy tirando un rollo muy largo: yo también mejoro cuando converso, cuando hablo, discuto, cuando me enfrento a mis propias convicciones, las confronto. Me gusta eso. La diferencia es que sí tengo con quiénes hacerlo, y no me causa ningún esfuerzo. Es más, casi te diría que lo hago en demasía. Tanto, que cuando hago un impasse, un silencio, cuando me doy mi tiempo como ahora, tú saltas y me increpas por lo mal que estoy. No estoy mal, mi niña, estoy en mi tiempo, en un descanso, estoy mirando un rato antes de hablar porque ahora lo necesito así; y apenas quiera volver a mostrarme, tengo la enorme fortuna de haberme hecho unos tremendos amigos, entre quienes te cuento, y te adoro por eso.

... Nuestro encuentro con la naturaleza, con Clara. Anduvimos hacia la campiña unas cuantas horas, por caminos secundarios. Hasta el momento en que comenzó a aparecer mucha tierra, mucha soledad, mucho silencio. Sé que queríamos realmente acampar en el medio de la nada, sentirnos solos, aislados.

Veníamos de muchas movidas, de demasiada compañía, de mucho ruido y humo. Nos imaginamos ambos, porque para eso éramos hechos a la medida, nos imaginamos una interrupción sana, natural, un stop, y así lo hicimos. Simplemente cogimos el coche y partimos hacia la nada. Paisajes entre amarillos y marrones, piedras, cactus. Muy poco verde, en esa oportunidad. Espléndido. Esos pocos momentos en los cuales fui capaz de escuchar el silencio, de saber de los olores, de sentir la inmensidad y que fuera amigable. Complacerme por el viento, por el polvo de tierra en el rostro, por lo complicado que terminó siendo simplemente armar un fuego, y cocinar un arroz.

Por supuesto que fue mágico, que nos hizo muy bien. Por supuesto que discutimos y nos peleamos varias veces en aquel fin de semana.

Al final fueron muchas, demasiadas, las cosas que para mí estuvieron muy buenas. Primero que nada, el paseo con Clara, por lo maravilloso de los lugares, por la impresionante capacidad que teníamos los dos de distendernos y disfrutar hasta de lo más simple; por lo sorprendentes y perturbadores que son estos paisajes, por lo sencillas que eran nuestras necesidades.

Segundo, por Clara, siempre guapa, siempre fresca, siempre peleadora, alardeando, coqueteando, imponiéndose, arrogante, soberbia, preciosa, tan querida.

Tercero, porque me obligó a realizar una vez más el esfuerzo de atender lo que un amigo tiene para decirme, y cotejarlo con mis propias sensaciones. Me obligó a seguir pensando, hasta a hacerme cargo de mi agresividad.

Aquí sigo sentado, al borde de la cama, con todos estos recuerdos. Sé que en algún momento tendré que cambiar de posición. Lo he prometido. Me iba a aventurar a levantarme, y ni siquiera logré terminar de vestirme. Pero la verdad es que inmediatamente me emocionan nuevos recuerdos: ahora que la emprendí con Clara, tengo más para contarles.

VI.

Clara me conoce desde que teníamos veinte años. Ahora es una mujer bastante sabia, buena consejera, buena administradora de lo bueno y de lo malo; acomoda rutinas para salpicarlas de emoción; estructura pasatiempos, o mejor dicho, llena de contenido el tiempo libre. Sí, es sabia a su manera. La reconozco así.

A los veinte era ingenua y atrevida. Una combinación explosiva. Linda. Muy linda. Típicamente de los sesenta, con sus cabellos largos, lacios, al viento; algunas veces con trenzas formando una corona que enmarcaba la dulzura de su rostro; ojos enormes y redondos, llenos de intensas ganas, inquietos hasta lo insultante. Alta, delgada, bastante desgarrada, con aquellas túnicas semitransparentes y sin sostén, como tan bien utilizaban y nos sabían enloquecer aquellas mujeres.

Recuerdo que se metía en la vida de todos. Siempre preguntando, opinando, aconsejando. Elaboraba juicios, reglas, sueños. Nosotros encantados. Clara tenía aquella virtud: hacía cosas por las cuales podía haber sido juzgada culpable de atropello, soberbia, omnipotencia, voyeurismo, y no sé cuántas cosas más; pero sin embargo, todos estábamos de acuerdo en que era nuestra mejor amiga. Incapaces de juzgarla mal. La considerábamos única, amada, nuestra preciosa Clara. Fue una época que la recuerdo con nostalgia y alegría. A pesar de lo crítico que soy (ácido, irónico, insoportable, según la mayoría de mis actuales amigos), recuerdo nuestra primera adultez con la alegre nostalgia de sentirme feliz por haberla vivido de esa manera. Feliz porque me hubiera tocado vivirla. Considero que tuve suerte, así lo digo.

No sé si realmente elegí vivirla de la manera en que la viví, o era algo inevitable, como arrastrado por el curso de la historia. Sólo que como ya saben, no creo que la historia tenga un curso, y mucho menos que nos arrastre. Más bien me parece que la historia son un montón de acontecimientos que se van estructurando en un imaginario de espacio y tiempo, y que miramos o analizamos sólo lo alcanzable, sólo lo que cada uno puede. Así es que la historia es ese pasado que está formando parte de este presente, y lo demás, son relatos que apruebo o desapruuebo, que me parecen plausibles o no, pero relatos al fin. Mi historia, la que incluyo en mi vida, es mi alcanzable. Esto es lo que tengo hoy por dentro. Esta historia también me forma. Es así como hoy mismo tengo este recuerdo, esta vivencia, esta percepción de haber vivido, de ser parte integrante de una época rara, diferente, rupturista, inquietante, vivaz, atrevida, como Clara.

Capaz que es por esto que yo la admiraba tanto: porque era toda ella armonía con la vida que vivimos. Congruente. Sintónica.

Mis amigos y yo conversamos mucho acerca de esos años, acerca de nuestra historia compartida. Al menos los que seguimos en contacto cuando ya todo cambió para nosotros. Había bastante coincidencia en que fue como si un día nos despertáramos a una nueva vida. Al menos fue así para mí; yo lo recuerdo de esta manera. No fue producto de la reflexión, del estudio o del conocimiento adquirido que llegué a darme cuenta que las cosas podían ser diferentes a como nos las venían planteando. Para mí fue algo casi inconsciente, por decirlo de alguna manera.

El que más se basaba en abrumadoras reflexiones era Elbio. Nuestro intelectual. Un poco mayor que nosotros, más maduro. Lo definiría mejor diciendo nuestra bestia intelectual, porque la mayoría de nosotros sí éramos intelectuales, o con pretensión de serlo, pero Elbio era una bestia, pura pasión, puro sentimiento, con innumerables argumentaciones para todo lo que hacía. Era el que nos daba teoría en un intento de volvernos seres que él llamaba comprometidos con su historia.

Pero yo no era así. No me había basado en las grandes explicaciones acerca del mundo. Era un estudioso, esto es cierto. Pero esa transformación que un día se dio en mí, ese giro tan poco racional, que a veces hasta los racionales damos cuenta de que sí sucede, eso que ocurre como un rayo de luz que ilumina lo que haremos en lo inmediato, ese cambio, esa nueva percepción, la viví de una manera bien elemental. Para ser sincero, debo decir que lo recuerdo como un abrupto despertar: un día me levanté, y vi luz en la ventana. Mi cerebro se iluminó. De pronto me di cuenta que todo podía ser diferente, que dependía de mí. ¿Quién me obliga? ¿Quién me ata? ¿Por qué? Y ahí salí, salimos, los del sesentayocho y después, sintiéndonos con el derecho de probar la vida, decidir lo nuestro, ahora, no hay después. Quiero probarlo todo y ahora. Me como el mundo. Lo que me gusta está bien. Lo quiero y lo tomo.

Salimos a dar batalla en la vida y a ganarla. No me importaban mucho los motivos. No a mí. A otros sí les importaba y mucho. A mí, cualquier cosa me podía parecer lo suficientemente importante, si eso servía para tomar el mundo y masticarlo. No acepté autoridad, me burlaba de los viejos, de las tradiciones; no había respeto a nada que viniera del orden anterior. Me sentí tan libre, tan pero tan libre... vestíamos como queríamos, hacíamos el amor con absoluta libertad, no había prejuicios, o los había pero estaba mal mostrarlos o comunicarlos, y entonces hacíamos como si no los hubiera. Todo estaba permitido porque no había autoridad que nos pudiera marcar lo bueno y lo malo. Aquello que era correcto y aquello que era incorrecto, estaba por descubrirse. Para mí todo era un cuaderno abierto, con las páginas en blanco, listo para ser escrito. Todo, o mucho, estaba para nuestro discernimiento. Había que probar, luego cada quién decidiría qué quería y cómo quería hacerlo. Cada quien decidiría qué era bueno y qué era malo, qué era correcto y qué era incorrecto. Porque lo que sentía como seguro, era que todo eso, estaba para ser escrito.

¿Policías? ¿Militares? Nos manifestábamos en las calles desafiando abiertamente su autoridad. ¿Familia? Pues nada obligatorio, nos vinculamos con quien queríamos, si queríamos, los lazos no se convertían en reglas.

Me emociono cuando me asaltan esos recuerdos, me recorre un ligero temblor. Me inundo de sentimientos fuertes, contradictorios, diversos.

Fue una época de la vida, para mí, para mis amigos, supongo que para tanta gente..., una época rica, cruel, tremenda; llena de exigencias por tanto cambio, por tanta novedad, tanto contenido; llena de sentimientos y llena de pasión. Por sobre todas las cosas, fue una época que dejó una marca, visible, en el Gran Libro.

Quiero mirarme, y quiero mirar a todos los que recuerde en esa etapa. Quiero transitar este camino que acaba de abrir mi mente o mi alma, recorrerlo, tratar de recordarnos en él. Porque fue tan importante, tan determinante, para tantos... Ni siquiera me importa estar saturado de contracturas, en el borde de una cama. Hasta esto se vuelve trivial, da lo mismo, no siento el dolor de los músculos porque soy capaz de sentir aquella época. Respiro juventud, se me olvida que soy un viejo decrepito. Me veo en mi juventud. Y lo que observo, por sobre todas las cosas, es a un pacifista. Yo lo era. Paz, vida en común, amor, libertad. El colmo del romanticismo. Así sentía yo. El mejor de los mundos conocidos, ése que nosotros, seres increíbles, estábamos formando. Lo estaba queriendo formar para todos, eso sí, no era sólo para mí. Era un romántico. La vida plena para todos, simplemente porque nos lo merecíamos. ¿Por qué nos lo merecíamos? Pues no sé muy bien. Supongo que por aquello de ser humanos, por aquello de los derechos del Hombre. Esto no tenía mayor explicación. Era así. Una verdad auto-impuesta, o tal vez escrita en lo alto de los cielos, para que todos lo pudiéramos leer. Nos merecemos una vida de armonía, de paz, con amor, con libertad. El romanticismo de mi veintena, esa

década mágica, en la cual muchos nos sentimos tan omnipotentes, tan seguros, tan inteligentes, tanto, que ni siquiera importaba demasiado hasta cuándo se vivía, nos podíamos morir a la vuelta de la esquina, porque lo que importaba de verdad, era cómo se vivía cada día, cada hora, la entrega, el riesgo, probarnos, probar.

Clara deambulaba con sus túnicas, sus cabellos al viento, cargaba flores a un lado y a otro, proclamaba la amistad eterna entre los humanos. Creía que todos éramos buenos, todos merecíamos la oportunidad. Se revolcaba hasta el cansancio con quien se le cruzara en su camino y le gustara; creo que estaba dispuesta a que todo hombre que sintiera atracción hacia ella, tuviera la oportunidad de tocarla, saborearla, de entrar en ella, para volver a tocarla; los hombres buenos merecíamos ese hermoso cuerpo, blanco, suave, dulce. Ese cuerpo que se enroscaba, se entreveraba con los demás, hasta volverse inquieto, sudoroso; resbalan las manos entre sus curvas, se deja acariciar despacio, parte a parte, sin prisa, porque cada segundo es profundo y único. Te envuelve su tibieza hasta que se convierte en calor agresivo que abraza, gime, quiere, reclama. Deja que te tortures hasta llegar a ese punto en que casi brotan las lágrimas. Adentro de ella, sabiendo que hay que salir. Sabiendo que uno no era el elegido. Era uno que solamente merecía besarla, hasta que ella decidiera cuándo podría volver. La separación la convertía en una despedida sin futuro conocible. Así era. Sólo hoy. El presente. Todo y ahora. La hermosa Clara.

Elbio detrás, corriéndonos, apedreándonos, reclamando un lugar diferente a aquel exceso de individualismo. Entre amores y amor, nos recordaba que el mundo era muy grande, que iba más allá de nosotros mismos, y que además era muy violento.

Nos recordaba las guerras. Los hermanos en las guerras. Los hombres y mujeres sometidos. Las masacres. Gentes torturando y matando en tantos lugares. Las invasiones. La codicia. El egoísmo. La crueldad. La pobreza. La miseria. La explotación. Nos recordaba todo lo malo y odioso que el ser humano podía ser.

Elbio realmente quería que le diéramos un sentido a nuestras ansias de paz. Que lo pusiéramos en práctica. Que nos manejáramos con la realidad. Él sí estaba del lado de los oprimidos del mundo, sufría con ellos, y por eso también sufría con nosotros, porque no formábamos parte de los que eran conscientes del padecimiento universal. Tampoco formábamos parte de aquellos que se habían autoproclamado salvadores universales, creadores de la nueva vida.

Yo seguro que no formaba parte. Clara notoriamente tampoco. Sólo que en ese momento no lo sabía tan así.

Tal vez haya sido nuestro amigo Juan quien, sin tanto ardor ni pasión, entendía mejor a Elbio, y lograba, a su manera, caminar junto a él. Juan pensaba, cuestionaba, preguntaba, obligaba a ensayar respuestas, ampliaba la visión y el entendimiento, pero su particularidad tal vez fuera que al mismo tiempo, era un verdadero activista, con todos los riesgos, con todas las contradicciones, con todos los sometimientos.

A Juan no le fue anecdótica la figura del Che: lo idolatraba. No podía intelectualmente respaldar sus posturas –tampoco adorarlo-, sabía que no podía, pero lo honraba: un héroe, un revolucionario, una luz, un guía, una esperanza. Un verdadero rebelde. Al menos Juan lo planteaba así en su juventud. Luego fue cambiando, creo que fue madurando, se fue convirtiendo más en un estudioso que en un impulsivo, fue razonando cada vez más, y apasionándose menos. Esta historia de Juan, se las contaré más tarde. Porque Juan también va a venir a verme, hoy viernes.

Yo, en realidad, lo que recuerdo que quería en aquella época, era que el mundo se convirtiera en un lugar donde todos pudiéramos al menos vivir en paz, a la manera de cada quien. Es verdad que participé en bastantes “movidas”. Manifestaciones, muchas. Bombas, ninguna personalmente, pero sí entre el montón. Es que Vietnam era

insoportable. O era insoportable la hipocresía entre los valores que se proclamaban, y la realidad cotidiana. Nunca fui un tonto. Si bien no me creía la del superhéroe del Che, sí me creía la de tantas gentes que eran perseguidas, sí me creía la injusticia, -me la creía y sé que soy sincero si digo que además me dolía y mucho-.

En lo cercano, en lo inmediato, en lo íntimo, lo que me pasaba era que no podía aguantar la infamia y la hipocresía. Creo que fue sobre todo por esto que terminé un poco más involucrado.

Tampoco es totalmente cierto lo que digo sobre el Che, que no me lo creía. Yo sí creía también: creía en su sensibilidad, en que realmente él se desangraba ante lo injusto, lo perverso; estoy seguro, quiero estarlo, que él penó por los demás, no soportó vivir una vida cómoda después de lo que vio, de lo que sintió, de lo que experimentó en sus viajes por América Latina. Fue alguien que verdaderamente pudo juntar y hacer una unidad entre lo que pensaba: su ideal, y su práctica: su vivir en este mundo.

Hay hombres, hay mujeres, hay momentos, que nos vuelven diferentes; a partir de ellos tomamos decisiones -algunos- que nos marcan un rumbo determinante en nuestra vida. Tal vez el Che haya sido un hombre que por alguna razón, lo que vivió de joven, que comenzó siendo una aventura estudiantil, le hizo sentir cosas tan profundas, le hizo encontrarse en uno de esos cruces de caminos, en los cuales se toma una decisión, y la de él, fue una decisión intensa, profunda, de las que dejan marcas para siempre. Decidió pelear por los demás. Por sí mismo y por los demás. En una forma, que se me antoja pasional. Absolutamente, irracionalmente, pasional. Equivocada. Para mí. Decidió algo determinante para el resto de su vida, y también, él y sus decisiones, se volvieron el nudo que marcó un rumbo a tantas otras personas, en tantos lugares del mundo, en tantos tiempos diferentes. Él tuvo su punto de inflexión, y se convirtió -su persona- en el punto de inflexión para otros.

Yo esto de la irracionalidad pasional, intelectualmente no lo soporto, pero no niego que me deja un rinconcito amargo en el alma, que me produce como un afecto, un cariño, casi un entendimiento, por ese hombre tan particular. Y por tantos hombres. Por tantos hombres desconocidos, sin nombre, sin prensa, como por ejemplo mi amigo Elbio.

Ahora aquello de emular a los ídolos no, hasta aquí lo mío. Yo, un hombre de paz. Yo, un cerebro, un hombre que nunca se consideró con el derecho de hablar por otros. Mucho menos de actuar por otros. Supongo que debo haber caído en muchas contradicciones a lo largo de mi vida, pero hasta lo que yo puedo conocer y manejar sobre mí mismo, fue así. Cuando yo me manifestaba, me manifestaba por mí, a mi nombre, porque me parecía justo lo que se defendía, o me parecía injusto o aberrante contra lo que se luchaba. Pero a mi nombre; creo que nunca pretendí hablar por otros. Cada uno que decida por dónde le va la vida. Yo no decido por nadie. Tal vez sea por esto mismo, que tampoco nunca juzgué a nadie.

Esta característica mía, a Elbio le iba terrible. Me cuestionaba cada vez que podía lo que él entendía como una gran muestra de egoísmo, de individualismo; como una falta de compromiso hacia los más débiles, los que no pueden hacer oír su voz.

Pues será, pero es mi forma, y nunca intenté negarla. Aún sabiendo que iba contra una marea importante, contra un determinado y supuesto curso de la historia. Muchas veces pensé, ya en mi madurez, que yo era un hombre que no acompañó exactamente la cultura dominante de su época y de su medio. Muchas veces pensé que sin proponérmelo, yo era un hombre más acorde con los tiempos que vinieron después...

Clara era mucho más simple; ella sabía que no le interesaba cambiar ningún orden político, no le interesaba cambiar la sociedad ni sus leyes, ni siquiera se lo cuestionaba; sólo quería que la dejaran vivir a su manera, sin innecesarios juzgamientos, sin sentir que era una marginal, una rara, un ser discriminado o incomprendido. Quería vivir a su

manera. Lo de ella era bastante más individual que lo mío. Yo tenía cierto sentido social en lo que decía, lo que quería para mí lo quería para todos. También quería grandes transformaciones. Clara desde siempre, lo que quiso fue que le dejaran vivir a su saber y entender.

Yo quería esto también, pero también sabía del mundo que nos hablaba Elbio; sabía y compartía lo que sentía Juan, y me molestaba mucho la mentira, por eso en algún momento irrumpió en mi búsqueda de paz, la idea de desafiar la autoridad, el orden instituido, involucrándome un poco más. No tanto como otra gente de mi generación, que llegaron a tener verdaderos problemas. Lo mío era me rebelo, protesto, te acompaño, pero sin grandes riesgos, y sobre todo -esto debe ser lo que valoro como lo más auténtico en mí, lo que permaneció en el tiempo-, sobre todo no quería hacer nada que vaya contra mis sentimientos o mi forma de pensar. No podía ser violento. No podía agredir a nadie. No era lo mío. Por eso fundamentalmente, siempre fui un no perteneciente. Claro, ahora es incluso intelectualmente correcto ser un no perteneciente, pero en esa época, me las vi negras. Elbio gruñía.

- No puedo admitir, compañero -rezonga Elbio- que me digas que sientes náuseas por la hipocresía, que sientes vergüenza ajena por lo que hacen algunos países con las gentes de otros países, que no soportes la idea de la bruta explotación a la que son sometidas muchísimas personas, y no estés dispuesto a pelear contra ello. No te digo nada respecto a que no quieras pertenecer a mi grupo, pero ¿a ninguno? ¿a ningún grupo organizado, con principios, con metas, con métodos? Entonces me parece pura palabrería, amigo, es como quedar bien diciendo ¡qué horror la crueldad! Si realmente te produce un horror, tienes que hacer algo por ello.

- Tú sabes que yo necesito pensar y actuar ante cada cosa, ante cada situación, y a mi manera. Soy así, Elbio, no voy a renunciar a ser yo mismo, aunque a ti te parezca incorrecto e indeseable. No puedo permitir que me hagan actuar en situaciones que no comprendo bien, que no conozco, o que ni siquiera comparto del todo. Pertenecer a un grupo implica que aceptas todo: su esquema organizativo, su sistema de obediencia, sus principios, sus actuaciones, sus métodos. Yo es raro que comparta todo ni siquiera de una historieta. Yo comparto algunas cosas, otras no. Tengo muy pocos principios, debería incluso pensar cuáles son, no me sale tan claro. No se puede pertenecer a una organización y decir que te parece una imbecilidad la mitad de las cosas que hacen, o que sólo estoy dispuesto a aceptar lo aceptable para mí y no me hago responsable por lo que no encuentro aceptable para mí. Tú sabes que así no se juega. No se trata de eso. Entonces, a lo mío. Me mantengo independiente. Hago lo que me parece; lo que no me parece, no lo hago. Incluso sabiendo que personas como tú, me están juzgando negativamente.

- No, yo no te puedo juzgar negativamente, porque te conozco demasiado. Yo sé de lo que hablas, sólo que me gustaría que fuera diferente. Necesito a veces amigos de mi lado. Muchas veces me encuentro solo, porque aunque esté rodeado de gente, aunque pertenezca, no te imaginas lo solo que estoy muchas veces; tú sabes que no tolero muchas de las cosas que se dicen ni de las que se hacen; mi diferencia es que prefiero equivocarme apoyando las malas, pero hacer, responsabilizarme por lo que está pasando en este mundo, en mi tiempo; no prescindir -insiste.

- No estés tan seguro de que yo prescindo -le contesto- porque a mi manera, yo también me responsabilizo por lo que pasa en mi tiempo. Sólo que de forma diferente. Yo como soy yo.

- Nos manda la historia... hay que tomar una decisión; hay bandos en contradicción; se debe decidir en qué lugar de la historia nos vamos a encontrar.

- No nos manda nadie, Elbio, esa es tu fantasía; la mía, es que no nos manda nadie. Somos nosotros los que decidimos, los que elegimos.

- Logro entender tu discurso cuando dices que no puedes ser parte de ninguna situación agresiva, de ningún acto violento. Pero es que hay lugares en los cuales han hecho de la violencia una forma de vida. En algunos países que tu sabes que yo bien conozco, se atenta contra la vida de las personas solamente por pensar diferente. No se puede evitar mirar esto.

- Está bien –le contesto-; comparto que no se puede pensar igual acerca de la violencia que ejercen las personas oprimidas de esos países, que lo que se puede pensar sobre la violencia terrorista en un país que vive a su aire. También es verdad que una persona informada, sensible, no puede evitar conocer y mirar esto. Pero te diré algo que no te va a gustar: también pienso que es verdad que no podemos echarnos a los hombros toda la carga del mundo. No podemos creernos que podemos salvar el mundo. Ni un continente. Ni siquiera un país. Porque es en el mundo entero donde hay situaciones tremendamente injustas, que nos vuelven sensibles, que quisiéramos que no existieran. Y ninguno de nosotros debería sentir que puede con esto. Eso es lo que yo pienso.

- Escucha amigo –interrumpe Elbio-. No puedo comprenderte. Te contradices mucho. Muchas veces has dicho que apoyas causas, que quieres cambios, que pelearías por más justicia, ¿dónde queda todo eso en tu discurso actual?

- Me enredo en estos temas. Quiero y no quiero, lo sé. Supongo que estoy cambiando posiciones, que es por eso que me contradigo. Es que no puedo dejar de pensar en la omnipotencia que hay que tener como para creerse que un ser humano puede cambiar el mundo, pero fundamentalmente, creerse que tiene la razón y por eso lo cambiará. Pienso en la soberbia que hay que tener para creerse que como uno piensa, como uno quiere, como uno desea, es como todos deben pensar y desear, y entonces arrogarse la autoridad de incluir a todos en como uno piensa que se debe hacer, actuar por todos, pensar por todos, decidir por todos, porque lo que uno piensa lo considera lo mejor para todos. Gran soberbia, gran omnipotencia.

- No seas estúpido; yo no digo eso. Digo que si te cruzas con la situación de injusticia, no la evites, no cierres los ojos, es tu deber enfrentarla. Hay situaciones que caen con un peso tremendo encima de uno; simplemente no se pueden obviar. El tiempo que vivimos, es un tiempo de compromisos muy fuertes; es un tiempo de estar de un lado o del otro. Es un tiempo de amigos y de enemigos.

- Yo soy amigo, y no comparto esto; para empezar, esto de los lados, ya se vuelve una situación oscura, ¿yo soy amigo o enemigo? ¿no soy un poco de cada cosa, o mucho de una pero también un poco de la otra? ¿yo estoy de un lado o del otro? ¿no estoy una parte de un lado, otra parte en el otro, y ni siquiera siempre la misma parte? ¿no es mucho más complicado de lo que tú me tratas de presentar?

Elbio me observa enojado. Trata de disimularlo, pero sé que está muy enojado conmigo. Quiere decir que seguiremos peleando.

- Resulta, además –continúo diciendo-, que yo no me estoy cruzando con ninguna situación, tal vez porque no la estoy buscando, que es lo que más te duele a ti. Yo me informo, conozco, tú me cuentas, pero yo no me cruzo. Y tú quieres que yo participe en organizaciones que intentan cambiar el mundo entero. Salvar las personas de todos los países. Y además, para salvarlas, utilizan o aceptarían utilizar los mismos métodos que utilizan los malos que quieren eliminar. ¡Vamos, Elbio, que por allí no va la cosa!

- Puede que no vaya por allí, pero seguro tampoco va por esta torpeza individualista, pichones de intelectuales, que se creen que con las palabras y las rosas todos viviremos mejor, o claro, no es que quieran que todos vivamos mejor, sólo quieren que aquellos que puedan y que quieran, vivan mejor, los que no puedan, que se embromen. Linda

filosofía para vivir. Tranquila. Buena cosa. Seguro no te vendrán arrugas hasta los cuarenta, o capaz que hasta los cincuenta. Seguro que te casas y te compras un cachorrito hermoso, para darle de comer y a él no le falte nada, pobre perrito. Seguro que terminas protestando contra la polución sonora, por ejemplo. Una causa como cualquier otra, que después de todo, si alguien quiere vivir tranquilo, por qué soportar ruidos molestos, ¿eh?

Sí, nuestras discusiones siempre fueron tremendas. Cuando no terminábamos insultándonos, terminábamos a los gritos. También recuerdo terminar abrazados, o borrachos en algún bar, jurándonos amistad eterna a pesar de todo...

Cuántas personas, en cuántas partes del mundo, tendrían en aquellas épocas discusiones similares. Cuántas dudas y cuántos convencimientos. Cuánto sentíamos que estaba por hacer, el mundo estaba abierto, allí, a nuestro alcance, para ser leído.

Trascendimos fronteras. No se trataba de vivir aquí o allí. Fueron justamente los comienzos del planeta todo. Cuando todo tenía sentido, lo que pasara o lo que nos podíamos enterar de cualquier rincón de la Tierra. El mundo imponente, inmenso, y a nuestro alcance. Una vida tan rica y tan incierta, como cada uno fuera capaz.

Desde aquellos tiempos, que ahora parecen tan remotos, ya estábamos juntos Clara, Elbio, Juan y yo; ya se cruzaban nuestros caminos; ya discutíamos, ya nos saboreábamos. Cada uno, tomando caminos bien definidos, de acuerdo a cómo era uno y de acuerdo a lo que cada uno venía trayendo. Por esto también es que somos tan únicos, tan irrepetibles. Porque cada uno es lo que viene siendo, lo que puede, lo que desea, lo que consigue, lo que cree. Siendo tan diferentes, supimos igual encontrarnos, cruzarnos, ayudarnos, entendernos. Esto me regocija. Haber encontrado la amistad.

Hasta incluso el día de hoy, con los recuerdos, aún siento aquel escalofrío, aquel placer, la piel erizada, la inquietud del alma, los miedos; porque fueron épocas, tiempos, amigos, que me hacían verdaderamente vibrar. Yo sentía la sangre correr por mis venas, sentía la corriente eléctrica transitando entre las células, sentía el aire intercambiando en los alvéolos, sentía toda esa inmensidad, toda esa posibilidad, todo yo, extendido, abierto, abrazando el universo, eligiendo con cuál estrella, esa noche, me dispondría a soñar.

...

Mi amistad con Elbio fue una amistad única, intensa, variable, a veces con tanto cariño, a veces con tanto rabiar. Podíamos compartir días enteros juntos, porque Elbio muchas veces quedaba en mi casa a dormir; porque él era una persona que siempre se encontraba en alguna situación complicada; siempre andaba enredado con algo. Llevaba así una vida bastante secreta. No era secreto lo que pensaba, no eran secretas muchas de sus andanzas; pero recuerdo bien que había tantas veces que simplemente aparecía, quedaba conmigo días enteros, dormíamos juntos, y luego volvía a desaparecer.

En aquellos días de intenso intercambio, podíamos hablar por horas. Incluso hubo noches enteras que no hemos dormido, que hemos continuado de largo, hasta avistar el amanecer. Hablábamos por horas, peleábamos mucho.

Nos respetábamos. Sí. Lo de la pelea era inevitable. Demasiada diferencia entre nosotros. Pero estoy seguro que con el tiempo, ya habíamos hecho un verdadero juego con esto de la discusión; nos buscábamos, tantas veces, hasta encontrarnos. Le dábamos la vuelta a los temas hasta que encontrábamos los puntos calientes. Creo que era incluso un desafío. Quién enmudecía a quién. Quién dejaba en jaque al otro. Esto también, a lo

largo de los años, fue cambiando. Porque llegó un momento en nuestras vidas que nos conocíamos demasiado; ya sabíamos en qué nos podíamos encontrar y en qué no. Ya no era gracioso tratar de golear en una discusión, porque el resultado estaba dicho desde los comienzos.

Demás está decir, que las discusiones cambiaron mucho porque también los tiempos fueron cambiando mucho. Las pasiones despertadas en una época, se fueron convirtiendo en temas a dilucidar; las certezas se comenzaban a transformar en posibilidades; y nuestro pragmatismo encontró en algún momento un despliegue casi increíble de imaginar en nuestra juventud.

En los últimos tiempos entonces, ya discutíamos por las diferencias, pero sobre asuntos que no tenían tanto que ver con el camino escogido, sino por temas que significaban algo profundo en cada uno; no tenían tanto que ver con la realidad que vivía cada uno, con la vida elegida, sino que tenían que ver con sentimientos, con afectos, con inseguridades, con fragilidades, con búsquedas, con desencuentros. Se volvieron conversaciones más sabias y muchas veces también más dolorosas. Porque con Elbio hablar siempre era serio. No se podía tomar nada a la broma. No podía divertirse con las dificultades. Cuando llegaba Elbio, yo ya sabía que tenía por delante pensamientos e intercambios, serios y profundos. Admito que esto siempre me fue de mucha dificultad. Me gusta el sarcasmo. Me gusta burlarme de mí y de los demás. Me gusta ridiculizar situaciones. Sin embargo, era tanto el cariño y el respeto que tenía por Elbio, que con él yo podía ser diferente. Me convertía en la persona que él necesitaba. Porque sí. Tanto lo respetaba, tanto lo necesitaba, tanto cariño le tenía.

Elbio es una persona querida, que siempre la tendré en mi recuerdo. Guardo una fotografía suya, en un rincón muy especial de mi biblioteca. Está escondida, la fotografía. Hay que saber dónde está para poder mirarla. Cada tanto, me descubro buscándola, encontrándola, recordándola. Cada tanto necesito volver a ver aquel rostro, aquella expresión. Porque muchas veces, siento que su figura se me va esfumando, y esto me hace doler mucho. Entonces vuelvo a recurrir a la fotografía. Para acomodar su imagen. Para reflejarla en mi cerebro. Para aumentar la posibilidad de la memoria. Muchas veces, mirando esta fotografía, se me han desparramado las lágrimas, se me ha anudado el pecho, tantas veces, he sentido la amargura por su ausencia.

Me has hecho falta en tantos momentos, mi gran amigo. Es que te extraño. Tantas veces necesité discutir contigo. Tantas veces quise pelearte nuevamente. Tantas veces, me hizo falta escuchar tu voz, esa proclama, ese convencimiento, ese reclamo. Pasar los días contigo, las noches en vela. Me haces falta, amigo, ese abrazo, esa ternura, me haces falta.

Aunque siento que me acompañas en estos mismos momentos. Como no podía ser de otra manera. Nunca dudé, que en estos especiales momentos, en estos únicos momentos, tú me estarías acompañando. Sí, tú me acompañas, esto lo sé.

VII.

Ahora me estoy dando cuenta que muchas veces, cuando estoy conversando con amigos, o con cualquier persona, sobre hechos de mi pasado, me refiero a “nuestra generación”. Incluso ahora, que estoy recordando anécdotas, se me presenta mi juventud, y pienso en términos de nuestra generación. Claro que hablar de una generación es hablar de mucha gente. Supongo que no todos los que vivieron una época, se sentirán comprendidos en muchas de las cosas que la caracterizan. Sé que es una simplificación, un determinado uso del lenguaje que uno se permite utilizar para marcar una identidad, un espacio de tiempo compartido. Supongo que todos sabemos, que cuando hablamos de la generación, es porque, más allá de los distintos individuos, los que marcaron una generación como tal son los que la hicieron, los que la crearon, los que le dieron la característica. En realidad más que eso: son los que la hicieron de una determinada manera reconocible para muchos, identificable, eso es: son los que la hicieron con una determinada identidad. La generación del sesentayocho, fue una generación muy particular, muy significativa. Marcó un antes y un después. Y esto es independiente de la vida que llevó uno u otro individuo, por eso podemos generalizar. Podemos hablar de La Generación. Todos adentro. Los que la hicimos.

Pienso para atrás, y veo a esta generación con la particularidad de haber sido protagonista de todas las rupturas imaginables. Es verdad que había mucha gente, muy diferente. Sólo entre mis amigos y conocidos, habían muchísimas diferencias. Pero pienso que tuvimos esa particularidad: la ruptura, el cambio, el atrevimiento. Algunos estarían más comprometidos que otros en aquello llamado el espíritu de la sesentayocho, pero fue así. Hubo en común la instalación de un sentido de libertad, unas ansias de vida diferente, de hacerlo a la manera de cada quien, de ejercer derechos, de hacer justicia, sí, de libertad- liberación. Esto recorrió gran parte del mundo, recorrió una parte del mundo con tanta fuerza y participación, que se puede hablar de un punto de inflexión en el proceso histórico. Yo lo siento así, tuve la enorme suerte de poder participar en uno de los puntos de inflexión en la historia de la humanidad, ¡qué privilegio!, ¡qué riqueza! Esto lo puedo ver hoy: lo del privilegio y lo de la riqueza. Mientras lo estaba viviendo, en aquellos años, sencillamente lo estaba viviendo; no me acuerdo si era tan consciente de que a nuestra manera, estábamos haciendo época.

Fueron años de una intensidad demoníaca. Se estaba comenzando a vivir el desarrollo de los medios de comunicación, entonces fuimos los primeros que comenzamos a respirar mundo. No importaba dónde vivíamos, quiénes éramos, sabíamos que estábamos incendiando el planeta, y no sólo el rincón de cada uno; sabíamos de los tanques rusos en Praga, del Che Guevara, de los Beatles; algunos, los hippies; otros, los provos de Holanda; otros militantes políticos, otros revolucionarios, otros libertarios; sentíamos la vida eterna, que nos trascendía a nuestra propia muerte, no importaba lo que iba a vivir cada uno porque sólo importaba realmente lo que éramos capaces de vivir y hacer hoy; todo lo podíamos probar, estaba a nuestro alcance.

El mayo francés, con la huelga general; el endurecimiento de la dictadura en Brasil; las guerrillas latinoamericanas; las movilizaciones y atentados con bombas en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam; había de todo y para todos los gustos. Pero una sola tónica: la vida ahora, a tragarla; nosotros los del sesentayocho, abrazamos la vida y nos la tragamos. Era nuestra, durara un siglo, o un día. Éste es mi recuerdo, esa fue mi manera de vivirlo, ésta es mi percepción aún hoy. Se me impone, vivo las imágenes, y nuevamente siento el estremecimiento.

Claro que después, cuando no nos tragamos ni el mundo ni nada por el estilo, cuando cayeron los ídolos, cuando perdieron las guerrillas, cuando al romanticismo se le dejó entrar la realidad, en muchos, vino el escepticismo, el descreimiento, se pasó a vivir como la realidad es, y no como queríamos que fuera. Esta frase estoy seguro que ni siquiera la pensé yo. La tomé prestada. Está escrita en varios lugares. Porque muchos pensamos demasiado en ese después. Muchos teorizamos, tratamos de entender, escribimos. Sé que esta frase de vivir lo que es y no lo que pretendíamos que fuera, es una frase que nos ha identificado a unos cuantos. Fue un salto inmenso en el interior de cada uno. Algunos lo pudieron dar, otros quedaron en el camino.

Para Elbio, su lucha continuaba; no sólo no hubo descreimiento ni desilusión, sino que reforzó sus convicciones, cada vez lo veíamos menos, cada vez más y más enterrado en sus decisiones que a esa altura, hasta yo creo que no tenían vuelta atrás. Demasiada pasión, muy poco razono. A mi gusto fue así. Por eso, casi en broma, Clara y yo lo llamábamos el intelectual del grupo, porque disfrazaba toda su pasión en enunciados increíblemente presentados como invenciones intelectuales riquísimas y sobre todo, muy elaboradas. Él tenía letra para todo, para decirlo con pocas palabras.

Otros conozco que se pasaron de drogas, que no entendieron, que no pudieron continuar con realidades diferentes, que no soportaron la frustración ni la ausencia de un discurso alternativo que diera luz a los nuevos tiempos.

Otros, dentro de los que me encuentro, supimos por dónde seguir caminando, tomamos nuevas decisiones, continuamos en eso de armar nuestra vida, no tuvimos problemas a la hora de retroceder en conceptos, corregir, admitir, avergonzarse, pedir perdón, volver a pensar. Llevó un tiempo, claro está, no fue fácil, para nada. Pero pudimos. Algunos o muchos pudimos.

Ese después fue complejo y raro. Supongo que se pasó a vivir como le salió a cada uno. Fue uno de los procesos más difíciles por los que pasé yo mismo. Pero fue más que eso. Porque realmente vi a mucha gente con evoluciones bien complicadas. A algunos más y a otros menos; a muchas de las personas de aquella época que he conocido, le asaltaron sus demonios internos. Era muy difícil poner punto final a una pretensión tan inmensa como la que teníamos: crear un hombre nuevo, que viviría en un mundo nuevo.

Algunos hablaban del hombre nuevo en cuanto a su nuevo lugar político y económico. Otros lo hablaban pensando en lo cultural, en lo más cotidiano. Muchos creíamos firmemente que teníamos derechos inalienables, el derecho a vivir con plenitud, el derecho a vivir con las necesidades y las comodidades que pretendíamos básicas, resueltas; el derecho a la igualdad, ya no más ricos y pobres, ya no más gente explotada, porque todos teníamos el derecho a la riqueza del planeta, al trabajo, a la vida grata; también creíamos en el derecho a expresarnos como quisiéramos, a vivir a nuestra manera, a tener las conductas que nos parecieran más apropiadas, sin leyes culturales o pautas de comportamiento universales. Teníamos el derecho a descubrir cómo queríamos vivir y hacerlo, con el único límite de respeto a la libertad elegida por el otro. Un mundo nuevo. Demasiado diferente al que conocíamos. Un mundo totalmente nuevo, y hecho por nosotros mismos; ¿pretensión?... no, esto no es pretensión, esto es soberbia intelectual. Pero no lo sabíamos. Éramos muy jóvenes para saberlo. Además, cuando uno vive una época en la que mucho se nos hace posible y realizable, pues la soberbia intelectual no es sólo cosa de jóvenes. Se vuelve más general, como fue que pasó. Con logros puntuales en diferentes rincones del planeta que convertía, para el que quisiera, este discurso en un discurso plausible.

Bajar a tierra todo esto, descubrir que todo lo posible y realizable no era ni tan posible ni tan realizable. Descubrir que las contradicciones eran demasiadas. Que a veces

incluso, pretendíamos situaciones que pensándolas un poco más, nos resultan ahora un verdadero disparate, o nos pueden llegar a resultar injustas.

Descubrir que muchas cosas horribles se hacían en nombre de ese supuesto hombre nuevo. Cosas que no tenían nada que ver con un hombre nuevo. Sólo que eran realizadas por hombres diferentes, por los “buenos”, claro que resulta que se comportaban con las mismas pautas de brutalidad y sometimiento que el otro, el “malo”. En nombre de otra cosa, eso sí.

Demasiadas contradicciones. Demasiada puerilidad que fue cayendo por su propio peso. Mucha gente que comenzó a despertarse de aquel ensueño, y comenzó a acomodar diferente sus pensamientos. Ni éramos tan buenos, ni éramos tan malos, por una parte. Por otra parte, la maldad, la injusticia, era cierta; pero había un funcionamiento que generaba, no sólo las cosas indeseables, también las deseables. Un funcionamiento que era así y poco podíamos hacer para que simplemente cambiara, de forma pacífica o por medio de guerras; cambiara y convirtiera mágicamente en saludable la etapa posterior. Esto es un absolutismo poco creíble. Resulta que había mucho más para pensar. Era más complejo todo este asunto.

Qué difícil fue darle vuelta a la cabeza, en el después.

Existieron muchas derrotas. Sobre todo muchas derrotas. Creo que fuimos más los que aprendimos por las derrotas que los que aprendimos por propia evolución y madurez.

Poco tiempo después, estábamos en los ochenta: conocí demasiada gente que quedó aquí confundida, frustrada, asustada, vacía. Ya existían las tribus urbanas, las veíamos, no sé cuántos llegamos a entender algo. Existían vidas diferentes, jóvenes diferentes a como fuimos nosotros, que ya no lo éramos tanto: más bien ya pasábamos a ser viejos. Nuevos jóvenes con intereses diferentes, con otros entendimientos. Otra época, que hubo que aprender.

Cayó el muro de Berlín. Se perdió una guerra, dos guerras, demasiadas guerras personales.

Se perdió, y al mismo tiempo hubo un despertar. Aquello de ¿cómo nos creíamos esto? ¿por qué llegué a pensar así, siendo inteligente como me creo que soy? ¿por qué hice y dije esto y lo otro? Muchos han tenido esa sensación de vacío que da el no entenderse, o no reconocerse del todo. Pero creo ahora, más allá de lo difícil de aquellos momentos, que también fue un período marcado por la riqueza: volver a pensar, realizar autocríticas, perdonar y ser perdonado, volver a crear los roles, y tratar de averiguar qué y cómo se podría transmitir a los nuevos jóvenes todo aquello. Porque además de escrutar lo que habíamos pasado tan recientemente, se abría un inmenso y nuevo desafío: qué hacer, cómo hacer, con este mundo como está, porque seguimos -algunos- siendo muy críticos a este respecto.

Muchos también, comenzaron a sufrir la vida sin objetivo, porque el objetivo se había caído. Quedaron sin trabajo. Sin trabajo en la vida. Sin mandato. Los que creían en el destino del Hombre, se les borró el destino, ¿y ahora qué? Desencanto, muchas dudas.

En el caso de Juan, él estuvo desesperado. Porque era uno de los que se hacían todas las preguntas. Porque más allá de todos los cambios que tuvo Juan a lo largo del tiempo, siempre fue y siguió siendo un hombre justo, bondadoso, racional, inteligente, y de mucha, mucha paciencia. Recuerdo que en aquellos tiempos quedó un tiempo largo como naufragando. Lo bueno es que siempre nos tuvo a nosotros, sus amigos. Podía hablar, enloquecer, morir con nosotros. Se empeñó siempre en entender y encontrar nuevos rumbos. Fue especialmente difícil para Juan, porque él estaba cerca de Elbio pero no compartía su forma de participar. Digamos que Juan era más bien un verdadero intelectual y colaborador, y sí que colaboró y mucho, se arriesgó en más de una oportunidad, ayudó mucho, esto Elbio lo admiraba en él, porque era una persona que lo

hacía por convencimiento intelectual, también por empatía afectiva, lo hacía aunque no se correspondía mucho con su realidad cotidiana.

Porque esas épocas las vivimos en forma muy diferente; creo que mucho dependía de dónde le había tocado vivir a cada uno, de dónde era cada uno, en qué medio estaba viviendo, qué pasaba a su alrededor. Juan no tenía mucho acceso a las injusticias del mundo, más bien las entendía, las trataba de conocer, pero no era su entorno. Sin embargo, él hacía el esfuerzo, intelectual y afectivo, de estar del lado de los que necesitaban ayuda y colaboración en sus esfuerzos libertarios. Esto Elbio lo admiraba.

Claro que a Juan, justamente por estas mismas razones, se le hizo muy difícil el después, la derrota, el mundo que vino. Más que a nadie le fue tan difícil, creo yo, porque se enteró de su propia desinteligencia, o del mal uso que cada uno le puede llegar a dar a su inteligencia.

Juan despierta mi admiración: a su manera, con sus tiempos, él nuevamente intentó -y logró- entender, conocer, situarse en un nuevo lugar intelectualmente, empatizar afectivamente, ahora con una nueva cultura y expectativas. Juan lo logró porque es un triunfador. Es una persona tan encantadora, que nunca ha tenido un reproche con nadie; siempre convencido que cada quien hace lo que puede, y lo que puede, si resultas lo que él llamaba buena gente, ya era suficiente para ser querido y respetado.

En cuanto a mí, ya saben que ni lo afectivo ni la puesta en práctica fue mi fuerte. Yo siempre había querido creer que existían las alternativas, el plan B para la humanidad. Sufrí intelectualmente, porque así era yo. Sufrí por mis estupideces, y después sufrí un tiempo porque no sabía qué pensar. Todo pasó a ser muy difícil para mí. No tenía opinión sobre prácticamente nada. Y yo soy una persona que le gusta tener opinión formada. Soy de esas personas que piensan que tener opinión sobre las cosas del mundo existencial y del mundo cotidiano, es bastante básico; porque para mí lo contrario indica simplemente una falta de curiosidad, de perspicacia, una falta de interés perezoso por aprender, comprender, estudiar, informarse, y esto me abruma por lo mediocre. Fue muy difícil entonces soportar que no tenía opinión porque tenía que empezar a entender algo desde sus comienzos. Borrar y empezar otra vez, a estudiar, a informarme, a pensar. Quedé un tiempo en blanco.

También reconozco que tenía algunos temas, que marcaban una impronta en mis pensamientos; que definían de alguna manera mis posturas, mis actitudes. Temas que debo reconocer que no sabía, en aquellos momentos, si los pensaba en forma correcta o no; simplemente no tenía más que admitirlos, porque así se me presentaban. Uno de ellos, fue el tema de la violencia. Fue central para mí. Mis posiciones en este sentido, marcaron mi forma de vivir todo lo que acontecía.

Es que no creía -ni lo creo ahora- en las buenas intenciones cuando para hacer algo tengo que olvidarme que el otro también tiene una vida. Termina siendo un sistema de perversión. Unos por una cosa, otros por la contraria, terminaron siendo algo bastante horrible para mí. Necesariamente pasaron a tener relevancia la mentira, la hipocresía, la falta de tolerancia, la falta de respeto por otra vida, el engaño, la discriminación.

Algunos hacen la violencia porque han sido violentados antes, ¡qué círculo maldito!, se parece más a un juego de revancha y venganza.

Algunos la hacen para terminar con la mentira, la injusticia, la falta de libertad, y se convierten, para hacerlo, en lo mismo. Detesto esto. Me enoja demasiado.

- Pues enójate -me dice Elbio-. Está bien que te enojas. Pero trata de decirme de qué otra manera tú puedes responder a la agresión. Si no es con violencia, de qué otra manera tú serías capaz de enfrentar la violencia. Porque lo tuyo también me enoja, por cobarde, por ineficiente.

- ¿Y qué me dices cuando se mata indiscriminadamente?, cuando la vida no vale nada, porque lo que valen son los principios, enunciados quién sabe por quién. ¿Cómo diferenciamos los que luchan justamente, defendiéndose, y quiénes no? Porque los argumentos, pueden ser muy plausibles, y sin embargo, estallan una bomba en un centro comercial, y se mata niños, inocentes, ¿cómo vale la vida, Elbio? ¿Quién dice aquí cuándo está bien y cuándo está mal?

- Cada uno sabe, cada uno sabe lo que está bien y lo que está mal. Va en cada uno. No justifico cualquier cosa, pero tampoco elimino posibilidades generalizando, porque la vida es demasiado compleja, porque las situaciones son demasiado difíciles, y no está bueno generalizar, por ejemplo diciendo: no matarás. Yo qué sé si no mataré. Dependerá de la situación. Ésa es nuestra verdadera diferencia. No puedo asumir una generalidad de éstas, dependerá, se verá. Por eso lo tuyo me parece más que nada cobardía, falta de compromiso, no tienes ganas de comprometerte con causas que no son sólo propias, son de muchos. No es tu aire. No te encuentras. Eres un individualista, y esto te lo digo como amigo, no es peyorativo. Eres así. Yo soy diferente, me apasionan las causas de todos por todos. Odio sentirme solo en el mundo. Ser solo. En cambio tú, creo que hasta adoras el sentimiento de soledad.

- Es esto del cómo somos, que a mí me aterra. No quiero ser parte de un conjunto de gente que me parece en general horrible o mediocre. Es muy arrogante, ¿no?, pero a ti te lo puedo decir. La mayoría de las personas me parecen o aburridas, o mediocres, o dañinas. No quiero ser parte de un conjunto que en principio no respeto demasiado. No sé cómo lograrlo. Capaz que esto de verme y sentirme solo, con mis propias convicciones, a mi saber y entender, responsable de mí mismo, esto me ayuda. Tal vez sea así. Te lo digo y ni siquiera estoy del todo seguro.

- No todos somos así; ya ves que tú te has echado unos cuantos amigos; no te lo tomes tan a la tremenda, esto de los humanos. Le das mucha vuelta. Esto te envenena. Somos tan complejos, tan incomprensibles, no vale la pena tratar de entendernos. Para mí vale más la pena elegir de qué lado se va a estar en cada momento.

- Es que esto no me conforma. No dejo de pensar en lo agresivo que somos. Depredadores por excelencia. Dictamos cursos a la naturaleza. Es parte de nosotros. ¿Sabes?, recordar esto, volver a pensarlo, es como un sistema de alerta que yo tengo. Es para mí mismo. Es para estar prevenido, para no hacerme el tonto, tengo que saber de qué se trata esto de ser humanos; tengo que recordar que hay una fuerza constitutiva, que va a empujar para salir, y que va a tratar de comer al otro: matándolo, o engañándolo, o secuestrándolo, o lastimándolo, o humillándolo. Hay una fuerza depredadora escondida en todos nosotros, que pulsa por salir.

- Pues mira amigo, sinceramente creo que te estás preocupando demasiado; te estás colocando un rollo en la cabeza, muy difícil de alivianar. No te llevan a ningún lado todas estas vueltas, no hay nada en lo que dices que se pueda resolver. Intenta por una vez, ser un poco más simple...

- Tal vez la diferencia entre las distintas personas sólo sea un tema de represión –dije con total indiferencia a su intervención.- Entonces fijate que el tema de la represión pasa a ser fundamental. Es el eje de las elecciones. Yo me elijo bueno, con lo que eso signifique para mí, pero que para los que comparten nuestra cultura significa ser amable, comprensivo, generoso, solidario; me elijo así de bueno porque mi cultura, la propia y la adoptada, me lo indica; y para ello, reprimo todo aquello que atente contra esta posibilidad; reprimo toda mi maldad. La tengo ahí, como todo ser humano. Es parte de uno. Pero entonces la reprimo, me elijo bueno.

Los que no tengan bien sostenido su sistema de represión, ¡ya! ahí sale cualquier cosa, puede salir algo bueno, puede salir algo muy malo, dependerá de las circunstancias. Y

tal vez haya quienes, en realidad no repriman cualidades que nosotros dos llamaríamos maldades, porque les sirve, porque las considera herramientas, porque está convencido que vive en una selva y el más fuerte es el que gana, el débil se aplasta y suerte. Todo esto es cultural, ¿me entiendes? Me asusta que la represión, y ahora veo que la cultura, jueguen un papel tan pero tan importante. Casi edifican lo que somos, lo que construimos, edifican nuestra vida. Me asusta en el sentido de que es algo, como te dije, que necesito tenerlo siempre presente, no olvidarme de todo este rollo.

- ¿Se lo has comentado a Clara? Ella se reiría tremendamente con tus especulaciones - me dice Elbio, haciendo esa mueca tan característica de él, mezcla de ironía con complicidad.

- Claro, ella nunca tuvo estos problemas –respondo-. Para ella es más simple. No existe este tipo de cuestionamientos, no le encontraría el sentido. Ella me diría que no piense tanto, que cada uno es cada cual.

- Pues deberías atenderla un poco más, porque no es tan desubicado lo que plantea. Para mí es incompartible, pero para ti, que te considero un rey del individualismo, no está de más que escuches lo que plantea; creo que te ayudaría a aflojar un tanto, a distender esa tremenda carga que sientes, que lo vuelves demasiado pesado.

- Ése es mi problema: no puedo hacerlo; se enredan mis neuronas, se enmarañan, me turban y debo desentrañar lo que imponen.

- Tienes razón. Tú no puedes ser así. Muchas veces no sabes aflojar. Entiendo que te ahogas tratando de entender, de entendernos; de desenredar esto tan engorroso como es el ser humano. Ya eres complejo por naturaleza, no te lo podremos enmendar... -ríe Elbio, burlándose de mí.

- Me importan mucho los temas sobre lo humano. Siempre estoy hablando de “saber” cómo somos, qué es cultural, aprendido; qué es estructural, intrínseco. ¿Podemos aspirar a cambiar? ¿O se trata de aprender a manejarse mejor, como uno es?

- Se te irá la vida. ¿Es esto todo? Simplemente no te alcanzará el tiempo para entender. Entonces no parece tener valor vivir preguntándose, excavando en las profundidades, si no hay conclusión; esto es en verdad lo que pienso yo –me dice Elbio, haciendo su mayor esfuerzo de pragmatismo.

- Tal vez tengas razón, y deba comprender que la vida es un pequeño recorrido, corto, un pedacito de tiempo, y si me preocupo tanto por la existencia, se me irá la existencia preocupándome. ¿Tiene sentido? Parece que no –exclamo, ya con desesperación.

Cada vez cobra más fuerza aquello de que el gran objetivo de nuestra vida, es vivirla. Gran frase que aprendí alguna vez. La repetí muchas veces, mucho tiempo, y recién hace alguna vez, la aprendí. Se vive así, andando, decidiendo, siendo, pudiendo, entendiendo poco, haciendo todo lo posible por sentirnos agradablemente bien. ¿Es así? ¿Ni más ni menos? No puedo estar seguro, pero claramente, es lo que indica mi intuición.

Es que realmente creo que todos necesitamos pensar: en esto de la creencia del destino, en cómo esta creencia terminó con el espíritu y la vida de tantos, porque no pudieron comprender a tiempo que no había “el destino”, “la misión”, que en definitiva se trata de vivir la vida, honrarla, saborearla, armarla, porque es parte de nuestra creación, es lo que podemos, es lo que tenemos, es lo que logramos. Porque es lo que alcanzamos cada uno. Por eso “la vida” es tan diferente para cada quién. Porque es lo que cada uno puede. Por esto es que insisto en la importancia de la cultura, en la importancia de la represión, en cómo nos obliga y nos permite elegir y elegirnos, en la responsabilidad que tenemos cada uno por nuestra propia obra.

Porque es la pequeña o la gran obra que cada uno crea. Esto es lo que puedo transmitir hoy, lo que logré aprender. Vivir. Único objetivo posible. Único objetivo deseable. La

honra de vivir. Es la única manera de recordar nuestros muertos. Por lo que pudieron crear. Por lo que pudieron armar. Por la señal que han dejado en los que los rodeamos, en los que fuimos parte de su creación.
Necesito descansar.

VIII.

Parece mentira lo que logra en mí un pequeño sueño. Debo haber dormido al menos una hora, mi cabeza está clara y limpia.

Cora sigue dando vueltas por allí. Ya no tan respetuosamente. Ahora con mucha vehemencia, hace notar su presencia, su preocupación, su necesidad de que ponga un punto final a tanta inmovilidad, y supongo también, a tanto retraimiento. Decido cambiar intenciones por hechos, de lo contrario, la voy a empezar a preocupar de verdad.

Pues entonces me levanto al fin. Me cambio los pijamas, o este medio pijama con el deportivo que me había atolondradamente intentado poner, cuando me asaltaron nuevamente los recuerdos y quedé ahí, ensimismado, y luciendo patético. Así es que me doy una buena ducha, con lavado de cabello y todo, me pongo un pantalón y una camisa, zapatillas, me peino, bueno, como dije, me levanto al fin.

El asunto es que tampoco estoy con ganas de sentarme a conversar con Cora, ni de comentar nada mundano y actual. Me está gustando este torbellino cerebral, esta situación del recuerdo, porque no viene demasiado nostálgico; me doy cuenta que estoy recordando pedazos de mi existencia, de la existencia de mis amigos, estoy vuelta a vivir lo ya pasado, pero sin malestar, ni tristeza. Está bien. Sigamos.

Agradezco a Cora su compañía, bebimos un café juntos sentados en la cocina, el piso entero está precioso; está lleno de sol, con olor a día que comienza, a vida, a placer.

Cora está más contenta, ahora que me ve realmente levantado, con un aspecto un poco más compartible. Aunque noto que continúa preocupada. Le puedo decir en qué estoy, qué estoy viviendo en estos momentos.

- Cora, mi alma, no te preocupes por cómo me encuentras. Me siento francamente bien.
- Es este retraimiento -se lamenta Cora-. A veces echo un vistazo, y te encuentras inmóvil pero con una enorme expresividad en tu rostro. Estás viviendo algo profundo, pero muy solo. No sé si esto estará bien para ti. Me siento un poco impotente. Temo por ti, y no sé cómo ayudar.

- Estoy dejando transcurrir algo que se ha impuesto a pesar de mí mismo, y es la reconstrucción, los recuerdos, las distintas sensaciones -le comienzo a explicar-. Esto tiene una virtud, y es que me enfrento a mí mismo, a mi vida, sin que sea irrespirable ni angustioso. Simplemente voy recorriendo, paso a paso, recuerdo a recuerdo, todo lo que ha sido significativo para mí.

- Tampoco es un repaso -continúa-, para saber si he hecho bien o he hecho mal. Porque recuerdo retazos, partes, que no llevan un orden demasiado lógico, ni necesariamente los hechos se disponen cronológicamente. No estoy haciendo mi propia rendición de cuentas. No juzgo. No reclamo. Sólo estoy atendiendo cada recuerdo, cada invocación, porque se me aparecen, porque están presentes, porque no lo puedo evitar, y porque tiene el sentido de vivir lo hecho en forma incruenta, no traumática. Esto lo siento bien.

Se lo quise explicar a Cora porque ella lo puede entender. Porque a ella sé que también le gusta esta forma tan natural que yo tengo de saber vivir lo que está y lo que es, sin tremendismos. Porque sé que se alegra, de verme viviendo hasta el último respiro, se siente orgullosa de mí. Porque además, hoy sé que si uno vive con otra persona, es muy generoso poder expresar lo que uno está pasando o está sintiendo. Aunque no abra una conversación con esto. No siempre uno está dispuesto a mantener una conversación, o a hablar de algo que igual no termina de entender demasiado. Es sólo decir, comunicar, cuál es el estado, dónde está parado uno, es ser generoso con el otro, poder darle este

regalo, porque entonces el otro entiende lo que hay para entender, y puede continuar con lo suyo, puede respirar su propio aire, porque sabe, ya sabe. Saber es tranquilizador.

A veces pienso que es tan sencillo, hacernos la existencia un poco más fácil, más amable. A veces sé que sólo se necesita comprender estas pequeñas cosas, que parecen tan banales, y sin embargo, terminan haciendo la diferencia.

Compartimos ese café, tomados de la mano, porque esto es lo que tenemos para vivir hoy. Cora me mira con profundidad, quiere llegar hasta mi alma, aunque ya sabe que hasta allí no puede llegar. Lo intenta igual. Quiere confirmar mi estado de ánimo. Quiere ella sola adivinar cada palabra que yo le digo, adivinar todo lo que pueda haber por detrás, la parte más oscura de cada palabra, el otro lado...

Lo hace muy bien. Porque entiende. Me deja seguir.

Voy entonces hacia el escritorio. Quiero estar en él. Es el lugar más querido del hogar. Ahora estoy limpio y vestido. Correcto. Todo aclarado. Cora de mi lado.

Eso sí. No puedo evitar sentir su mirada, me siento observado. Hace ya tiempo que estoy viviendo solo, no recordaba esta sensación de ser observado. Tiene una parte agradable, y ese sentimiento de seguridad, de protección, allí hay otro que me quiere, que me sigue, que me acompaña, que está. Tiene su parte desagradable, y es que parece que tengo que dar cuenta de todo lo que hago. Es un poco paranoico, tal vez. Pero lo siento así. Siento esa mirada, esa presencia, y parece que tuviera que explicar lo que haga o lo que deje de hacer; me siento como juzgado, o como estudiado. Ésta fue siempre una dualidad en mí. Me encanta vivir con Cora, pienso que me encanta vivir en compañía, y al mismo tiempo, me encanta estar solo, vivir solo. ¿Cómo se resuelve esto? Pues yo lo resolví viviendo con Cora. Porque fue una vida de compañerismo, de camaradas, de atención y de amor, y también logramos esa parte de solos, porque cada uno tenía su vida edificada a su manera, cada uno tuvo sus tiempos, cada uno pudo tener su espacio y su lugar. A veces mejor, a veces peor, pero ésta fue la impronta de nuestra relación. Así lo resolví.

Ahora en mi escritorio. Todo yo estoy ahí. Es mi aire. Está justo en la esquina del piso. Entonces cuento con una doble ventana. Tengo mi mesa dispuesta de tal manera, que puedo mirar el exterior tanto por una ventana como por la otra. Son unos inmensos ventanales en realidad, que llegan hasta el piso, que casi ocupan la pared entera, que hablan sobre el espacio exterior. Una de estas ventanas incluso tiene un pequeño balcón. No lo suficientemente grande como para colocar sillas o hamacas. Sólo lo necesario como para pararse en él, y determinar cómo está el mundo. Estas ventanas me cuentan del clima que hay del otro lado, del movimiento, de la hora del día. Me permite ver las gentes, otras vidas, sus espacios de recreación, sus preocupaciones, sus apuros. Esto es porque si miro en una dirección, puedo ver el parque. No está muy cercano, el parque, pero se ve con claridad. Por allí pasan miles de vidas cotidianas, miles de felicidades, desgracias, robos, encuentros, chismes. Se palpa la ciudad. Late. Además el parque se recuesta sobre una gran avenida, con un tránsito nada despreciable, tanto de carros como de personas. Uno puede quedar mirando todo aquello por horas, hay tanto para ver, y sobre todo tanto para imaginar. Se puede fantasear sobre las vidas ajenas, los trayectos, las preocupaciones. Son muchas vidas que pasan por allí, en constante ir y venir, en constante ruido y movimiento, pero sin embargo no molesta, porque desde aquí no lo siento. Estoy muy alto, y además cuento con dobles ventanas. Nada de ruido. Sí mucho de imaginación.

Hoy el parque está vestido de verde, amarillo, marrón, algunos tonos de naranja. Sobre todo verde. Las otras tonalidades, están recién apareciendo. Es el comienzo del otoño, el parque se prepara para recibir la cantidad inmensa de hojas que irán cayendo, que irán

alfombrando, que irán marcando nuevos caminos. Es hermosa la vista, como todos los días, me genera un gran placer mirar hacia fuera, adivinar, inventar, suponer.

Sólo un rato y me vuelvo hacia dentro, ahora otra vez en mi espacio interior; me reclino en mi sillón de cuero, amplio, casi inmenso; se trata de uno de esos sillones que dejan reposar toda mi anatomía con soltura y comodidad; deja que descanse, que piense, me deja volar. También deja que me ponga en estado de alerta y tensión, frente a esta mesa que hace de escritorio, lo suficientemente amplia como para no tener que preocuparme por el orden. Tengo la costumbre de dejar casi todo encima de ella: lo recién leído, lo recién trabajado, lo que queda por hacer, los pendientes, lo importante, lo que está por decidirse a botar. Todas mis últimas clases, las que acabo de dar y las que estoy preparando. Es una mesa- escritorio que guarda casi un año de vida. Al comenzar cada año, hago una limpieza, una puesta a punto, allí decido qué guardo, qué archivo, qué deshecho, y qué es imprescindible que continúe allí porque enriquece, porque habla de mí y de mi trabajo.

El ordenador está en un rincón, mirándome, invitándome a invadir y apropiarme de tierras ajenas. Se ha vuelto indispensable en mi vida este ordenador. No pasa un día sin que lo use. Casi todas las consultas que debo hacer para mi trabajo o para mi inquietud natural, las hago a través de él. Hasta pago mis cuentas e incluso muchas veces he realizado mis compras: se ha convertido en una herramienta imprescindible. Salvo las últimas llamadas telefónicas, que considero fueron diferentes, por tener un interés especial, realizadas con un motivo particular; salvo estas llamadas, con mis amigos normalmente chateo, el teléfono del piso prácticamente no lo uso. El ordenador es mi relación con los demás, es mi agenda, mi organizador, mi ama de llaves, mi enciclopedia, mi diccionario, mi cuaderno de apuntes, mi estudio sistemático y organizado. Ocupa entonces, un lugar de privilegio en esta mesa. Se impone, con toda su elegancia, seduce, atrapa.

En el escritorio también están dos de las bibliotecas, inmensas y respetables; sinceras, honestas, no muestran nada que no haya ocupado un lugar real en mi historia o en la historia de Cora. Son nuestro orgullo, las bibliotecas. Con cada metro de libro que hemos agregado, nos hemos sentido crecer, hemos sentido que estábamos en el camino correcto; nos ha complacido tanto, que las hemos cuidado, ordenado, clasificado, innumerables veces, hasta considerar que estaban en un orden lógico, como para encontrar todo aquello que se busque, admirar con facilidad lo que hemos leído y aprendido.

Recuerdo cuando ocupamos la primera biblioteca, todo un acontecimiento: la colocación del último libro posible en ella, fue vivido por ambos con emoción. Se encontraba en el dormitorio de huéspedes, que Cora usaba también como estudio, porque es lo suficientemente amplio como para albergar su mesa de dibujo. Y a partir de allí, fue como una a una, fuimos agregando en distintos lugares, más bibliotecas. Ya a los finales, teníamos varias. En el escritorio hay dos enormes, de buena madera, que van de piso a techo. Son dos paredes de ventanas y dos paredes con bibliotecas. Cuando Cora me dejó el piso y se fue a otro compartido con una amiga, decidió dejármelas con todos nuestros libros. No sólo porque su nuevo espacio fuera más reducido. Esto era su excusa. Las ha dejado porque son el símbolo de nuestra relación. Ellas reflejan nuestra maduración, nuestro crecimiento, nuestra riqueza. Me las dejó como un recordatorio, ella también está aquí, a mi lado, continúa viviendo conmigo, aunque pase sus días en otro piso, ella está aquí, y yo debo mirarla siempre.

Cora, mi compañera de ruta, mi tierna y admirable compañera...

Es mi vínculo entre el adentro y el afuera. Cora es mi sensatez, mi puente con los demás, el recordatorio constante de que hay vida más allá de mi vida; Cora me

embellece, me perfecciona, se pelea con mi egocentrismo para hacerme un poco mejor, para apartar la locura del ensimismamiento, para obligarme a mirar, a saber, a recordar, a vivir un mundo compartido.

Cora ha cedido esta pieza, el escritorio, se ha desplazado para dejármela ocupar, porque es sabia, tan sabia, que sabe que hoy toda mi vida está aquí. Sabe que yo termino aquí. En otra época diferente de nuestras vidas, también con Cora, la disputa por los rincones del piso era feroz. Los dos nos sentíamos con el derecho sobre cada tabla, cada espacio, cada agujero, cada molécula de oxígeno.

A los dos nos gusta acaparar, instalarnos, hacernos presentes y obvios. Supimos entendernos en nuestras disputas. Todo está ocupado por ambos. Todo lo que hay hoy aquí nos vincula, con nosotros mismos y con nuestros pasados.

Mi historia con Cora. Ella no era del grupo original de amigos. Vino después. Recuerdo que la aceptaron inmediatamente porque pasaba a ser una de las nuestras, porque yo había elegido estar con ella, pero sé que les fue difícil integrarla al grupo, sentirla “nosotros”. Más bien pretendían que la consideraban, porque estaba conmigo al principio, porque vivimos juntos después. Pero ella, poco a poco, con el transcurso del tiempo, se ganó ese espacio. Ahora y desde hace ya bastante tiempo, noto que la quieren y mucho.

Ella era diferente. Nunca se le subieron a la cabeza nuestros aires de libertad. Fue hija única, de una familia muy bien acomodada, conservadora y estricta, donde la disputa acerca de las normas no era válida, ni siquiera era imaginable un cuestionamiento de autoridades. Las cosas eran como eran, y según sus padres, como seguirían siendo por los siglos de los siglos, amén.

Cuando ella era joven, no se vinculaba con hombres como nosotros, ni con mujeres como nosotros. Era una hija obediente, respetuosa de la autoridad, correctísima y responsable, que tenía una meta en la vida: graduarse en arquitectura. Estudió tan incansablemente que nunca compartió los espacios de sociabilidad propios del estudiantado... las juergas, digamos; lo social, el tiempo robado al tiempo, las fiestas, la calle. No frecuentaba cafeterías, no se manifestaba por las calles, no entendía ni creo que quisiera entender de qué iba el mundo en ese momento, su momento. Y por supuesto, no usaba túnicas, y sí usaba sostén.

Su madre tenía una enfermedad crónica incurable, y ella sólo quería apoyarla, acompañarla, complacerla, hasta el último momento de su vida. Quería además ayudar a su padre con sus afectos, y todo esto, cumpliendo con su meta profesional, que también en algún momento sospeché que sería más un objetivo de sus padres que suyo propio. Ella debía regalarles su triunfo, su tranquilidad.

No sólo no pasó por la época de la rebeldía, sino que se comportó según lo esperable. Prolija, estudiosa, callada, dulce, virgen. El sesentayocho, Vietnam, los hippies, existían en un costado de su propia existencia. Los miraba de reojo. Todo estaba fuera de su castillo de cristal.

Alguna vez me confesó que le hubiera encantado largar todas sus responsabilidades, y ser una más de aquella multitud. Claro que su cabeza se lo impidió.

Yo la conocí ya como arquitecta, recién graduada. Trabajaba en un estudio importante, tenía un buen puesto de trabajo.

Me la presentó un compañero de juergas, un idiota cuya vida sólo giraba alrededor de sí mismo, el alcohol, y unos buenos polvos.

Me la ofreció como un desafío. Él nunca pudo animársele, y hacía ya tiempo que la tenía en la mira. Me retó a romper la barrera. Reconozco que me sedujo la idea, sobre todo recuerdo esa noche en aquel underpub. No sé qué estaba haciendo una persona

como Cora en ese lugar. Lo cierto que había mucho alcohol, muchos influjos machos, varios desafíos en realidad, mucho humo, mucha hora perdida.

Cora estaba allí, con alguien que la había invitado con alguna copa y la llevó al lugar equivocado, en el momento equivocado. Era notorio que ella no estaba a gusto, ni siquiera estaba vestida para ese lugar. Sus ropas parecían de otro planeta. Captaba miradas porque era atractiva, pero sobre todo porque estaba muy desubicada, con aquel trajecito y aquellos zapatos tan adecuados, tan perfumada, tan peinada. Estaba como para que la hubieran invitado a un buen restaurante, de esos costosos y finos. El hombre que estaba con ella, sin duda no entendía nada.

Entonces me sedujo la idea, mucho más. Estaba con un macho imbécil. Ella tenía ese aspecto dulce, frágil, infantil. Pero al mismo tiempo, algo en ella irradiaba hacia el exterior y te ponía sobre aviso. Una fuerza extraña que te avisaba que las cosas muchas veces no son como parecen. Esto fue lo que más me hizo acercarme. Este respeto que imponía, esa energía irradiada, me obligó a acercarme con tanta mesura y cuidado. Por eso gané. Por eso pude conocer a Cora. Que me mirara. Que me siguiera la corriente. Fue porque me acerqué con tanto respeto.

Una vez que pude conocerla, cuando realmente la miré, la escudriñé, exploré su actitud, sus sentimientos, entonces pude empezar a aprender. Cora siempre fue muy fuerte, a pesar de no parecerlo.

Tan fuerte, que nunca o casi nunca necesitó de nadie. Ella puede con mi ego, incluso a veces me lo incentiva, me permite jugarlo, porque no precisa estar en la primera línea; me deja a mí, porque a ella le alcanza con saber quién es, no necesita demostrárselo a nadie. Tan fuerte es.

Además inteligente, además viva, además tierna, además compañera. También insensata, cruel, rígida. Es sana, es íntegra. Me enamoré de ella. Tan distinta y tan disfrutable.

Cuando recuerdo que todo empezó como un desafío, casi como una competencia, me siento un perfecto idiota. Una mujer como ella, y yo jugando... la verdad es que gané el premio mayor en el momento en que decidió seguir conversando conmigo. Creo que mi suerte estuvo en que su acompañante era bastante peor que yo, además se encontraba en un lamentable peor estado. No parecía del tipo que conociera esa clase de lugares. Supongo que debe haber querido impresionarla, pasar por tipo en onda, y bebió más de lo que su físico estaba acostumbrado. Lo peor es que no se veía borracho, no tenía esa disculpa. El alcohol le hacía hablar como a un loco, vociferar, hacerse el conocedor, el habitué, y la verdad, estaba haciendo el ridículo. Ahí llegué yo, debo haber sido la única salvación de Cora. No tenía alternativa. Aunque me gusta pensar que simplemente le gusté, que se sintió muy bien conmigo, que aceptó mi compañía, y aceptó también que la acompañara a su regreso.

No sé, yo tendría en esa época veinticinco años, o veintiséis. Ella es un año menor que yo. Eran los setenta, recién comenzados. Linda edad, ya habíamos vivido tanto, por lo menos yo sí. También ya habíamos llegado a una madurez, agradable conocimiento de lo que uno quiere y lo que uno ya no quiere. Yo en ese momento, sé que estaba pronto para aterrizar en alguna mujer mágica, que me invitara a vivir tranquilamente, sin prisas, y a quien pudiera invitar a apasionarnos, a seguir creciendo, también tranquilamente, sin prisas.

Mis amigos, ejemplos de libertad y compromiso, intelectuales de la época, luchadores de múltiples causas, teóricos y prácticos, jugadores, quemando cada minuto como si fuera el último... se imaginan, conociendo a Cora. Para empezar diré que el día que había una reunión entre todos, creo que era el cumpleaños de la esposa de Juan, ella se presenta, otra vez vestida fuera de ocasión. Tan correcta, amable, solícita, complaciente.

A las mujeres no les gustó nada, la consideraron de plástico, muñeca de estantería, en su primera impresión. Ya sabemos lo difíciles que son las mujeres, al menos las que yo he tenido la oportunidad de conocer, a la hora de juzgar a otras de su género. En esta ocasión no fue diferente. Los hombres, más discretos, no dijeron nada, no se burlaron de mí, pero igual noté esos rostros comprensivos, considerados, como tratando de entender cuál era mi necesidad oculta. Bueno, fantasías aparte, sé que la aceptaron. Nada más. Como se acepta una situación que aparece a pesar de nuestra voluntad, y no podemos hacer nada lícito para cambiarla, y entonces simplemente la sobrevivimos. Así fue con Cora. La sobrevivieron.

Fue una noche muy divertida. Yo estaba tan nervioso con la presentación de Cora en sociedad, que me pasé de copas más que lo acostumbrado en esas ocasiones. Estaba exultante, con todo mi histrionismo manifestándose. Todos, no sólo yo, sino que todos, de a poco, fueron mostrándose tal cual eran: atrevidos, transgresores, insultantes. La verdad que nadie se ocupó de Cora, y ella tan elegante, se las ingenió para pasarla bien, para hacerse entender, para encontrar su lugar. Incluso en esa noche, tan particular y difícil. Cuando me fui de lo de Juan, me fui aún más enamorado.

Con el tiempo, los amigos aprendieron a quererla. Se dieron cuenta que era una gran mujer, aunque fuera diferente a ellos, aunque no compartían historia. Por otra parte, con el paso del tiempo, las diferencias fueron cada vez menos importantes, porque ya todos nos íbamos convirtiendo en seres diferentes, más adaptados a la realidad, menos díscolos, menos principistas, por llamarlo de alguna manera. Cada vez las diferencias valían menos. Ya ninguno de nosotros transgredía. Quedaban sí, esas diferencias, establecidas en aquello de la historia de vida, lo aprendido, lo incorporado; ahí siempre seremos diferentes. Pero en cuanto a los valores, los suyos cada vez fueron haciéndose también nuestros valores. Aquí sí la brecha ya no era tal. Porque los principios, para todos, fueron cada vez menos. Hubo un momento, mágico momento, a partir del cual todos comprendieron por qué yo estaba enamorado de ella. No sé bien cómo explicarlo, es un instante de ruptura o quiebre de algo adentro de cada uno, que ni siquiera nos damos cuenta, un momento que transforma y sólo lo vemos con el tiempo. Pues a partir de un instante así, creo que todos llegaron a comprender cómo era posible que yo estuviera enamorado de Cora. Porque pudieron mirarla, entenderla, vivirla.

Porque se dieron cuenta de dos cosas que me parecen bien importantes: una, que las cosas, las más de las veces, no son como parecen; otra, que todo lo que he contado sobre Cora, en realidad simboliza lo vivo, eso tan vivo que todos tenemos dentro, aún cuando nos estamos muriendo; así de intensa es.

...

Luego comenzó la vida con ella. Comenzó siendo una vida encantadora, con muchos desafíos, y también con muchas discusiones y malestares. Nos era difícil entendernos. A Cora le fue muy difícil mi libertad, porque ella no era tan libre. Tuvo que ir aprendiendo. De a poco. Hasta que no le fue un bien valioso también a ella, esto de la libertad, no lo pudo asimilar del todo.

También pasamos por todas las tensiones, las desconfianzas, los aprendizajes. Una sabia conclusión: es difícil la vida con el otro. No encuentro la forma de que uno pueda prepararse; no hay dónde estudiar cómo se hace. Se cultiva en el momento, en el transcurso, se va educando, no sé si alguna vez se termina de aprender. Hay que entender muchas cosas, conectar, darse cuenta. También me parece que es difícil la confianza. No sé si es un tema común o sólo nuestro, pero en tantas oportunidades

recuerdo vivir un ambiente de alguna manera paranoico: cada tanto se desconfiaba si el otro no estaba diciendo o haciendo algo para molestar, para castigar, para patear el tablero, para terminar la partida. Claro, no es que se piense exactamente así, pero se actúa como si fuera éste el pensamiento.

A pesar de todo lo que cuento, mi recuerdo, en general, a grandes líneas, es que la vida con Cora siempre fue maravillosa, agradable, liviana, amorosa. Cuando lanzo una mirada que sobrevuela, que no se detiene en las anécdotas, en los episodios: un vistazo, una panorámica de mi vida con ella, entonces les puedo contar que fue una vida placentera, gratificante, me causa paz, regocijo, me siento puro.

Me imagino que a esta altura se preguntarán cómo fue que decidí separarme de ella, no lo deben estar entendiendo. Pues confieso que yo tampoco entiendo mucho; sé que fui muy generoso, pero admito que a veces, hasta yo mismo me pierdo. Ya se los explicaré. Les prometo que me podrán comprender.

A mí me cautivaba la vida con ella. Me encantaba volver a nuestro hogar, saber que Cora estaría allí, en ese mismo instante o luego, no importa, sólo era saber que en algún momento ella estaría allí, y compartiríamos las situaciones más cotidianas, más banales. Conversaríamos de lo importante y de lo más trivial. De todo. De pensamientos profundos, y de cómo le fue a la vecina de abajo con la compra de la fruta. Esto me ha gustado tanto. Así fue como sentía que todo estaba en su sitio. Mi vida tenía un lugar preciso, donde yo quería vivir. Desde que comencé a vivir con ella, el mundo se me hizo un lugar menos raro, menos confuso, más amable.

Tantas veces mis alumnos me han preguntado sobre las cuestiones amorosas, sobre las cuestiones de la pasión, de la continuidad. Es una preocupación de todos los tiempos, todo esto de las relaciones de amor. Me han preguntado fundamentalmente si la filosofía puede ayudar en estos asuntos.

Claro que ayuda, ¡y cuánto! Porque todo tiene que ver con las decisiones de cada uno, con lo que pensamos, con lo que nos importa. Todo tiene que ver para mí, con la idea que tiene cada uno sobre cómo vivir su vida. Con la creencia o no de los destinos, de los caminos ya trazados para cada uno, o la creencia de que esto es un absurdo. Con la idea que se tenga sobre el sentido de la vida, si hay que buscar y encontrar un significado para la vida, o el único valor que tiene es vivirla. Con las necesidades de trascendencia, de dominio, de sometimiento, o con la falta de necesidades y la transformación de éstas en querencias. Tiene que ver con la libertad, con la imagen de libertad que cada uno tiene para sí mismo y para sus seres queridos. Con las pertenencias o no; con el miedo o no a la muerte; con el miedo o no a la soledad. Tiene que ver con lo que resulta importante para cada uno, para el logro de la felicidad, el placer, el bienestar, la tranquilidad, o como sea que cada uno se sienta bien consigo mismo.

Me resultan entonces tan importantes estos temas, sobre todo por las distintas situaciones que veo a mi alrededor. Cuántas veces, por ejemplo, he visto relaciones largas, de muchos años, incluso más años que los que vivimos con Cora, pero que desde un determinado momento han dejado de conmoverse, de impresionarse. De sentir al otro. De amarlo. De enorgullecerse de él o de ella. De estremecerse complacido por la relación, por la vida, por la forma.

He visto muchas veces a un hombre y una mujer conviviendo por años, como soportando, como tolerando, como si no hubiera otra posibilidad. ¿Tiene esto algo que ver con la concepción que cada uno tiene sobre cómo ir construyendo la vida? ¿o vamos a decir que esto depende únicamente de la personalidad de cada quién? Cuando he preguntado por el significado de esta decisión, he encontrado más de una vez la respuesta más escalofriante para mi alma: “es que a esta altura...”; “ya ha pasado tanto tiempo, que para qué cambiar ahora...”; “me da una pereza...”. También me he

encontrado con “no sabría hacerlo de otra forma”; “no puedo sin su compañía”; “no sé vivir solo”. Muchas veces sucede que es una de las personas en la relación la que siente de esta manera, y la otra, no lo siente así; la otra espera; la otra trata de comprender. Pero haciéndolo, se convierte en cómplice. Aún sin saberlo. Hasta que por alguna razón fortuita, se entera... sabe... se lo dicen. ¿Y entonces? ¿Qué hacer?

Aquí viene otra vez, aquello de las concepciones sobre la vida, aquello de los riesgos, de los atrevimientos. No creo que se trate sólo de una cuestión de personalidad. Fundamentalmente abarca lo que se piensa, incluye lo que se entiende, lo que se niega y se acepta, de lo que nos forma: esto también es filosofía.

Así manejaba yo mis clases. Así los llevaba a que pensarán, se volvieran a plantear, revisaran lo aprendido, escucharan, leyeran, se sometieran a críticas y confrontaciones. Si tendrá que ver la filosofía con todo esto. Es la visión de cada uno sobre la vida, sobre sí mismo, sobre el bienestar, sobre el respeto, sobre las ideas. Mucho tiene que ver, mis queridos alumnos.

Yo simplemente he tenido la inmensa suerte, porque creo que sólo de esto se trata, de suerte, que admiro a Cora, con todo lo bueno y todo lo malo que ella tiene. La respeto y la admiro. Estoy enamorado. La quiero.

Cora se ha comportado conmigo de la misma forma. Me siento querido, y me siento admirado. Aún en las críticas más descarnadas que me ha hecho, aún en esas situaciones, en esas peleas, en aquellos insultos, he dejado correr los días, he mirado para atrás, y pude también sentirme querido y admirado.

He logrado compartir con Cora el sentimiento de estar juntos porque queremos, y no porque da mucha pereza pensar en otra cosa...

Y esto, mis alumnos, he terminado por aprender, que es algo muy difícil de conseguir, trabajoso de lograr. Ojalá ustedes puedan, ustedes se lo propongan. Ojalá que nunca les falte la energía, que nunca les de tanta pereza la vida. Si tendrá que ver la filosofía con todo esto, si tendrá que ver con poner el pie a todo...

Por lo complicado que todo esto resulta, por lo concreto y al mismo tiempo tan abstracto, es que el amor ha sido un tema de todas las épocas; ha despertado todo tipo de expresiones artísticas e intelectuales. Porque tiene que ver con tantas cosas, tiene que ver con la existencia que se da cada uno, tiene que ver con los latidos del corazón, con la respiración, con la conexión entre las neuronas, con el mundo, con la galaxia...

IX.

Seguramente tiene que ver con muchas cosas más de las que acabo de mencionar, pero en estos momentos debo dejar todo el rollo por aquí, porque algo cambia en mi apacible rincón, e invade mis sentidos. Llegan hasta aquí los olores provenientes de la cocina. Me abruman. Rompen mis recuerdos. Perturban mi ensimismamiento. Me vuelven al hoy y ahora.

Cora me llama, complacida, porque sabe que hizo una pequeña gran obra: la mesa del comedor dispuesta con acogedora sencillez; los platos de la abuela; los cubiertos de plata, pesados, antiguos, magníficos; copas con sonido a campanas, servilletas de tela con un delicado y fino bordado; jazmines; jugo de frutas abrazado por mucho hielo.

Una fuente en forma de óvalo, también del mismo juego de losa de la abuela, con un pescado humeante, adornado con finas hierbas y rodajas de limón; verduras a su alrededor, dispuestas como ofrendas, cocinadas al vapor, con un brusco fuego fuerte al final de su cocción, durante el cual son rociadas con salsa inglesa.

Todo huele a banquete.

Cora sonríe, triunfante, satisfecha con una banalidad como la comida del día, porque sabe de las pequeñas grandes cosas. Un planteo es el almuerzo rápido y casi inexistente para que no moleste ni interfiera con las verdaderas comidas, al cual estamos acostumbrados; otro planteo muy diferente es un banquete al mediodía. Hora insólita para comer como pocas, pero que con Cora aprendimos de otras costumbres a degustar, muy de vez en cuando, en algunos fines de semana, con un sentido de excepción y homenaje. Ella sonríe por este banquete ofrecido al mediodía. Ella sí que sabe...

Yo no soy de acero: soy racional, no de acero. Se me cae una lágrima, rápida, furtiva, la disimulo de inmediato. Me doy cuenta de su inquietud interior, de su esfuerzo, de su pelea íntima; quiere sonreírme, y me sonríe, pero no logra esconder ese velo que atraviesa su mirada, esa nube que opaca el brillo de sus ojos. Trata de parecer distendida, pero logro ver su alma retorciéndose, gritándole, perturbada, acongojada; veo todo su dolor, lo negro, lo profundo, lo caótico. Veo cómo lucha para que yo no lo note, pero lo veo igual, Cora, y no puedo hacer nada... Cuánto lo siento, no poder hacer nada...

Comimos deliciosamente, con una conversación tranquila, sin pasiones, sin desenfreno, hablando más que nada de terceros o de terceras situaciones. Comentamos el tiempo, los pronósticos, un poco de política general, alguna noticia del día. Fue en definitiva, un almuerzo cálido, apacible, juicioso. Sin drama, eso es lo que agradezco, sin drama.

A los postres, una ensalada de frutas frescas, acompañadas de helado. Delicioso. Sencillo.

Como todo banquete tiene su puntada final, no faltó, ya con más gula que ganas, los bombones de chocolate que tanto me gustan con un café expreso, cargado, fuerte. Todo sin alcohol, por esta vez, el día es largo y lleno de emociones. Es mi día.

¡Cómo agradezco a Cora este banquete, este ratito, esta compañía! Parece que todo lo sabe hacer, todo lo comprende, hoy es así, hoy está así. Cómo agradezco.

Hoy también necesito más que nunca de la soledad. Comparto este almuerzo, beso a Cora dulcemente, una caricia -apenas un roce- de mi mano por su cuello; suspiro mi agradecimiento. Y vuelvo a mi rincón preferido. A mi escritorio.

Sé que a muchos les aterra la soledad. ¿Cuál será el temor? ¿a qué le temen? ¿a sí mismos? ¿al silencio? Estar solo en realidad es estar con uno mismo. Con los pensamientos y los sentimientos de uno mismo. Con los recuerdos. ¿Tan malo puede ser

uno que hay que tenerle miedo a esto? No, sin duda no se trata de algo así. Porque sería muy fácil pensarlo de esta forma, y ya todos sabemos lo complejos que somos.

Siento desde hace ya mucho tiempo que estar solos, puede incluso llegar a regocijarnos. La persona sola está compartiendo consigo misma momentos únicos e intransferibles. Accede al despliegue de su fantasía, puede hasta simular esta fantasía y hacerla todo lo real que desee. Puede también, de un golpe, volver a ser más realista que el rey, convertirse en un instante en la persona más eficiente del mundo. Puede sentir y gozar cómo va creando su vida como una artesanía; cada uno, un hacedor, utilizando la herramienta de su propio cuerpo y de su propia alma, se va realizando con ese esmero, con ese cariño, con esa pasión y con esa posible sabiduría. Cada uno. Cada quien. Solos. Incluso les diría que nada de esto tiene que ver con el compromiso ni con la atención que uno ponga en el prójimo. Hay que desentenderse de aquellos –por momentos encendidos- discursos acerca del egoísmo por pensar de esta forma. Nada que tenga que ver con la soledad tiene relación alguna con el egoísmo.

Soledad, una palabra, un sentimiento, un estado, que se me antoja que aún hoy, a pesar de todo lo que se ha escrito, a pesar de todo lo que hemos leído, visto, palpado; aún hoy es causa de muchas preocupaciones, conflictos, enredos. A muchos conozco, que consideran peligrosa la soledad. Consideran que es un estado del cual hay que huir, hay que esconderse, no lo debemos incorporar. Tanto hay que evitarlo, que están dispuestos a vivir una vida tediosa e incluso infeliz, porque al menos, se sienten acompañados. Veo a muchos soportando la vida con otra persona, a pesar de su sufrimiento, callado e íntimo sufrimiento, porque al menos, no se está “solo”.

Amigos: como si la soledad fuera algo esquivable, o algo innecesario. Como si fuera una enfermedad que hay que curar. Es esta otra dimensión del asunto lo que desde hace tiempo me gustó transmitir a mis alumnos. Va más allá de si nos gusta o si no nos gusta; si la soportamos o no. Esta nueva dimensión trata de si es evitable o inevitable. ¿Es posible no estar solo? Yo creo que es inevitable. Digo mucho más aún: somos solos y estamos solos en una proporción de nuestro ser, y esto es ineludible.

- Oye, cariño, no estés tan solo; tú eres muy bueno, un ángel, ¿qué haces solo? –me dice Ivette, con alguna trasnochada de más encima, cuando me encontró en el bar de José, acomodado al mostrador-. Ella estaba con un par de amigas, o colegas de trabajo, pasando el rato en esa tarde. No pudo soportar que yo, un hombre casado, con una compañera como Cora, tan enamorado, con tantos amigos, era insoportable verme allí, en un mostrador de un bar, tomando un jarrito, a la tarde.

- Cuéntame qué tiene que ver ser un ángel y estar de mostrador, mi pequeña.

- No lo sé; es que me sienta mal. No tienes por qué. Si quieres puedes venir a sentarte con nosotras, estamos conversando del mundo, no hay problema.

- Es que justamente me he venido hasta aquí para pasarla con nadie, un rato, me gusta esto, disfruto mi propio aire, ¿de acuerdo? Estoy muy lejos de interesarme en lo más mínimo en sentarme en una mesa con personas que no conozco para hablar del mundo en general.

Ivette hace una mueca indicando desprecio o rabia, y vuelve a su mesa; debe estar pensando en estos mismos momentos que yo no valgo la pena, no merezco sus esfuerzos, que soy irrecuperable.

Encuentro que para ella funciona aquello del temor, la rabia y el asco de estar solo. Es de las que considera que no hay nada de bueno en esto de estar solo. No lo considera propio de la gente que quiere, lo ve como una situación ajena a esa persona, como si fuera un mal que la está invadiendo, hay que salvarla, hay que acompañarla, no hay que tolerar su soledad, hay que poner la alarma y exorcizarla.

Elbio también reacciona frente a la soledad. Siente que yo tengo algún grado de locura, o que nací ya con alguna tara, que se manifiesta con esto de internarme en mis adentros, de hacerme solo. Trató en algún momento de que saliera, de que fuera diferente. Hasta que se dio por vencido (¡por suerte!).

Muchos piensan que la soledad es dañina, es perturbadora, que por eso se debe evitar. Hay personas que al imaginarse solas, ya se entristecen. Se consideran miserables. Les falta algo, sienten un vacío existencial. Quedan apresadas por un gran temor, desarrollan una enorme ansiedad. Se van al bar, se alcoholizan; o se van a sus casas, a pelearse con los que encuentren en su camino; o se encierran en un dormitorio, se tiran en una cama, a maldecir o angustiarse por su vida...

Es difícil para mí entender esto, porque yo, para mejor, me siento genial cuando me dejan solo. Porque además, en muchas cosas y cada vez más, me siento ajeno, extraño, extranjero, y esto me gusta. Me hace sentir bien.

Es trabajoso comprender que alguien prefiera hacer algo horrible para sí, o vivir de una manera penosa para sí, con tal de no estar solo, porque esto lo abrumaría mucho más que su vida infeliz. Es tan tremendo, tan deplorable, que me desvivo por transmitir que hay una parte de cada uno, un rincón, donde sólo se expresa lo solo, donde uno está absolutamente solo; es una parte que nos constituye, no la podemos evitar, y creo que sería bueno no jugar a que no existe. No tiene sentido tener miedo de estar solos, porque en parte, ya se es solo. Hay que entender que esta parte íntima, es algo esencial, incomunicable, in-entendible por el otro, incompatibile. Si logran verla, lograrían respetarla. Entonces ya no causaría tanto miedo, tanta indefensión. Esta parte íntima, cada uno debe descubrir cuáles son sus límites. La podrán reconocer como parte de sí mismos, ya no tendrán ese terrible temor, porque dejó de ser aquello desconocido, sino que se puede ver, analizar, reconocer, se vuelve algo tangible para uno mismo; y al conocerla, entonces cambia la percepción, porque muchas veces sucede que aquello que conocemos logramos no temerle.

También está aquella parte de uno que puede ser muy pero muy reservada, pero que igualmente es comunicable, compartible, puede incluirse o mostrarse en el vínculo con otros. Y también está aquella parte de uno, netamente social. Éstas son también nuestras partes, las que no son solas, las que se expresan con los demás.

Si se lograra aprender a reconocerse en todas estas dimensiones, se podría conocer y respetar aquello que es íntimo, y compartir aquello que es comunicable. Sería algo así como verse entero. Ya entonces la soledad no se entendería más como aquello que daña, de lo que hay que escapar. Ya no tendrían que conformarse con una vida infeliz, ya no tendrían que acomodarse en el lugar de la tristeza o de la agresividad, porque es esto lo que atenta contra el placer de vivir.

No tendrían que llorar más porque están solos. Porque ya sabrían que hay una parte de ellos que es sola, aunque se esté muy acompañado. No se evita. Es estructural. Hay que hacer lo posible por saber cómo es, cómo está compuesta, hablar con ella, saberla constitutiva de cada uno, reconocerla, aceptarla, porque así se le podrá encontrar también su utilidad y su beneficio. Es en este momento cuando comienza a darnos gusto, también, estar solos: para conversar con este pedacito nuestro, que sólo uno mismo es capaz de comprender y utilizar.

Yo fui realizando este proceso, este entendimiento, a lo largo de los años. No me pregunten cómo porque realmente no lo sé. Creo que fue apareciendo y se fue instalando en mí. Tal vez haya comenzado cuando surgieron los primeros cuestionamientos acerca de la necesidad de las pertenencias. Tal vez haya comenzado por alguien, que alguna vez, me regaló este conocimiento, y me hizo pensar... una vez más.

X.

La época de mi vida en que me reconozco más maduro y sensato, empezó recién hace unos pocos años, cuando dejé de pertenecer. Me convencí de que es muy bueno esto de tener un alma solitaria. Imagínense si me habrá movido poner un pienso a todo. Por eso es que lo aconsejo especialmente: porque creo sinceramente que muchos cambios se producen de esta manera, y no con contactos místicos, ni con inducciones espirituales.

Comencé a entender y a respetar que tengo un alma solitaria que comparto con otras almas. Yo sé que estoy acompañado, pero no pertenezco. No me siento incluido en el nosotros. Nosotros somos muchos, demasiados.

Tal vez en lo único que admito y me siento incluido es en ese pequeño nosotros que muchas veces usamos (y yo también uso) cuando me refiero al grupo de los amigos bien amigos, al grupo de esos amigos con los cuales he compartido casi toda mi vida interesante. Somos pocos: Elbio, Clara, Juan, Cora, Ivette. No sé si alguien más. Es una pequeña inclusión. Es algo que acepto, hablar de nosotros con ellos. Lo uso y lo dejo usar, porque sabemos el alcance casi gramatical que tiene esta palabra. Nos conocemos tanto, que comprendemos las diferencias que tenemos en cuanto a su significado. Conocemos lo que cada uno piensa de las pertenencias. Percibimos que somos distintos en este sentido también. Notamos que hasta el que pertenece acepta y respeta el “no pertenece” del otro.

Cora y yo esto lo manejamos de memoria. Muchas cosas las manejamos de memoria. Hemos transitado tantas etapas diferentes de cada uno, juntos. Ella vivió conmigo muchas de las tormentas de mi alma, muchos cambios de ideas, de conceptos, muchas transformaciones, cuestionamientos, virajes intelectuales.

Yo viví de ella, uno de los más inmensos torbellinos que he conocido. Fue de Cora. El tornado, no un torbellino. Fue un verdadero, tremendo y colosal tornado.

Fue cuando murió su madre; cuando no pudo ayudar a su padre a soportarlo, y finalmente, a los pocos meses, cuando él se suicidó, dejándole aquella carta pidiéndole perdón... Cora cuando enfrentó la muerte de esta forma tan cercana, tan penetrante, tan penetrante, tan viva, tan profunda, tan hiriente.

Eran los mismos tiempos en los cuales ella estaba comenzando a compartir y a incluirse entre mis amigos. Estaba empezando a pertenecer, porque a ella siempre le gustó y quiso formar parte.

Estaba comenzando a entender a Clara y su libertad, su cuerpo ofrecido, su desparpajo y seguridad, su esfuerzo por competir con cuanta mujer se pusiera a su lado.

También estaba comprendiendo a Elbio con sus férreas convicciones, arrogándose el poder de juzgarlo todo, y dentro de ese todo, por supuesto Cora era la más sentenciada ya que era la más ajena a todo lo importante para él.

A Ivette, siempre lista, dulce, siempre amable, dispuesta, pero al mismo tiempo dejando esa brecha entre una persona y ella misma, un abismo difícil de franquear, porque invariablemente estaba a la orden pero ella hermética con lo suyo, protegida, resguardada.

A entender también a Juan con todas sus intelectualizaciones, en general hablando en difícil, despreciando sin quererlo a aquellos no leídos, poco instruidos, intuitivos, no demasiado lógicos.

Estaba comprendiendo cómo era aquello de estar todos juntos, encariñados, discutidores, elaboradores de teorías, salvadores del mundo entero, fumando porros, purgando almas.

Cora estaba comenzando a compartir e integrarse, cuando le sobrevino este tornado. Entonces el proceso de inclusión, de pertenencia, de formar parte, se vio interrumpido. Puso una pausa, no podía con todo; su pensamiento, en ese tiempo que duró el tornado, era imparabable, imposible de entender, incompatible, ilógico. Y doloroso. Al comienzo aparecieron las culpas, los rencores, las rabias, las impotencias. Su alma en grito. El dolor por sí misma y por los demás.

Luego empezó a no querer a nadie, a enfrentarse y a reconocer lo más turbio, lo más escabroso, lo más mezquino y repugnante de las personas. Entonces interrumpió, creo que no conscientemente, todo intento de pertenencia. Porque supo de lo más maligno, de lo más egoísta, de lo más mediocre. Supo tanto del alma humana, que sintió aversión de su pertenencia. Claro que no se puede dejar de pertenecer a la humanidad si se sigue vivo, y Cora no pensaba quitarse la vida, entonces fue así que la emprendió contra otros prototipos de pertenencias: no quiso más sociedades, ni grupos, ni asociaciones, ni clubes, nada que la mezclara con más enfermedad que la propia. Aprendió que ya con la propia, apenas se puede.

Todo le estaba dando vueltas a altísima velocidad, atrapando lo que aparecía por el camino, en un caos giratorio y demoníaco, que todo destruye, que tanto duele.

Cora pasó por esta etapa volátil y trágica. Que yo no supe acompañar. Nunca estuve a su altura. Por supuesto todos me consideran el más fuerte de esta relación amorosa. Yo soy el gran hombre intelectual y fuerte, seguro de mí mismo, un hacedor. Ella, es la débil y frágil mujer que crece a mi lado, interesante, muy interesante, pero que crece a mi lado. Yo sé desde hace poco y Cora sabe desde siempre que esto no es así. Como lo he dicho antes: no siempre las cosas son como parecen ser.

En esa etapa en la cual la recuerdo ahora, una de sus etapas duras, enigmáticas, dolientes, yo ni siquiera la pude acompañar bien. Hice formalmente el que la acompañaba. Muchas veces estuve a su lado, pasándole el brazo sobre sus hombros, alentándola a que lllore conmigo. Hablé con ella, haciendo como que entendía, y quién sabe, quizás hasta creyéndome que entendía. Fui cariñoso, benévolo, creo que hasta generoso. Sin embargo, y a pesar de todo esto que digo, yo sé y Cora sabe, que no la pude acompañar. Me aterró, en lo más profundo de mi ser, ese tornado, ese misterio, ese dolor, tantos cambios. Me golpeó su incertidumbre, su llanto. Me abrumó. Yo no necesitaba esto. Estaba muy ocupado con mis propias miserias. Tenía otras preocupaciones que me desgastaban. Sentí que no podía con todo. Porque no soy tan fuerte. Sé que hasta me alejé de ella. En pleno sufrimiento, tomé distancia en forma hipócrita y mentirosa. Me alejé sin mostrar que me alejaba. Hice como que todo era muy normal: me fui de viaje con Juan, a visitar a un gran amigo nuestro radicado en otras tierras, porque por supuesto, cómo no iba a tener derecho yo a hacer un viaje amistoso...; me ensimismé con mi trabajo, como si fuera imprescindible en todo momento; continué con mi espacio privado, inviolable claro, en el entendido de que la vida continúa, en fin, todo normal. Yo convencido de lo que estaba convencido, sin ni siquiera imaginarme que eran excusas plausibles cuyo único fin consistía en evitar acompañarla, justificar mi alejamiento, mi pobreza, mi parte mezquina.

Pero mucho después, lamentablemente mucho, mucho después, me di cuenta que Cora sabía. Sabía que yo no podía acompañarla. Sabía que yo me alejaba de ella como quien se aleja de algo contagioso, proponiendo todo tipo de excusas hábiles y lógicas; sabía que yo escuchaba sin escuchar, sin entender, olvidando al instante. Sabía todo. Sabía de mi debilidad.

En un momento se le formó un núcleo de rabia por todo esto; me amaba y me odiaba. Cora es muy buena para poder vivir la contradicción, el sí y el no al mismo tiempo. Decidió que dejaba recorrer su amor-odio. Decidió que ya vería por qué nuevos caminos

esto la llevaría. Lo recorrió hasta que lo resolvió de alguna manera. Por suerte para mí, se quedó con la parte del amor. Se enamoró de mí otra vez, o algo semejante. Me parece que lo que sucedió fue que volvió a no necesitarme más, y entonces ya no importaba mi debilidad ni mi mezquindad. Ya no causaban rabia. Cora siempre supo todo. Así de fuerte también es.

Después de ese primer tornado del alma de Cora, una de las consecuencias más visibles para mí, fue que ella se convirtió en una no perteneciente. También ella.

Tiempo después de todo esto, hablamos entre nosotros con un enorme entendimiento. Pudimos usar bien la palabra, comprendernos, enterarnos de nuestros mutuos disgustos, de ese tránsito tan peculiar, de ese momento raro en el que Cora me necesitaba por primera vez pero no era capaz de pedirlo claramente; en realidad sí pedía; pedía muchas cosas, claro que todas deshilvanadas, no se entendía mucho qué le pasaba, qué era lo que quería; para mí sinceramente era raro, no terminaba de explicarme por dónde iba su disconformidad. Y claro, tampoco me hacía cargo de ella. Tampoco me embarqué a ayudarla. Yo soy un poco así, y es de lo único que me arrepiento: de haber exigido, aún en esos momentos claramente tormentosos de Cora, haber exigido claridad, congruencia. Es mi parte más egoísta, o por lo menos, la parte más egoísta que fui alguna vez capaz de ver en mí. El resultado: o me hablaba con cordura, claramente, y me convencía de que no me estaba pidiendo nada demasiado desubicado, o que se las arreglara como pudiera.

Toda esta montaña de sentimientos y sensaciones, nos permitió vivir una etapa muy difícil entre nosotros, que también, y les aseguro que no sé bien por qué, también fue muy rica.

De todo esto pudimos hablar, mucho tiempo después, y los dos lo entendimos. La diferencia está en que ella lo entiende porque es sabia; yo lo entiendo porque soy un intelectual.

Les cuento que yo también recuerdo haber vivido un torbellino. Un torbellino, no un tornado. Fue cuando me di cuenta que no existían las metas. No se rían de mí. Es que si en mí se producen torbellinos, va por cuenta de lo intelectual. Lo afectivo me las apaña para resolverlo de alguna manera u otra, o para pensar que lo resuelvo, pero seguro no me produce una gran perturbación.

No existían las metas, ése fue un gran descubrimiento. Que no iba hacia ningún lado en concreto. Que yo venía de, con lo que venía, pero no tenía un plan ni estaba escrito a qué lugar iba a llegar.

Con cada decisión, me embarcaba en un nuevo camino, salía de un puerto, me iba de algo pero no hacia algo. Como aquel mapa de la ciudad, con los puntos rojos...

Me di cuenta también que no era el director de mi orquesta interior. Que no determinaba nada o casi nada, no tenía el poder. La enorme frustración de saberse sin poder. Yo nunca fui religioso. Nunca creí en el destino. Nunca me tiré las cartas porque pensara que alguien podría llegar a interpretar con datos mágicos el futuro. Pero era bastante inconsciente en cuanto al ¿entonces qué? Creo que vivía en el convencimiento de que cada cual se elige su destino. Cuando me di cuenta de que ni siquiera teníamos este poder, porque no hay destino donde ir... esto fue difícil, mi torbellino.

¿Pero entonces? Hay que pensar en sí mismo como una gota de agua en la inmensidad; como un punto de energía en un universo; sin poderes. Desplazándose, tomando decisiones, una tras otra, con las cuales vamos delineando nuestro curso por ese universo. Nuestro pasado está integrado, se confunde con lo que somos ahora, lo venimos arrastrando porque forma parte; nuestro futuro, es éste ahora que estoy

decidiendo, no se puede ver más. No se tiene el poder. No tengo poder para salvar. No tengo poder para salvarme.

Cora supo de todo esto cuando murió su madre. Ella supo lo que es la frustración de no poder. Lo volvió a saber con su padre; aquí aprendió más en realidad: aprendió que no tenemos el poder para evitar o cambiar un paso dado por otro. Ni siquiera eso. Ni siquiera el poder de aconsejar bien. Ni siquiera el poder de las certezas.

Sólo podemos, cada uno de nosotros, cambiar de rumbo cambiando las decisiones. Pero no podemos modificar los pasos ya dados y que generan consecuencias, y de eso entonces nos tenemos que hacer responsables. Mucho menos podemos evitar o cambiar los pasos dados por otro.

No tenemos poder. No causamos infelicidad ni felicidad. Todo esto depende de la otra persona y no de nuestra voluntad. Esta insignificancia causó un temblor generalizado en todo mi cuerpo. Porque echaba por tierra todo en lo que creía, todo en lo que confiaba Elbio, todo lo que entendíamos cada uno de nosotros. O por lo menos, y para ser más exacto, echaba por tierra los fundamentos de casi todo en lo que profesábamos. Todo aquello de hacer a los hombres libres, de liberar a los oprimidos, de cambiar el rumbo de la historia. Todo aquello de elegirnos libres, hacer el hombre nuevo. El no poder me llevó a darme cuenta también de mi gran estupidez. Pensar que si algo siempre había sabido, era de mi fortaleza intelectual. Sin embargo me creí tantos cuentos, me hice tantos cuentos, compartimos tantos cuentos, con tal convencimiento, que hasta en un momento me aterró pertenecer a algo, a cualquier cosa, porque sabía del peligro de convertirme en un estúpido.

Ahora ya no temo pertenecer; sólo que no es lo mío, no se me da así, no es mi aire, como me ha dicho Elbio.

De esta soledad es de lo que yo hablo. Cuando les contaba que había descubierto que era un alma solitaria acompañada de otras almas. De esta íntima soledad estoy hablando. Es la que no me da miedo. La que me explica. La que me convence.

Esto no impide en absoluto compartir nuestros caminos con otras personas, hacerse y tener amigos, entrañables, compañeros; no lo impide; porque de lo que hablo es justamente de lo más íntimo, de lo inefable, de lo fantástico de cada uno. Esto es nuestro ser solo.

En este torbellino mío, recuerdo perfectamente que Cora sí me acompañó. En la intimidad, quedándose conmigo a conversar, botella de vino y velas prendidas, hasta altísimas horas de la madrugada. Dejándome divagar, armar y desarmar para volver a armar. Esperando. Peleándome. Atropellándome con su palabra para obligarme a seguir pensando. Cora sabe acompañar, compa del alma, es por lo que más peno estos momentos. Mi dolor es ella. Mi dolor es saber que incluso en estos momentos que estoy aquí, recostado en el sillón de cuero, mirando por la ventana, sintiendo el calor exterior, acompañado de mis libros; aún aquí y ahora ella sabe cómo acompañarme. Y otra vez yo no sé. No sé cómo hacer. No sé qué decir. No soy tan fuerte. No tanto como ella. Las cosas, muchas veces, no son como parecen.

XI.

Miro por la ventana hacia la avenida del parque, en un intento de descanso neuronal, y veo un gran alboroto. Hubo un choque de vehículos, sentí en algún momento el ruido, el estruendo, pero no lo había incorporado. Ahora lo veo, la interrupción del tránsito, y unas gentes peleando, seguro que gritándose, culpándose, tratando de vomitar todo el miedo, la rabia, la impotencia, todo lo que duela: tratando de liberarse, de volcarlo hacia el espacio, para poder respirar. Es una forma de reaccionar bastante habitual, ésta de volcar en un mismo hecho las frustraciones e impotencias acumuladas. Todos sabemos que necesitamos sacarnos de encima mucha energía negativa, y aprovechar un momento aparentemente justificado para “ya que estamos” volcar toda la negrura del alma en el mismo pozo, esto es algo muy común y hasta entendible. Pero al mismo tiempo, si nos apartamos de la situación y la vemos de afuera, como me pasa a mí en este momento, que veo todo esto desde mi ventana, entonces es cuando nos damos cuenta de lo irracional y desubicado de esta situación; de lo insensato e impertinente que es actuar de esta manera.

Sonrío para mis adentros, porque esto me recuerda, como por arte de magia me hace aparecer en mi maltrecho cerebro, la imagen de aquel verano... Estábamos en la casa de campo de los padres de Clara, y entre todos mantuvimos una pelea feroz.

Elbio consumió un poco más de alcohol de lo que era su costumbre. Los demás estábamos habituados, nos gustaba acompañarnos de distintos sabores de la vida, sin caer en abismos ni desmayarnos; sólo nos volvíamos más alegres, inquisitivos, irónicos, burlones, jocosos, y creo que todos, cada uno a su medida, lo manejábamos bien. Pero no Elbio. Él no manejaba nada bien estas cosas. Para empezar pocas veces compartía encuentros largos con nosotros. Nos quería mucho, pero también nos consideraba personajes que sabíamos pensar, pero que gastábamos la energía para despatarrarnos; el alcohol para él, parecía estar bien porque baja la tensión, relaja, y comparte; pero había una carga de moral interpuesta, que le impedía acercarse a nuestra despreocupada manera de hacer lo que cada uno tuviera ganas de hacer, y al menos entre nosotros, no preocuparnos por excesos tan inocuos como éstos.

Igual siempre fue un buen compañero, que se las ingeniaba para encontrarse con nosotros una que otra vez, casi siempre disfrutándolo mucho. Incluso peleándonos.

La casa de campo era tremendamente hermosa. Se erguía en un terreno muy amplio, sobre una colina, todo verde, con árboles, con plantas y flores de una variedad infinita. Incluso en una parte del terreno había un lago natural, donde se podían ver patos y garzas, instaladas allí sin ninguna preocupación por la presencia humana.

La edificación era de piedras, antigua, con enormes habitaciones de techos altos, lámparas de hierro, de mayor o menor tamaño dependiendo de la habitación, pero todas lámparas sólidas, imponentes.

Grandes ventanas con celosías de madera; cortinados no sé de qué época, que conservaban impecables. Era una casa señorial.

La entrada, una pesada puerta de madera, con grandes aros de hierro para avisar la llegada. Grandes escaleras de piedra. Estufas a leña por todas partes, siempre prendidas si hacía algo de frío. Enormes canastos repletos de piñas y pequeños leños para comenzar el fuego.

Todo el mobiliario era de madera, roble. Sillones inmensos, grandes alfombras.

También recuerdo los candelabros. Me llamaban mucho la atención. Candelabros que supongo serían de plata, en grandes cantidades, en todas las habitaciones, aunque por supuesto había luz en la casa.

Los padres de Clara tenían mucho dinero. Mantener una casa así, en las perfectas condiciones que la mantenían, con todas las criadas, cocinera, mozos: el personal era mucho y no me extraña, porque era un lugar donde siempre había trabajo para hacer.

Una de las mucamas se pasaba un buen rato, todas las mañanas, sólo para supervisar y cambiar si fuera necesario, las flores de todos los floreros. Siempre olor a limpio, a campo, limpio. Una belleza.

De más está decir que para nosotros era un lujo regocijante. Lujo que sabíamos apreciar y agradecer, cada vez que se nos daba la oportunidad.

No teníamos ni que arreglar una cama, porque uno entraba al toilette para higienizarse por la mañana, y al salir, no se sabe cómo ni por quién, un duende digamos, ya había puesto todo aquello en orden... magia.

Nos sentíamos grandes reyes, y era porque nos trataban así, como a reyes y a reinas. A la mañana, nos encontrábamos en el salón comedor, imagínense las dimensiones, y estaba aquella mesa imponente con todo el desayuno dispuesto: leche, café, chocolate, té, panes recién horneados, bollos, tortas dulces (varias), frutas, mermeladas caseras.... y allí mismo, con las neuronas bien descansaditas, comenzábamos a discutir, a plantear temas, a reírnos, a recordar. Todo el día por delante, eran días de fiesta, para nosotros.

Y lo más importante: estábamos solos; los padres de Clara por supuesto que no se aparecían por allí, sólo así nos prestarían la casa. Creo que nosotros no les gustábamos mucho, aunque tampoco nunca nos hicieron problema. Nosotros siempre les agradecimos su atención, su generosidad, porque en verdad lo sentíamos así. Pero también nos alegraba que nos dejaran solos, por la libertad que eso implicaba, y también porque Clara no tenía una buena relación con ellos. Eran unas gentes distantes. Clara no fue una mujer que contara con sus padres, se las apañó bastante sola, con cariños más brindados por criadas que por su propia madre. Pero en cuestiones de dinero, de uso de propiedades, como en este caso, en todo lo que tuviera que ver con lo material, ellos estaban presentes sin quejas. Clara se aprovechaba de esto, todo lo que podía; y además nos regalaba la posibilidad de aprovecharnos nosotros también. En la casa de campo no comprábamos absolutamente nada. Comíamos, y sobretodo bebíamos, de todo lo que el padre tenía en la alacena y en su bodega.

Supongo que todo eso Clara lo haría por despecho, ella siempre se quejó de la falta de atención de sus padres. Sería algo así como su pequeña venganza, eso de usarles y gastarles todo lo que pudiera. Por lo que fuera, nosotros, juntos, sí que lo sabíamos disfrutar...

El tema que estaba recordando fue ese día que Elbio bebió en demasía, y eso lo ayudó a soltar una buena cuota de agresividad; él mismo no estaba pasando buenos momentos, necesitaba desparramar broncas varias, y eligió como objetivos principales, como blancos para sus flechas, a Clara y a Cora.

- Son una risa, una burla. Tú Clara, con esos aires que te das, pequeño burguesa de historieta, pacifista sin escrúpulos -soltó Elbio, con la lengua a medio trabar.

- Tú estás loco, niño; que te vienes ahora, a dar cátedra de buena gente. Haz lo que quieras con tu vida, y déjanos por aquí, que nosotros entendemos la nuestra. No creas que eres tan diferente, porque de lo contrario cuando crezcas te vas a desilusionar mucho -por supuesto, ésta era Clara.

Elbio no se encarnizó demasiado con ella, porque sospecho que en el fondo admiraba su libertad, esa tan natural forma de hacer lo que se le venía en gana; también sospecho

que la deseaba, aunque nunca lo hubiera admitido. Y supongo que tampoco le sería ajeno, que todos, incluso él, nos estábamos beneficiando de la estadía en su casa.

Entonces se ensañó con Cora, porque como sabemos, le resultaba más sencillo:

- Es que no puedo entender cómo te has podido mantener tan ajena al mundo que te rodeaba; porque bueno, ahora cualquiera es como tú; se sienten perdidos, algunos angustiados, otros traicionados; ahora a cualquiera le resulta fácil decir que hubo tantos errores. Pero tú tienes por un lado la valentía de admitir que nunca has participado en nada que no fuera para tu exclusivo interés, el mundo se retorció a tus pies y tú estudiabas. Tienes la valentía de decirlo y no me explico por qué no tienes también la vergüenza.

- Oye Elbio, anda callando; ya pasó, ya no estamos en esa sintonía; todo ha cambiado, no sé si te has enterado -replica Ivette.

Pero Elbio ya no podía escuchar nada. Esto es privativo de los borrachos, lo de convertirse en el centro del universo, aunque sea mientras duran esos momentos.

Continuó diciendo:

- Porque vamos que resulta vergonzoso esa actitud carente de todo sentido de la humanidad. Esa actitud egoísta al extremo, desinteresada en asuntos ajenos, sin la más mínima pizca de curiosidad por la vida y la muerte de los demás. Aunque sea podrías haberte preocupado por cómo era el mundo, de qué iba la vida, en lugar de esconderte en libros y exámenes, como si se tratara sólo de esto, de la ganancia personal.

- No te preocupes por nosotros, Elbio, y trata de mantenerte en tu sitio. Resulta vergonzoso que aún tengas tanto rencor hacia las personas que no vivieron como tú hubieras deseado, o que no hicieron lo que a ti te parece que deberían haber hecho, pero, ¿quién te crees? ¿acaso aún no pudiste aprender que no existían las escrituras sobre la Verdad, que por lo tanto los profetas eran sólo humanos? -Ivette enojada, impaciente.

- Es que aunque más no sea contra la guerra cualquiera se iba a la calle -sigue Elbio-; no se necesitaba abrazar una bandera ni ser parte de nada; hasta las bailarinas como Clara iban a esas manifestaciones; algunos iban al igual que en otro momento se iba a un concierto de rock. Pero que ni siquiera te hayas arrimado, casi no lo puedo imaginar, ¿dónde estabas? ¿vivías en este planeta? ¿estás segura que no te hicieron nunca una cura de sueño?

Clara se sintió indignada por el ataque, y Cora humillada. Las dos tenían sus defensas y muchas cosas para decirle, pero se daban cuenta que Elbio estaba borracho. Igual les dio para pelear. Vociferaban. Se movían las lámparas del techo por los gritos. Gesticulaban hasta lo grosero. Las paredes comenzaban a temblar. Se terminó peleando tanto, que en un momento hubo manos y puños volando por ahí; yo mismo me encontré en ese protagonismo estúpido, ese sentido del deber por defender a mi mujer, como si fuera una niña o discapacitada y no se pudiera defender ella misma. Me impuse el acto machista de responder por mi mujer, y ahí terminamos todos trenzados en una batalla absurda, unos de un lado, otros de otro, ya en un rato nadie sabía bien de qué lado estaba ni qué era lo que estaba defendiendo, porque en el fragor de la cosa, salían discusiones, dichos y palabras mezcladas, rencores viejos, reproches múltiples, hasta que Juan se dio cuenta -y así lo hizo saber-, que todos estábamos hablando de algo diferente, todos peleábamos por algo distinto, no se entendía nada, y parecía una catarsis colectiva sin rumbo ni objetivo, todos contra todos hasta la batalla final. En forma mágica, luego de horas de gritos y encontronazos, todo terminó siendo una guerrilla de almohadones durante la cual todo el que tenía algo para descargar lo descargó.

Armamos un verdadero lío. Rompimos no sólo almohadones, más de un vaso y de una copa rodó también por el suelo. En un momento Juan se fue hasta la cocina, cansado de que nadie lo escuchara ni que nadie entendiera que ya no se sabía por qué nos

estábamos peleando, y entonces volvió con un cubo repleto de agua, que desparramó sobre unos cuantos. Ahí se terminó de destapar la olla. Salimos a buscar recipientes para ser llenados de agua y por supuesto arrojados encima de alguien. Era un entrevero de almohadas rotas, plumas volando, agua, todos mojados, las alfombras mojadas, objetos rotos y dispersos por doquier, parecía un verdadero campo de guerra, divertidísimo.

Atrapo esa imagen tan especial, cansados, destartalados, en el piso, en la alfombra, Elbio casi desmayado sobre un sillón, Ivette arrodillada encima de una mesa, todos riendo a más no poder, por vernos las caras, por lo que habíamos hecho; reímos casi históricamente, caían las lágrimas, se corría las pinturas de los ojos de las mujeres, hasta Cora estaba doblada de la risa. Parecíamos locos a quienes seres invisibles nos hacían cosquillas por todo el cuerpo. Terminamos así, de risas, abrazados y amontonados, sin saber qué pasó, ni cómo. La amistad. Esto quiero contarles. Lo inmensa y valiosa que es la amistad.

Todo aquel embrollo, comenzó con Elbio. El más peleador, seguramente el más agresivo, el que vivía conflictos más anudados. Algunas personas que lo conocieron poco, supe que tienen una imagen bastante estereotipada de él. Tal vez sólo por conocer su representación de revolucionario. Pero Elbio no era una persona posible de encerrar en un simple esquema. Él era mucho más que esto. Él era bastante contradictorio, y por supuesto un hombre muy particular. Sólo había que conocerlo más, o traspasar la primera barrera que él ofrecía. Fue una persona que tuvo que ir cambiando mucho a lo largo del tiempo. No siempre fue y pensó de la misma manera, como sé que algunos de sus compañeros de ruta tratan a veces de demostrar. A él también le habían significado mucho sus cambios, e incluso, hasta en aquellos momentos que demostraba mayor seguridad, era una persona que albergaba muchas y difíciles dudas. Tal vez la mayor diferencia por ejemplo conmigo, fue que siempre trató de resolver sus contradicciones y sus inseguridades aferrándose a aquello que le causara protección, donde se sentía seguro, y nada mejor para esto que resguardarse en alguna ideología abarcativa y universal, que todo lo explique, que todo lo sepa.

En sus comienzos fue un idealista, un romántico. Lo conozco desde que yo era un adolescente, él un poco mayor, y era tan ingenuo. Con aquella confianza extrema, que no permitía ni siquiera argumentación, en el ser humano. Un ingenuo. Sólo el hecho de ser humano, convertía a cada persona en merecedora de toda su atención y preocupación. Apelando a la bondad, a la justicia, a la libertad, a los derechos del humano adquiridos solamente por haber nacido humano, apelando a lo mejor de nosotros mismos. Lo mejor de ti y de mí. El humano como un ser naturalmente amable, solidario y generoso.

Con el paso del tiempo fue disminuyendo tanta ingenuidad, que yo en aquella época le llamaba -más que nada para hacerlo enojar- puerilidad, virginidad, inmadurez.

Se fue transformando. Comenzó primero con las dudas. Luego con perplejidades y discrepancias consigo mismo. También se fue amargando. Se le estropeó el cariño. Se puso serio. Muy serio y preocupado. Tal vez para él, el costo mayor a resignar aquella idea del hombre bueno por naturaleza, fue convertirse en una persona tremendamente severa, consigo mismo y con los demás.

Fueron tantos y tantos los ejemplos que vivió, que sufrió, que conoció, que indicaban el contrario de todas sus creencias inocentes, que lo hicieron cambiar poco a poco. No fue fácil. Al comienzo negaba esto de que ya no podía creer en la magnífica realidad sobre la bondad infinita. Decía que sabía de la maldad, de lo peor, de lo oscuro, de lo perverso, pero que lo consideraba así: demoníaco, no humano. Como si fueran errores de la naturaleza que hay que extirpar. Nunca se cuestionó la condición humana. Somos

buenos. Muchos son malos por equivocación, pues entonces habrá que eliminar a éstos, habrá que odiarlos.

Discurso retorcido, peligroso y pueril como pocos he escuchado en mi vida. Yo sabía que él no pensaba así. Lo decía porque tenía que lidiar con sus fuerzas internas. Tenía que reconocer la absurda mentira de la pureza del alma. Tenía que aprender todo de vuelta, y esto le daba miedo y pereza.

Hasta que lo hizo, y entonces se convirtió en un revolucionario.

Yo reconozco que me caractericé por ser un poco cínico de más. Nunca me creí todo esto de la humanidad.

No me parece que existan ni la pura bondad, ni la pura maldad. Es un imaginario que nos hacemos de nosotros mismos, todo esto de los valores y cualidades de unos y otros. Pero en realidad somos todo al mismo tiempo, indivisible. Todos somos todo. Por eso debemos ser tan complejos, tan contradictorios. Convivimos con distintos tipos de sentimientos. Son todos nuestros.

Tenemos esa expresión de solidaridad, de amor, de generosidad, de tolerancia; hay algo de esto que nos recorre. También tenemos esa expresión de envidia, de celos, de venganza, de odio, de necesidad de eliminar al otro; hay algo de esto que también nos integra. Somos ese conjunto de cosas. Y junto a todo esto, está la construcción cultural, lo aceptado, lo compartible, lo que se debe, lo que está bien.

Expresamos bondad cuando pudimos, supimos, quisimos, reprimir todo aquello que se oponía. Nunca es tan lineal, por eso somos un poco buenos a veces, un poco malos otras veces, no somos de una sola manera. Somos mayormente algo, y esto nos da una identidad. Somos por ejemplo, mayormente generosos. No quiere decir que no seamos egoístas en muchas oportunidades. Es que expresamos sobre todo la generosidad, y reprimimos el egoísmo cuanto podemos, todo lo que nos sale. Nos identifica la generosidad, pero quien nos conozca sabrá que muchas veces somos egoístas también.

Para mí funciona así. Tan indemostrable como cualquier otra teoría de éstas que andan por ahí hace décadas, así que yo me quedo con mi invención favorita, porque me explica cómo somos, lo entiendo un poco mejor. Lo más importante: no me genero falsas expectativas ni conmigo ni con nadie.

Ya sé. Eso me hace cínico. Lo prefiero, a ser una persona persiguiendo idilios imposibles.

Si mi cultura, mi sociedad, mis pertenencias, marcan que es correcto matar a mis similares, entonces matar a mis similares puede estar dentro de mis características o pautas de vida. Porque tengo con qué hacerlo. En el fondo, en mi intimidad, también soy un depredador. Si culturalmente yo me siento bien matando a un hermano, tengo dentro de mí con qué hacerlo; tengo el odio, la venganza, la pulsión de muerte; no es un imposible, no es una idea invasora, es una posibilidad que puede ser elegida.

Si mi cultura y mis pertenencias me presionan o me enseñan a expresar la tolerancia y solidaridad, entonces trataré de reprimir toda mi agresividad constitutiva, y me expresaré en mi pacifismo y bonhomía, porque de esto también tengo.

El asunto complejo es que no conozco pertenencia ni cultura que invite a expresar sólo una escala de valores determinada. Por alguna razón, con alguna explicación, por algún concepto ideológico o afectivo, se encuentra la vuelta para que culturalmente también, haya aceptación de violencia y paz, de convivencia y guerra.

¿Cuántas matanzas, genocidios, se han realizado en nombre de la paz y la libertad? ¿O en nombre de una mejor convivencia humana? ¿A cuántos se ha matado, en nombre de la tolerancia?

Me parece que a todos nos haría muy bien saber que nosotros somos todo eso, y tenemos una posibilidad de elegirnos; de escoger lo que queremos ser. No vamos a

terminar siendo comoelijamos. Pero vamos a hacer el intento de acercarnos. Porque vamos a reprimir todo lo que podamos los obstáculos que se interpongan en el camino de la persona que uno quiere ser, que le gustaría expresar, con el cual se siente cómodo. Son las famosas decisiones. Cuando tomamos decisiones que marcan identidad, entonces somos responsables de estas elecciones.

Que nadie se vaya a engaños. Los que matan, no están obligados. Los que mandan matar, no están obligados. Hay una elección, y somos responsables por ella.

Esto forma parte de las tantas discusiones que se han dado en rueda de amigos. Éstas han sido discusiones más serias, más problemáticas. No terminaban en risas y abrazos, en juegos de luchas, como la que les relaté antes. Son temas que se nos han repetido de innumerables formas, porque vivimos épocas de enorme riqueza, durante las cuales tuvimos que llegar a resoluciones que nos definían de alguna manera.

Que si somos capaces de matar, si somos capaces de amar; si se puede amar sin odiar; si participo en la colocación de una bomba o no; si me uno a algún grupo guerrillero o no; de qué manera me parece correcto decidir mi vida. Nosotros vivimos una época en la cual todo esto significó decisiones, elecciones. Ya no en la retórica de la discusión o el intercambio de ideas, ya no como temas de sillón o de salón de clases, sino en la realidad de la vida cotidiana. Hubo que pensar y decidir. O decidir y pensar. O mandarse sin pensar. Dependió de cada uno. Nos elegimos, de alguna manera. Y entre nosotros, los amigos, los que nos queremos tanto, elegimos diferente.

Luego estas discusiones se fueron convirtiendo en diatribas acerca de la condición humana. Si algo pude ver, ya siendo más viejo, es que en nombre de la condición humana, todos decíamos cosas tan diferentes, que por lo menos nos podía haber llamado la atención.

La pregunta es si se puede hablar de una condición humana. No creo poder responder afirmativamente. Porque como ya ven, creo que estamos hechos de tantos sentimientos, energías, pulsiones, formando un nudo entrelazado, imposible de desenredar, inefable. Cada uno, dentro de lo que puede de acuerdo con su época y cultura, de acuerdo con su lugar y con su hora, cada uno expresa esa mezcla de lo que puede y lo que quiere. ¿Es otra teoría más, esto también es hablar de condición humana? No estoy muy seguro.

A pesar de que a muchas personas les molesta enormemente reconocer que también son “malos”, y pasan gran parte de su vida, gastan enormes cantidades de energía en negarlo y negárselo, yo pienso que ayuda mucho saberlo. Saber lo oscuro que también es uno. Saber de la posibilidad de ser tan agresivos, tan inmundos. Estar prevenidos. Estar atentos. Conocernos. Saber. Decidir. En esto sí que me parece que está bueno gastar montones de energía. Esto sí lo valoraría de los sillones psicoterapéuticos. Si nos enseñaran a ver, si nos dejaran mirar lo malo y loco que también somos, para vernos enteros, en un todo, para tomar mejor nuestras decisiones, para no irnos a engaños, para recordar, para comprender, para reconocer, para que dentro de nuestras posibilidades, lo podamos manejar. Por lo menos los que tengamos ganas...

¿Condición humana? No sé a qué se refiere exactamente. Tengo que pensarlo más.

Sólo sé lo que se muestra, lo que se elige, lo que se deja ver, en una etapa determinada. Y que además se está en permanente cambio y movimiento. Es todo. No me doy cuenta de nada más.

Me siento conforme con mi falta de sabiduría, en definitiva es mi gran duda, mi preocupación, me desvelo con lo humano, y la conclusión a la que pude arribar, es que no sé.

Trato de juzgarme, trato de ser drástico conmigo mismo, crítico, porque quisiera dejar alguna enseñanza más, una reunión más, una charla más para mis alumnos, sobre el asunto humano, y realmente me da que estoy conforme con mi ignorancia. Hice lo que

pude para desentrañar el misterio. Hice el esfuerzo. Armé mi batalla, y luché muy duro. La conclusión es esta gran duda que he dejado planteada, y también esta pequeña certeza: la certeza de todo ese todo que somos, de todo ese entero, de todo lo que está allí, de todo lo que nos forma; y también que, en cierta medida, cada uno puede pelear muy duro para optar, aún con todo lo contradictorio que aparecerá, está esa posibilidad de escoger.

Estoy tranquilo. Hice de verdad el esfuerzo. Por entender. Por elegir. Por hacerme responsable.

Así será entonces, éste será el contenido de mi próxima clase, si la pudiera dar.

XII.

En esta hora de juzgarme, de ser crítico conmigo, de analizar mis conformidades y desconformidades, me doy cuenta que sólo tengo un tema muy fuerte, pesado, en el que debe. Es un tema muy íntimo. Es el tema del hijo.

Yo he deseado, enormemente, tener un hijo. Además siempre quise un varón. No sé. A las niñas no las entiendo mucho. Son cosa más de las madres. Después crecen y las entiendo menos, son oscuras, dan mucha vuelta, se preocupan demasiado. Los varones en cambio..., me parece que me hubiera encantado tener uno, o dos.

Al principio de la relación con Cora, yo insistí para tener ese hijo. Me sentía capaz. Con ganas. Con muchas ganas de sacrificarme. De renunciar a mi tiempo, ofrendar mi descanso. Amaba a Cora, y el solo hecho de imaginarme criar a nuestro hijo juntos, me hacía sentir en el máximo de mi felicidad.

Pero Cora no quiso. Supongo que tenía razón. Fue más racional que yo, en esa oportunidad. Éramos muy jóvenes, Cora recién comenzaba a hacerse notar en su trabajo, un embarazo y un crío recién nacido le hubieran cortado su carrera laboral, son muchos meses, es más de un año afuera de todo. Yo trabajaba muchas horas también, no parecía para nada sensato. No tuve más argumentos. La razón la acompañaba. Lo dejé para después, convencido que sólo era cuestión de esperar un tiempo más. Como si la vida la pudiéramos decidir así. Como si pudiéramos estar convencidos de lo que vendrá, de cómo va a ser... qué ilusión más tonta, imaginarse que sucederá lo que uno disponga, cuánta omnipotencia, cuánta falta de sensatez.

Pasaron un par de años, o tres tal vez, y Cora decidió que estaba bien ahora, ya podíamos tener un hijo. Los dos teníamos un trabajo estable. Estábamos en paz, o mejor diría: estábamos un poco más calmos, un poco más sabios, con dinero suficiente para este nuevo emprendimiento.

Ahí resultó que no era mi tiempo. No podía en ese momento. Realmente no podía. Tenía todos mis pensamientos, mi energía, mis deseos, absorbidos en otros proyectos. Sentía que mi vida cambiaba muy rápido. Que tenía que aprehender todos los cambios, saber más acerca de mí, de mis nuevas alternativas. Invasión. Absorbido. Mi trabajo era apasionante. Pasaba muchas horas entre libros y reflexiones. Lo dejamos para el año siguiente, cuando yo me sintiera más animado, más acorde con la nueva situación.

Poco tiempo después, entonces sí, por fin, los dos, anhelando el hijo, coincidimos... Pues no se pudo. Sencillo. No había embarazo. Hicimos ambos diferentes tratamientos, se fue pasando el tiempo con todo esto. Nos aburrimos. Demasiado plan, mucha rigidez, demasiadas recomendaciones y consejos. Llegó un momento que teníamos que marcar en el almanaque los días que debíamos intentar concebir, menos espontaneidad imposible. En esa etapa del tratamiento comencé a sufrir un tanto de impotencia. Yo no quería que me silbaran en el momento justo que tenía que ejercer la masculinidad. Un atropello. Diré que para Cora tampoco era nada fácil. Para ella este estar pendiente, este obligarse a hacer el amor porque el almanaque tiene una marca, también ella se sentía atropellada por las circunstancias. Nos desgastamos. Y decidimos dejar todo como fuera, dejarnos llevar.

Entonces sí, nos reencontramos. Nuestros juegos sexuales comenzaron a ser nuevamente satisfactorios, para luego convertirse en placenteros. Volvimos a ser nosotros mismos. Con nuestros deseos, nuestros tiempos, nuestras formas. Volvimos a disfrutarlos.

Pero de hijos, nada. Hasta que se pasó la edad. Hay una edad en la cual uno mismo, por más deseo que haya, no se imagina con un crío indefenso. Hay etapas para eso. O por lo

menos, nosotros dos pensamos así. Y entonces, cuando llegó esa edad, ya simplemente continuamos con nuestras vidas, tragando cada uno sus posibles frustraciones, asimilando nuestras posibles rabias, los deseos incumplidos. Continuamos con nuestras vidas, con la naturalidad de lo que se quiso pero no se pudo. Punto. Y aprendimos mucho. Lo de hacer planes, tejer un futuro, con la convicción de que lo que uno se organizó para después sencillamente va a ocurrir, porque sí, porque uno lo estableció. No colocamos en la gran olla el ingrediente fundamental, la esencia que determina el gusto de la comida; no ubicamos en uno de los platillos de la balanza, para completar la evaluación, la noción cardinal, básica: la alta probabilidad que las cosas no salgan como uno las determinó. La incertidumbre, el componente fundamental de la vida, la sustancia elemental de una preparación, el material constitutivo de cualquier edificación, el eje del saber. Si accedemos al conocimiento de la incertidumbre, complica bastante el ansia de vida tranquila y quieta para quien la tenga, pero ayuda mucho, se ajusta a la forma que tenemos de construir vida, se aproxima lo suficiente a nuestras verdaderas posibilidades. Se pudo hacer el esfuerzo de hacerse amigo de la incertidumbre. Sufriríamos menos.

Entonces quedó el tema en el debe. Para Cora no fue nada grave. Ella accedía a tener un hijo, le parecía natural, para ella era algo así como lo correcto, no debía privarme de semejante cosa. Casi diría que era un mandato de su género. Pero no lo deseaba realmente. Estaba tan ensimismada en su vida de estudio y trabajo, en su esfuerzo personal; le había costado tanto el sufrimiento con sus padres, que el asunto familiar no le caía muy bien. Nos prefería solos.

Yo en cambio, anhelaba aquello de formar mi familia, educar niños, verlos crecer, siempre sentí que los hubiera amado tanto...

- Esta historia no era para mí, compañeros, -les dije una vez a mis amigos-. Me dedicaré a tratar de disfrutar los hijos de ustedes, si me lo permiten.

Ellos me comprendieron.

...

Otros minutos de sueño, ¡qué debilidad mi cuerpo! Despierto, miro el reloj, pasaron ocho minutos. Es tan raro lo que me está pasando, es tan diferente... duermo porque sencillamente no puedo más, se me cierran los ojos, me desmayo, y me vuelvo a despertar en sólo ocho minutos como para empezar otra vez, con todas las luces prendidas. Claro que esta vez me dormí en el sillón, doblado, mal acomodado, esto se siente en el cuerpo; estoy dolorido, los músculos contraídos. Decido estirarme, hacer tres o cuatro sanos ejercicios de esos que aprendí hace mucho y que nunca usé porque nunca me interesaron.

En esos precisos instantes de sacrificado estiramiento muscular, irrumpe Clara. Imposible de detener, como siempre. Se impone con esa presencia envolvente, convincente, indiscutible. Es su derecho. ¿Por qué? Porque ella lo quiere.

Fuimos amantes en una época. Lo que más me ha quedado en la memoria, imborrable, fue nuestro primer encuentro amoroso. Podría contarlo una y mil veces casi con las mismas sensaciones, el mismo afecto. Amoroso.

Clara en la casa de campo, un pequeño descanso en su vida de locos. Yo podía estar con ella, porque era una garantía de paz. Con mi tranquilidad, con mi casi nula exigencia, con mi amor a Cora. Yo no iba a pedir ni exigir nada. Tal vez por eso mismo, es que nos soltamos tanto. Recostados enfrente a una estufa con leños ardiendo. Un calor distinto y mágico; un blues de vino, el volumen bajo, pero cercano; conversaciones íntimas,

descubrimientos, revelaciones. Un poco de cansancio al final, entonces nos reclinamos encima de la alfombra, una de aquellas alfombras con abundante pelo, macizas, de casa señorial. Pude mirarle el rostro y descubrir su profundidad. Sus ojos enormes y claros, transparentes de tanta evidencia, húmedos, anhelantes, tanta vida me causa emoción.

El cabello enredado, deja entrever pequeñas gotas de sudor. Una perla se forma en la frente, cae lentamente, temerosa de molestar esos ojos, rueda, pasea sobre su mejilla, y comienza a desprenderse... una gota que se convierte en un fino hilo de cristal tratando de escapar. Yo lo recojo en mi mano, acaricio la frente, apenas un contacto, un roce, con extrema suavidad. Acaricio la mejilla, casi estremeciéndome, con un fino temblor. Huelo el temblor de ella. También se estremece. Muy suave. Apenas.

Quiero besar esos ojos. Estábamos tan juntos que sólo bastaba una leve inclinación hacia ese bellísimo rostro, pálido, expectante. Quiero besar esa vida. El aliento nos une. Se confunde la respiración suya con la mía, se entreveran, nos cae en el cuello, apenas nos rozamos, siento la emoción, siento cada gota, siento el aire de sus pulmones, la palpitación de su corazón. La abrazo para mezclar tanta sinceridad, tanto deseo. El temblor ya es de cuerpos enteros, prontos para saborearse, para juntarse hasta hacer uno, único, mágico.

La unión de lo amable, el sabor de lo rico, el permiso para vivir, la expresión de lo bueno... esto es lo que tengo con Clara. Es lo que le da derecho a irrumpir. A mirarme. Hoy. Día viernes. A decirme que quiere su beso, para guardarlo y atesorarlo, porque es el beso de un amigo querido, de un amigo del alma.

Me mira profundamente. Sin miedo. Sin sonrisa. Sin placer. Sin tristeza. Me mira. Profunda. Clara. Me penetra. Vino a buscar su pedacito de mí. Vino a buscar su parte. Se lo doy, este beso, envuelto con todo el cariño del que soy capaz de dar. Ella lo toma en su mano, y lo guarda en una hermosa cajita, que reconozco: es la que siempre usaba para guardar su yerba. Allí mismo guardó mi beso. Cerró la cajita. Me miró para siempre, y me dijo hasta pronto... mi amigo.

Me saltó una lágrima, apenas la vi partir. Ella también ha madurado, ha cambiado. A ella también la atraparon los tiempos y la envolvieron con otras túnicas.

Tal vez haya sido la que cambió menos drásticamente, la que no sintió ninguna convulsión, ningún derrumbe; su paso por el tiempo ha sido más armónico, más suave, más volátil. Aún así, creo que ha transitado aquello que llaman la maduración afectiva. Cuando los sentimientos y las pasiones, los conceptos y las ideas, comienzan a entenderse entre sí, comienzan a comunicarse, a aprender unos y otros, logrando una especie de congruencia interna, de equilibrio energético. Clara viene transitando de esta manera; me enorgullece y me produce envidia; me colma nuevamente de deseo, de deseo de vivir, porque se puede, porque puede ser tan hermoso, como lo eres tú, Clara...

XIII.

Recuerdo que en aquella época, Cora se dio cuenta de lo sucedido con Clara. Claro que se enojó, ¡y mucho! Nuestra relación se convirtió de la noche a la mañana en un reclamo atrás del otro, un enorme malestar, una traición.

Yo la entendía. No me sentía para nada culpable, pero la entendía perfectamente. Si algo siempre mantuve claro en mi cabeza, es el respeto que me merece Cora. Ese respeto que me hacía siempre ser tan honesto conmigo, y al mismo tiempo, ocultar algunas cosas.

Si de algo me arrepentí, fue no haber podido esconder ese momento tan íntimo y tan mágico que viví con Clara. No haber conseguido ocultárselo a Cora. Por supuesto no fue porque yo le haya dicho nada. Era un tesoro íntimo, un secreto, un rincón de mi alma que no estaba expuesto para los demás. Clara sabía vivir las cosas así también. Compartíamos esa forma de ver las cosas.

El problema fue la fina percepción de Cora. Todavía no sé cómo ni por qué, pero Cora sabe todo respecto a los sentimientos y avatares humanos. Simplemente se le revelan. Digamos que sobre las cuestiones humanas, es una bruja sabia.

Claro que yo nunca admití nada. Pero ya era absurdo. Los dos sabíamos que los dos sabíamos. Su desilusión fue grande. Su orgullo herido. Su rabia por no poder confirmarlo. Su duelo.

Pensé mucho en esto, en esta reacción, en este dolor. Pensé porque sentí que tal vez yo hubiera reaccionado muy parecido si todo fuera al revés. Pensé, porque Cora y yo somos dos amantes de la vida; con gran entusiasmo por enriquecer todo lo que podamos nuestra libertad. Nunca quisimos ayudar a reprimir al otro. Nunca nos gustaron los pactos que no estaban buenos para cumplir. No nos juramos fidelidad eterna. Nos juramos respeto.

Respeto para nosotros tiene que ver con ser tenido en cuenta, contemplarnos, considerar el espacio que ocupa el otro. Es nunca olvidarnos de quiénes somos, confiar en el amor del otro y en el de uno mismo. No lastimar, no hacer daño. Querer su vida, sea compatible o no, sobre todo querer la vida del otro. Todo esto es respeto para nosotros. No sé si alguna vez nos dijimos exactamente estas palabras. Sí sé que fue un pacto, el único, hecho de alguna manera. Porque esto lo sabemos los dos.

Pensé mucho, y sólo me pude dar cuenta de lo difícil que es este tema; bastante pueril mi conclusión, ya lo sé; pero no pude colegir nada más inteligente. Sólo saber y recordar que cada uno es celoso de lo suyo. Creo que muchos tenemos la fantasía de que la persona que amamos y que elegimos para compartir la vida, es, de alguna manera, nuestra; la poseemos, tenemos derechos sobre ella. Forma parte de nuestro dominio, el logro, lo propio. Queda feo decirlo, pero de verdad creo que muchos, íntimamente sentimos esto. Por eso nos duele tanto enterarnos que nuestra o nuestro amante no nos pertenece en forma exclusiva.

Sucede aquello del orgullo herido, el narcisismo hecho trizas, y también aquello de la vergüenza ante los otros. Porque no he encontrado a nadie honesto que me niegue que en lo más íntimo, les duele también lo que los demás piensan de uno cuando ocurren estas cosas. Les hiere quedar como los pobres idiotas ante el prójimo. Todo esto para mí es así: ni malo ni bueno, simplemente sucede. Entonces respeto también es vivir estas ocasiones sin que se haga público, verdaderamente en forma privada, para no herir la sensibilidad del otro. Respeto y madurez, propia y ajena.

Difícil, la verdad. Se tienen que dar muchas condiciones ideales. Todo muy sensato y equilibrado, todo muy sano, muy limpio. Tal vez sea por esto que he sido sobre todo fiel

a Cora. Porque es tan difícil cumplir con las condiciones aceptables para mí mismo. Es tan raro que se tenga la oportunidad de vivir algo tan claro, tan límpido. Que al final, uno hace la cuenta, y le da que la mayor de las veces, ha cumplido con el santo sacramento de la fidelidad.

Ya saben que conozco a Cora desde bastante jóvenes. Una vida a su lado. Sobrevivimos a todas nuestras etapas, a las distintas épocas y evoluciones. En todo este tiempo, he mantenido algún que otro amorío, únicamente con Clara. Porque fueron situaciones imperdibles, absolutamente ocasionales, sin dolor ni promesas, sabiendo que tenían un comienzo y un final marcado. Cumplía con creces mis condiciones.

Sé que para ninguno de los dos, ni para mí ni para Cora, hubiera sido tolerable mantener una situación amorosa por más tiempo que la propia situación, como algo puntual, momentáneo, una vivencia, única, admirable, y se terminó. De lo contrario, lo habiéramos calificado una mediocridad. Lo habiéramos considerado no saber elegir, no arriesgarse, no agarrar la vida creada, no jugarlos.

Esto es porque Cora y yo somos personas que no le tenemos miedo a los cambios, y que sabemos escoger. A ninguno de los dos nos asustaría enterarnos que no nos queremos más de esta manera tan especial que nos hace vivir juntos; o que nos enamoramos de otro porque estas cosas pasan. Sabemos elegir. Me gusta saber que siempre con Cora compartimos una ética, que supimos y sabemos vivir, que no tenemos miedo. Lindo.

Entonces claro, me imagino que se preguntarán por qué tanta historia con la situación con Clara. Bueno, es explicable. Porque se trataba justamente de Clara, de nosotros, del grupo, de los amigos.

Aquella etapa de celos de Cora, cuando descubrió, mediante mensajes que le regala la naturaleza, mi encuentro con Clara; aquel difícil período finalmente lo apagó el tiempo. El problema del malestar excesivo de Cora era porque se trataba nada menos que de una mujer del grupo, una de nosotros. Se parece a una traición. O a una de esas cosas que vale la pena inhibirse porque no deben suceder. Esto yo también lo consideraría así, salvo porque se trataba de Clara: para ella estas vivencias no tenían relación con la amistad ni con el grupo. Una persona podía vivir una historia con Clara, y al día siguiente ya parecer que nada sucedió; uno hasta podría dudar de su propia vivencia; ¿estuve con ella realmente? ¿por qué parece como si nada hubiera sucedido? Porque así era Clara: un día era un día, el otro día era el otro día, y no parecían guardar demasiada relación uno con otro. Cada día, cada hora, lo vivía con toda la intensidad. No hay más. No se proyecta. No continúa.

Como decía, este suceso de celos incontrolables, los lavó el tiempo. Tan sencillo como eso. El tiempo decidió terminar el caso, cerrar el archivo. Cora necesitó su proceso para primero reprocharme, luego enojarse, odiarme, hasta acomodarse con la realidad, rumiar, encontrarse, y convocar a lo que siempre fue su sabiduría: la vida es así, muy rica e impredecible; nosotros somos así, muy ricos e impredecibles.

Por lo tanto sólo hubo que dejar pasar el tiempo sabio, encargado de separar las aguas, calmar las tormentas, situar las diferentes piezas, cada una, en un lugar, sin entreveros, sin mezclas, sin oscuridades. Sobre todo la distancia, nos hace ver las distintas situaciones en sus distintas perspectivas. Acaba por enseñarnos sobre cada uno de nosotros. Sobre lo importante y lo que no lo es tanto. Sobre el lugar. Sobre los sentimientos. Sobre las posibilidades. Sobre esta vida que estamos creando. Pero más que nada, sobre lo importante y lo que no lo es.

Esto para mí es tan fundamental, que constituye una de las primeras clases que brindo a mis alumnos en el programa anual. Los conmino a investigar y formar opinión acerca de lo que resultó importante y lo que no en determinado relato histórico que tomo al azar. Es todo un ejercicio. Los alumnos quedan desconcertados. Sólo cuando culminan el

trabajo, y lo ponemos a consideración desde una perspectiva filosófica, recién ahí se destraban y comienzan a entender. Comprenden el significado de lo que implica en la práctica lograr discernir, ante cada situación de conflicto, qué realmente es importante y qué no lo es. Más allá de las culturas, más allá de los demás, más allá de los mandatos, más allá de las reglas; uno mismo, discernir, si realmente es importante o no. Así es para mí como es bueno construir las decisiones y echar un vistazo a los acontecimientos.

No estoy seguro si Cora hizo este proceso o siguió algún otro que no conozco, pero sí sé el resultado: el paso del tiempo le permitió a Cora descubrir qué era lo importante, y decidió que se acabó el malestar y los reproches, porque lo importante es nuestro amor, esa preciosa forma de querernos que hemos tenido siempre.

...

Ya está transcurriendo la tarde, soleada y fría. Veo por una de las ventanas del escritorio, la que deja ver el parque, y saboreo toda esa gente tan distinta que pasa, que transcurre. Cada uno tendrá una preocupación particular, cada uno se dirige hacia algún lugar, cada uno tendrá su recuerdo. Van casi todos con gruesos abrigos, algunos con guantes, por eso sé que se siente frío allí afuera, a pesar del sol.

En estos mismos momentos, me siento seguro de que si pudiera, Elbio estaría cruzando ese mismo parque, bien abrigado, con sombrero y guantes, con jeans y botas, estaría cruzando el parque sólo para venir a visitarme, para estar conmigo, para conversar, si pudiera Elbio, yo sé que estaría aquí.

A Elbio lo quisimos tanto... con su tensión intelectual, que a veces no era tan intransigente, ni mucho menos; con su por momentos patético idealismo; con sus esquemas de vida, con su capacidad para juzgar a los otros basándose en una ley y moral universales, únicas, determinadas por los "buenos del mundo"... así y todo, siempre comprendí mucho a Elbio; siempre pensé que era una magnífica persona; fue muy querido en mi hogar.

Él recorrió un mundo que yo no conocí más que por sus cuentos y su mirada. Era una persona sensible, madura, que supo de otras culturas, de otras injusticias, de otras crueldades, y que decidió que en la historia de la humanidad había dos bandos, y que él se encontraría siempre en uno de ellos como un luchador.

Recorrió la América Latina de principios de los sesenta, o incluso desde antes, fines de los cincuenta, no recuerdo exactamente. Vislumbró su gente, sus indios, campesinos, terratenientes, milicos, sus pobres y sus ricos, sobretodo sus pobres, muy pobres, que fue lo que más le impresionó.

Conoció la vida dura, el sometimiento, la injusticia. El dolor, las heridas. Lloró con hombres, con mujeres y niños de vidas deshechas; desbaratadas por otros sinvergüenzas que se disponían a reinar, enriquecerse, y castigar. Supo de gran parte de estos lastimosos castigos. Distinguió la esclavitud, observó vergüenzas humanas incontables.

Lo supo, todo esto, al mismo tiempo que recorría esos hermosos campos, en muchos lugares, suaves y ondulados, abiertos; en otros lugares, campos de cordillera, montañas, abismos. Campos que recibían al visitante como abrazándolo, con montes para ofrecer su sombra, largos caminos para brindar silencio y soledad, recogimiento. Pequeños carros, animales dispersos que observan el andar del caminante, sin molestar, pretendiendo no ser molestados.

Tanta paz, tanto verde, amaneceres amorosos, de colores intensos, como miradas del cielo llamándole, acariciándole, lamiéndole con sus miles de lenguas rojas, naranjas, amarillas.

Los gallos que le despiertan, le avisan que ya es hora, caminante, sigue tu camino, que yo te resguardaré. Este cielo protector, guía de espíritus, se termina abriendo en un azul claro, para iluminar y encender cada planta, cada árbol, para que el caminante sepa, que aquí está la vida. En estas tierras, de niños que saludan a su paso, de gauchos a caballo, avisando que hay trabajo, que hay una tierra que necesita de todas las manos para abrirle, y ayudarle a parir.

Todo esto me pudo transmitir Elbio, y yo siento junto con él la profundidad, la inmensidad, los sabores, los contenidos.

Estas tierras vividas por Elbio, tan relatadas, tan pintadas por él, hasta lograr que sin haberlas visto jamás, me emocionara con cada paso; Elbio llora, y yo trato de entender. Es que en estas tierras conoció toda la naturaleza humana.

Sé que más allá de sus discursos, Elbio también percibía, también aprendió, sobre lo malo y lo bueno que podemos ser. Una de nuestras diferencias fue que así decidí dividir el mundo: en bueno y malo. Fue su forma de sobrevivir a tanta angustia, y a tanta impotencia. Decidió que los humanos tenemos un gran poder si lo quisiéramos usar, y que todo se trata de determinar cómo lo vamos a usar, al servicio de quiénes. Es el gran poder de elegir qué camino se va a tomar. Aún perteneciendo al lado rico y sano de la ecuación, quiénes son los que eligen separarse de esta ecuación azarosa, y dedicarse, con todos los costos personales que implique, a defender a los más débiles. El colectivo versus el individuo. Contraposición nefasta, mal calculada, mal pensada, para mi gusto.

Así fue que Elbio vivió una gran parte de su vida. Intensamente. Convencido. Una vida rica, triste, con pánico, con enormes emociones, con suspenso, con tensión y con amor.

Sus amigos, en esto de los dos bandos, estuvimos siempre de su lado. No a su manera. Cada uno como quien era, cada uno como lo decidió. De los dos bandos, estábamos en el suyo. Elbio lo sabía. Se enojaba con nosotros la mayoría de las veces, casi por deporte, por cariño. ¿Esto es a lo que se le llama valores compartidos? Puede ser. Unidos bajo una misma ética, implícita. Sin exponerlo en palabras, fuimos seguidores de un mismo tótem, confundimos y encontramos nuestros rezos en un gran rezo común, que nos hizo sentirnos unidos, amigos por siempre. Hasta ahora, y lo seguiremos siendo. A pesar de las diferencias, a pesar de las distancias. Esto también es la amistad.

Sé que Elbio pensó en nosotros cuando lo encontró la muerte. A todos nos quedó algo como herencia, nos marcó el alma. Yo no podía estar de acuerdo con Elbio aunque lo comprendiera, no podía seguirlo, no podía dejar de pelearlo; pero en mi alma, aún tengo la cicatriz de aquella herida profunda, de ese vacío que se me generó con su muerte. Estuve mucho tiempo tratando de no entrar en la culpa, ¿o entré y después salí? Elbio hubiera detestado que me sintiera culpable. Él pensaba que yo me había elegido bien, que cada uno tenía que respetar su encuentro con lo bueno. No todos teníamos que hacer lo mismo. Nunca me pidió que siguiera sus pasos, ni que tratara de sentir como él. Discutíamos sí, mucho, pero ahora sé que no discutíamos para convencernos, sino para marcar la pasión de cada uno, marcar las dudas y las certezas, para marcarnos.

De esto habló un día que vino al continente, de visita, por más de una semana, durante la cual nos encontramos todos los días. Todos juntos. Volvió a mirarnos, trató de entendernos, sé que pudo disfrutarnos, a cada uno de nosotros. Esa vez fue distinta a cualquier otra.

Largas veladas de muy buenos vinos, comida exquisita, muchos cuentos, anécdotas, reflexiones. Abrazos, cercanías. Disfrutó de cada uno de nosotros, lo sé muy bien.

Amigo. Rió con la ironía del ambiente, con el humor sarcástico, con los diferentes crecimientos. Por única vez, no le reprochó nada a nadie. Él sabía que se había metido en un camino demasiado personal, que no admitía que lo juzgáramos, y así entendió que él podía hacer lo mismo con nosotros: respetar nuestros propios caminos, sin ser juzgados. Qué cambio tan inmenso para Elbio.

Esa vez nos disfrutó, porque vino a eso. Vino a despedirnos. Sin decirnos nada. Vino a aprender y saborear todo lo que nosotros teníamos para él. Fue una suerte haberlo tenido entre nosotros. Fue una suerte, que esa semana, todos estuviéramos tan bien, tan juntos. Esto también es la amistad.

Ivette era la única que conoció personalmente un pequeño país de la América del Sur. Un paisito chiquito y amable, según ella. Fue unos meses por trabajo, y pudo conocer bastante. Sus cuentos eran diferentes a la mayoría de los cuentos de Elbio. Ella vio pobreza, sí, descarada, pero la vio en un país donde los buenos no eran tan buenos ni los malos tan malos. Pero sobre todo porque era muy chiquito; la percepción de Ivette es que las cosas que ocurrían se debían a la cultura aldeana, y en las aldeas, si bien hay diferencias y discriminación, la ayuda mutua, la solidaridad, la amabilidad, son más comunes, porque son algo así como todos vecinos o familiares.

Elbio conocía realidades diferentes, con poblaciones heterogéneas, rotas, divididas, con diferencias sociales pasmosas, con discriminaciones que llevaban la marca de la maldad. Pero al mismo tiempo, formando parte de la misma ecuación, eran poblaciones en las cuales imperaba el color, la alegría, el desparpajo, el sabor. Países riquísimos de vida y torturados de muerte.

- A pesar de lo que te cuento de mi aldea, no quiere decir que haya nada demasiado bueno -apunta Ivette-. Comparando, te diré que hasta lo que yo sé, este paisito es tan homogéneo, que para sus habitantes los diferentes no son diferentes, sino que son raros; son observados como animalitos de circo. Entonces se presentan como unas gentes amables por un lado, y al mismo tiempo déspotas, ya que tienen una enorme capacidad para discriminar; son racistas, intolerantes. Claro que no se dan cuenta, o dicen no darse cuenta. Las personas que conocí realmente están convencidas que en su país no hay racismo, no hay discriminación, y además de todo dicen ser abiertos y flexibles, ¿te puedes dar cuenta? Parece de locos.

- Puede darse el caso -aporta Juan-, que en una población pequeña y homogénea, estén culturalmente convencidos de su tolerancia, porque así fue como se construyó su identidad; creen que van por ahí queriendo a todos, ayudando a todos, sean como sean, porque en realidad nunca se enfrentaron más que en el imaginario con esas situaciones. No saben lo que es tener al lado alguien tan pero tan diferente. Cuando aparece este tan distinto se asustan, porque es raro. A través del miedo justifican su incapacidad para integrar.

- Es cierto -continúa Ivette-. Una cosa es el imaginario de una pequeña población que se siente amable, y otra cosa es esa misma población sometida a la prueba de mezclarse con diferentes en la realidad. Si no se conocen en esta mezcla, entonces perfectamente pueden seguir creyendo que no discriminan. Cuando aparece ese distinto, le temen y lo apartan, entonces inmediatamente encuentran un justificativo para esta acción: parecía que iba a robar, o se les hizo sospechoso de algo, o quien sabe qué.

- Además de esto -continúa Elbio, complementando las ideas de Ivette-, también son arrogantes a su manera. Sólo conozco a muy pocas personas, es atrevido de mi parte emitir juicios, pero se los cuento: he encontrado que se consideran diferentes en el sentido de ser mejores; se consideran superiores, no sé, más vivos, más heroicos, más cultos, como si fueran los elegidos del continente, tanto que ni siquiera reparan en lo atrasado que están, lo oscuros, lo grises que se encuentran.

... Y así podían continuar horas si los dejaban, Elbio e Ivette, ¿se imaginan? Pues nosotros no, no lo podíamos creer. Complementándose. Hablando sobre sus diferentes lecturas. Elbio diciendo que era atrevido por emitir juicios sobre terceros. Parecían dos adultos responsables y amigables, respetuosos y complacientes. Los demás, tomábamos vino y mirábamos incrédulos el espectáculo que ofrecían. Casi perfecto. Tan perfecto, que rápidamente entendí que aquí había una despedida, un adiós, un hasta siempre.

Es increíble todo lo que logra la cercanía del final. Lo que logra la sola idea de la muerte. Elbio sabía que iba a morir. No soy una persona inclinada a misticismos, pero debo reconocer que Elbio, a pesar de que murió de repente, a pesar de lo accidental, Elbio de alguna manera sabía de su próxima muerte. O al menos se comportaba así.

Creo que todos los que somos honestos con nosotros mismos, y los que no somos demasiado cobardes, sabemos, siempre supimos, de la muerte. Y la aceptamos con angustia, o con rabia, o con desprecio, o con complacencia. La realidad es que está ahí, sabemos que es parte de la vida, justamente la parte final, es un hecho, un dato, que no podemos obviar.

Sin embargo, aunque siempre supimos sobre ella, ante su cercanía se produce un cambio; hay una nueva mirada, un entendimiento diferente, se descubre algo que antes nos era ajeno. Parece que aprendiéramos de un golpe qué es lo verdaderamente importante.

Aprendemos también sobre lo hermoso que tenemos, lo gratificante de lo que nos rodea. Antes tal vez algunos supiéramos de esto, de lo hermoso, de lo importante, pero siempre está el otro deseo, lo que no se tiene, lo que falta, lo que no está bien o lo que podría estar mejor. Esto también es un dato. Creo que sucede así. Cuando nuestra muerte es lejana, nos preocupamos mucho por los deseos incumplidos, por mejorar lo que tenemos, por perfeccionar, por lograr, por subir un escalón más. Cuando se acerca el final, recién allí podemos, algunos, encontrar esa paz que nos permite admirar, agradecer, nos permite sentir que es suficiente con esto, lo que tenemos, lo que logramos. Es suficiente, casi por primera vez en nuestra trayectoria de vida. La admiración de lo que hay, el deseo complacido por la sola existencia.

- Tal vez ésta sea la anticipación -me dijo Juan, luego que Elbio se fue nuevamente-. Claramente Juan también quedó pensando en lo que habíamos vivido. Tal vez sea así cuando nos damos cuenta que estamos terminando –continuó diciendo-. Es cuando ya no nos apetece ningún cambio, nada nuevo, nada que sea diferente, nada para torcer, porque como está, está perfecto, suficiente, agradecido. Lo que hay es mucho, es más de lo que se puede abarcar.

- Pero también sabemos que en la vida de algunos siempre ha sido así –respondí-. Para algunos puede que siempre hubiera más de lo que consideramos se puede llegar a abarcar. Sin embargo no actuamos como si fuera así, al contrario, perseguimos más aún, conquistamos nuevos territorios, corremos, perseguimos.

- Supongo -dice Juan-, que esto mismo es lo que permite hacer funcionar el motor que produce vida: lo que permite la ambición, la superación, el desarrollo, la innovación, los cambios, los riesgos, la imaginación. Supongo que es así como movemos la historia, la creamos, la construimos, la hacemos vibrar. Cuando se está terminando en cambio, ganamos placidez, ese instante de sabio cansancio, esa distensión, y es así como comprendemos, como saboreamos, como nos complacemos... justo al final.

Todo esto le estaría pasando a Elbio, porque recuerdo que en muchos momentos, por esos días, a Elbio se le iba la mirada al más allá, a la lejanía. ¿Qué veía que yo no podía ver junto a él? Esa mirada del conocimiento, de los sentimientos. Ese tipo de mirada que únicamente un hombre solo puede tener. Amigo.

Observé su calidez, contemplé su soledad y su impotencia. No sólo nos sorprendieron los acuerdos con Ivette, su amabilidad, su condescendencia. Nos sorprendió todo él, porque estaba viviendo algo que nosotros no podíamos acceder. Nosotros aún estábamos en el camino, y él estaba en el final.

Mi querido amigo, sé que hoy, a estas horas, tú hubieras cruzado este parque, hubieras venido a darme un abrazo, a decir que los buenos como yo, tenemos un lugarcito en el universo esperándonos, recibiéndonos. Vayan estos recuerdos para abrazarte, amigo mío.

XIV.

Me puse a llorar amargamente. Ahora sí. Nostalgia. Yo no quería entrar en esto, pero los pensamientos, los recuerdos, esos malditos se imponen, me invaden, no lo pude controlar. Mucha vida. Mucho amor. Amigos del alma. Pérdidas horribles. Vacíos inmensos. Ahora sí me quebré. Me invade la angustia. La angustia de la nostalgia. Ya no son recuerdos, son vivencias intensas que simplemente no tendré nunca más. La pérdida. Lo que nunca más voy a tener, ni siquiera en el recuerdo.

Cora me invita un rato al dormitorio, se recuesta a mi lado, estamos tendidos en la cama, un pequeño descanso, o remanso. Viene a acompañarme, seguro que escuchó los sollozos, seguro que adivinó mi mirada. Se trata de algo más que la nostalgia. No sé cómo se llama. Creo que a esta altura, ya tan avanzado el día, me estoy sintiendo cada vez más vulnerable. A pesar de todo lo que pienso, a pesar de todo lo que les he contado, con tanto recuerdo vuelvo a vivir la desdicha de las pérdidas, los vacíos, las amarguras. Tan lindo es lo lindo, tan agradable la amistad, tan impresionante el amor, que ante su pérdida, se siente el amargor, el espacio oscuro, ese túnel negro e interminable, que nos hace sentir estar a la deriva, indefensos, con lo que no sabemos, con la incertidumbre, con la ansiedad que genera la idea de la nada; comienza a aparecer el miedo.

Tengo que tratar de cambiar estas sensaciones, hacer el esfuerzo de ver lo hermoso que aún tengo. Tengo que poder palpar con lo intenso de mis sentimientos. De mis sentimientos gratos, agradables. No puedo dejar ahora que me consuma esta tristeza tan amarga. Me asusta. Me deshace. No. Tengo que hacer otro intento. Por ejemplo Cora, puedo recurrir a Cora nuevamente; pensar en ella, me recuerda lo amable. Cora, lo vivo, ahora mismo, comprendiéndome, apoyándome, dejando que descansa a su lado, haciéndome sentir su compañía incondicional, volviendo a generar esa necesaria seguridad, recordándome a mí mismo, aquello de mi confianza y determinación, aquello de mi claridad, de mi profundidad, de mis certezas. Con ella, junto a ella, puedo respirar lo mejor de mí mismo. Se expresa lo mejor de mí mismo. Me recuerda lo mejor de mí mismo.

Estás suave, Cora, linda, ya tan entrada en años. Vistiendo deportivos, suelta, agradecida. Dejó de lado todos los reclamos que sin duda tendrá. Dejó atrás sus desacuerdos, sus regaños. Quiere estar limpia ante mí, unida por todo lo grande, lo amable, lo honroso. Ella también recuerda. Nos recuerda a todos. Nuestras manos entrelazadas, ambos mirando el techo, como queriendo leer y adivinar. Juntos.

¿Sería bueno creer en algún Dios? ¿Sería tranquilizador imaginarnos eternos? Capaz que sí. No lo sé. Cora tampoco lo sabe. Lo cierto que estas manos entrelazadas, estos cuerpos juntos, dicen mucho, tranquilizan, se apoyan. Nos une una historia muy diversa, muy larga y muy diversa.

No necesitamos ningún dios, nos tenemos a nosotros. Sabemos de nuestro miedo pero nos atrevemos con él. Hemos resuelto en nuestra vida ser suficientes con nosotros mismos; hemos decidido que somos imperfectos, que navegamos en la incertidumbre, que entendemos poco, y que aún así, nos seremos suficientes. No nos inventaremos ninguna historia nueva, ningún nuevo cuento para soportar el final, porque nos hemos osado a aceptar el final. No nos quedaremos siquiera a leer los créditos de la película. Si termina, pues es el fin. No inventaremos excusas para quedarnos, para imaginar que igual todo sigue. Cuando algo acaba, es simplemente así, concluye, y nosotros nada podemos hacer para cambiarlo; sólo podemos vivirlo con la misma intensidad con la

que hemos encarado casi todo en nuestra vida, con el mismo atrevimiento, yo diría incluso: con la misma arrogancia.

Nuestras manos entrelazadas, nuestros cuerpos juntos, nuestras miradas furtivas, sabihondas, nuestras respiraciones sincronizadas, todo esto nos demuestra, en lo más íntimo, que no, que para nosotros dos, no sería bueno creer en ningún dios, ni sería tranquilizador imaginarnos eternos. Ya aceptamos, desde hace mucho tiempo, que las realidades son como son y no como nosotros pretendemos que sean. Esta frase se la he dicho ya en varias oportunidades, ¿verdad? Lo que demuestra que se la puede ver desde diferentes perspectivas; no sólo era una frase referida a la política de una época, era una frase mucho más profunda, una frase de vida; de esos enunciados, de los que es bueno poder aprender.

Queda sí en nuestras manos elegir cómo serán vividas, estas realidades; en qué lugar, de qué manera, con quiénes, haciendo qué cosas, por uno mismo y por los demás. Nosotros hemos elegido. Cora seguirá eligiendo. Considero que nos fue muy bien en esto.

Cora en estos momentos me está hablando. Yo no lo necesito. Pero ella sí. Me está diciendo que está conmigo, queriéndome tanto como el primer día. No importa todo lo que pasamos, los amores, las discusiones, las peleas, los encuentros. Con una mirada a lo ya vivido, siente que está conmigo, queriéndome tanto, agradeciéndome por mi vida.

No sé si estuve bien cuando le propuse separarnos. Fue un acto casi impulsivo. Esto ya se lo dije, lo sé. Es que yo sabía que comenzaría a vivir etapas desagradables. Se los quiero explicar. Soy muy orgulloso. No me gusta que me vean si me estoy deteriorando. No me gustan los declives, y mucho menos que me vean cayendo, resbalando, hacia algún abismo. Una cosa es cuando dos personas van envejeciendo juntas; otra cosa muy diferente es cuando sólo uno cae, se desploma, se desintegra.

No soporto ni siquiera la sospecha de que puedan sentir lástima por mí. Y una persona que vive conmigo en la intimidad, se da cuenta hasta si me salió un nuevo granito en el pecho. No quise. Muchas veces hubiera tenido la duda, sobre si está conmigo por lástima o no. No lo puedo soportar.

El deterioro progresivo me cohibe, me retrae, me da vértigo y náuseas. No lo soporto. Alguna vez pensé si uno mismo podría tener la fuerza y la determinación como para evitarlo. Sólo habría que atreverse, habría que saber que todo cuento tiene su final, y atreverse. En ese justo momento en el cual comienza el deterioro, la caída, el precipicio; hay un justo momento en el que se abre una ventana de oportunidad para que uno pudiera ser el que elija... Pero no. Para mí, esto sería estar haciendo un discurso poco creíble. Yo justamente soy uno de los que no se animarían. Me refiero a esto de aprovechar la ventana de oportunidad y decidir uno mismo su propio final. No es para mí.

Si tuviera la ocasión, pues no me atrevería. ¿Es esto cobardía? Podría ser. No voy a negarlo rotundamente. Aunque en realidad estoy convencido que no tiene que ver con la cobardía, sino con la elección de seguir viviendo, todo lo que pueda. En primer lugar, siempre queda la esperanza, queda una pequeña luz, queda aquello del instinto de supervivencia, y entonces nos imaginamos que podemos, siempre podemos un poquito más. Nos imaginamos que está bueno saber cómo sigue, y que uno mismo no se lo va a impedir, no va a determinar lo contrario. En segundo lugar, porque la vida la quiero vivir hasta que culmine. No necesito desesperadamente evitar su desenlace. Y esto para mí es digno, es la vida digna, hasta el final.

Cuántas veces hemos dicho que está pasando un tren, y está en cada uno atreverse a subir o dejarlo pasar. Yo siempre he sido de los que se ha atrevido, es para mí una parte, un componente, de lo digno en mi vida. Pues hete aquí que también los finales son parte

de esa vida. También en esos momentos, si pasa el tren, uno puede atreverse y subirse a él. ¿Cuál es el tren en este caso? El Final. Te atreves o no. Te subes o no. Yo me subo, como casi siempre lo he hecho. Continúo con la vida hasta su último suspiro; me subo también al final, sin artificios, sin inventos, sin tratar de extender lo que está terminando. Aceptarlo. Vivirlo. Como todo lo he vivido, con esa intensidad.

Pero les estaba contando de mi decisión de separarme de Cora. De esta resolución que me ha hecho dudar tanto y tantas veces. Dictaminé que nos separáramos. Que siguiéramos siendo amigos, eso sí, pero nada de esto de la vida juntos.

Yo sabía que se venían dificultades mayores, y no quise que Cora estuviera atada a mí. Cuidándome. Entristeciéndose. No. Ella tenía que hacer su vida de otra manera. Sin mirarme tanto. Sin culpas. Libre. Aprender a vivir sin mí. Yo creo que cuando hace muchos años que vivimos con una persona, somos un poco cada uno y un poco los dos. Nos acostumbramos a lo que da el otro. Nos acostumbramos a dar. Nuestra vida la encaramos como relación de dos, no como solo. Como solo se hacen las cosas diferentes. Uno se tiene que volver a descubrir. Que volver a desear distinto. Es todo un trabajo, incluso. Yo quería que Cora hiciera este trabajo. Se encontrara otra vez ella sola, para armar una vida sin mí. A pesar de todo lo que yo la precisaba. A pesar de todo lo que yo hubiera querido que estuviera junto a mí. A pesar de todo. Fui muy generoso. Estoy tranquilo. Sí, fue una buena decisión.

Lamento repetirlo tanto, no se me escapa que me tengo que volver a argumentar y convencer. Porque en realidad, muchas veces, luego de mi planteo tan terminante, muchas veces dudé, pensé que no tenía por qué hacerme esto, que si Cora quería quedarse conmigo, por qué yo iba a evitar justamente lo que más necesitaba y a quien más precisaba. Cuánto había de generosidad, como a mí me gusta decir, y cuánto hubo en realidad de orgullo. Por momentos parecía un castigo hacia mí mismo. Entonces lo razonaba mejor, me tranquilizaba, tomaba aire, descansaba un rato, y volvía a decidir lo mismo: mejor solos, cada uno, que continúe armándose su historia.

Seguramente, había mucho orgullo, y un poco de generosidad. Fue así. Mejor seguir aprendiendo, seguir respetándonos. Es mi pretensión, esto de querer a Cora, y no necesitarla...; es mi fantasía, esto de que me quieran en mi plenitud, y no que me tengan pena...

No sé cómo llego una y otra vez a Cora. Sí, ya sé. Es para parar la tristeza que me invadió, para cambiar de canal en mi cerebro, para salir de la angustiada lloradera. Lo cierto es que con cada relato, aparece ella. Muchos años, mucha vida. Tanta vida –en verdad no tantos años– que con el recuerdo, con cualquier reflexión, ya aparece. Es que está siempre presente. Cuando está a mi lado, conversando, o cuando no está. Su presencia se me impone.

En los últimos tiempos juntos vivimos con enorme tranquilidad; sin demasiada pasión, tal vez; o más bien diría que manteníamos aún la pasión, pero en escasas y escogidas oportunidades. Sé que a veces sorprende cómo hacen algunas personas en nuestros tiempos para vivir tanto juntos, tan largo, con tanto cambio, seguirse encontrando. No sé cómo lo hemos hecho con Cora. Sé, como creo que ya les dije, que no ha sido fácil. En más de una oportunidad me he planteado seriamente la posibilidad de abandonar este proyecto común, porque hay veces que se hace tortuoso el camino, demasiado ríspido, por tan diferentes. Claro que dejo de lado la última separación, porque en realidad no queríamos ninguno de los dos separarnos. Fue simplemente algo trágico que decidí que lo viviéramos de esa forma. Creo que nadie lo tomó como nuestra pareja disuelta, ni siquiera nosotros mismos. Fue más bien nuestra relación estructurada de diferente forma.

Cora y yo supimos tener muchas peleas y discusiones. Algunas realmente fuertes. Parecía que se nos iba la integridad en ellas. Peleábamos como quien pelea por su vida, por su sentido. Sin embargo esto a lo largo de los años se ha apaciguado, pero no por pereza ni por costumbre; se ha apaciguado por aprendizaje, hasta por una maduración de la relación. Al punto que en los últimos años, nos podemos enojar, incluso enojar mucho, sin provocar una tragicomedia. Tal vez la vida con otra persona sea así. No hay que pensar demasiado ni producir grandes teorías. Es esperable que si dos o más personas están conviviendo a lo largo de años, pues se la pasarán peleando, desconfiando, desinteresando, amando, enorgulleciendo, provocando, queriendo, acompañando. Pasará pues de todo. No es algo propio de alguna relación en especial. Es así, para muchos.

Aquel cuento de hadas de la parejita feliz para toda la vida, es eso, un cuento, una fantasía. No somos así. Esto sería imposible. Estamos llenos de frustraciones, enojos, egoísmos, además de llenos de amor y placer. Si realmente alguien espera ser feliz para siempre sin pelearse nunca jamás, entonces se va a sentir muy mal, va a vivir muy a menudo con un pozo en el alma, con un agujero, con una enorme insatisfacción, porque se está esperando algo imposible, deseando vivir como príncipe o como princesa un cuento de hadas. ¿Por qué armar una vida de ilusión, si la podemos armar con una riqueza increíble, ésta, la vida real? Solamente tenemos que ver cómo son las cosas. Aquí volvemos otra vez: tenemos que vivir las diferentes situaciones como son y no como pretendemos que sean. Entonces armaremos nuestra vida con un poco de lo posible, y con un poco de lo deseable. No será lo perfecto y lo pleno que nos prometen las fantasías, pero será lo nuestro, y esto no es nada menor; porque entonces vivimos con todas las felicidades e infelicidades, y no con los vacíos ni los abismos.

Cora y yo nos hemos podido ayudar en esos momentos patéticos de cada uno, o momentos simplemente trágicos. Tal vez nos dimos cuenta recién con el paso del tiempo de cómo nos hemos ayudado. En diferentes ocasiones sentimos aquello del reproche -solapado, ensombrecido- por encontrar sólo un apoyo pobre, limitado, con sensación de escasez, de falta de coraje. Muchos reproches, que con el tiempo se fueron ubicando en el lugar que les correspondía.

El asunto es ver entonces, que el otro apoya en lo que puede, realmente en lo que puede, y no en lo que necesita uno.

Tal vez Cora vio esto algún día: que yo la he apoyado en lo que pude, y no en lo que ella necesitaba. Por eso volvió a encontrarme. Averiguó qué era lo que yo le podía dar, y qué era aquello que no podía.

Lo hermoso es aprender a pedir lo que el otro nos puede dar, sólo eso...

Pienso todo esto, aún en estos últimos dos años, cuando ya no vivimos juntos. Porque lo más profundo, lo más hermosamente compañero de nuestra relación, lo continuamos sintiendo hasta el mismo día de hoy.

Siempre me ha gustado vivir con ella. Me aparece una idea íntima, una imagen, un convencimiento, y es que con ella podría vivir muchísimo tiempo. Que está bien así.

Incluso cuando no está tan bien, está bien estar juntos.

Esta idea, que acepto que para muchos puede ser demasiado simple, para mí es exactamente lo que me permite tener paz.

XV.

Se oye el timbre. Nos interrumpe en buen momento, porque ya no quiero llorar, y esto de tratar de distraerme no lo puedo mantener mucho tiempo más. No quiero gastar energía en tratar de conducir los pensamientos, primero porque esto es demasiado costoso, y segundo porque me gusta la idea de la asociación libre.

Es Cora quien se levanta y recibe; aparece Juan. Tal vez lo traje con los recuerdos. Otro amigo del alma. Juan era la persona más cercana a Elbio, y también fue el que lo sufrió más. No le perdonó que se fuera por segunda vez a aquellas tierras lejanas; no le perdonó que no se quedara entre nosotros. Cuando murió, no pudo soportar no haberlo perdonado.

En una época, que ya hasta me es difícil recordar, Juan quedó, por un tiempo, jugando el papel del rey de la nostalgia. Sólo por un tiempo, porque es demasiado inteligente como para eso. Hasta que pudo superar el dolor por la muerte de su compañero. Hasta que pudo comprender y comenzar a vivir otra vez según su forma de ver las cosas.

Pero hubo un tiempo, que quedó atrapado en el pasado vivido con su mejor amigo; pasó a ser el ídolo del recuerdo, de la vivencia pasada, de la anécdota aprendida; quedó personificando el lugar común, lo que une, lo que sintetiza. Encontrarse en aquel tiempo con Juan significaba volver a escuchar sobre lo que hacíamos, las anécdotas, los espacios compartidos, los sucesos acontecidos. Una vez más.

Quien conozca a Juan, y también quien lo haya conocido, podía esperar de él una actitud totalmente diferente. Se podría esperar de él que muchos de los cuentos de nuestro pasado hubieran sido nuevamente relatados, sí, pero con una mirada crítica, irónica, risueña. Sin embargo no fue el caso, o para ser más justo diría que no fue el caso en ese tiempo. Porque en ese período que estoy recordando ahora, Juan estaba transitando por una etapa muy especial, durante la cual se había convertido en nostálgico de verdad. Vivía sus anécdotas una y otra vez, como reafirmando, reasegurando que estuvo muy bueno, que fue generoso, y también heroico. Supongo que tenía que justificar la muerte de Elbio. Cuanto más heroico era, cuanto más bueno y generoso, más sentido tenía la corta vida que le había tocado vivir a su amigo. O también podría ser así: cuanto más sentido se le daba a aquellas épocas, más vida cobraba nuestro amigo, más presente lo tendríamos, podríamos hasta hacer de cuenta que todavía seguía entre nosotros, sólo imaginando que estaba un poco más lejos...

Fue en ese tiempo que nos separamos un poquito de él, la verdad, estaba insoportable, incomprensible, incompañable. Se pegó más a su mujer y a sus hijos; también se hizo un nuevo amigo muy cercano, no recuerdo bien su nombre, pero sí recuerdo que le llamaban Tule. Entre ellos hicieron una yunta casi perversa, porque Tule vivía gracias a la nostalgia y los recuerdos de una época que ya fue. Sin embargo eran muy diferentes. Vivieron sus respectivas nostalgias en formas totalmente distintas. Yo siempre pensé que Tule simplemente era así, no le salía de otra manera. En cambio Juan, no lo era; a Juan le estaba pasando algo, estaba tratando de entender o justificar lo imposible: el por qué nunca había cuestionado o criticado conceptos que hoy entiende disparatados; el por qué no había podido explicarle a nuestro amigo Elbio que el rumbo elegido no estaba acompañado por la razón; el por qué nuestro amigo Elbio estaba muerto, sin siquiera haber entendido y vivido con otra sabiduría.

Tule en cambio necesitaba recrearse para no perder su forma, su explicación, su lugar. En él no era un mal período, él era así. Para Juan, se trataba de un mal período.

Hubo un tiempo que intenté salir con ellos, invitarlos a mi departamento, tratar de pasar ratos, beber algunas cervezas de vez en cuando. Lo hacía por supuesto por Juan, para

traerlo de vuelta al mundo de los vivos. La verdad que no pude, me terminé alejando, haciéndome siempre el que estaba muy ocupado. Juan no se podía separar de Tule, no lograba vincularme con él en forma independiente. Supongo que sentía una especie de obligación para con Tule, sentía un deber moral, porque Tule era débil a su manera, era frágil, era necesitado. Confieso que todo esto me aburría sobremanera. Mucho problema, no era para mí.

Para ser franco, yo no soportaba aquello de los recuerdos cada vez más fantaseados, cada vez menos relatados y más vivenciados; no soportaba aquella necesidad de averiguar sólo a través de un pasado el asunto de quiénes eran, a dónde pertenecían, de averiguar sólo de esta complicada manera quiénes fueron y son sus amigos. Entre ellos se vinculaban así. Un enlace macabro. Duró muy poco, porque Juan era y es un verdadero pensador, y pudo superar todo el dolor, y volver a vivir.

Tule no lo creo. Tengo entendido que salió a recorrer rutas, y se perdió con su moto y sus drogas, no supimos más de él.

Muchas veces, en aquellos momentos duros, me pregunté por qué Juan se había enterrado en esa nostalgia, por qué se encerró en estos círculos, una y otra vez. Mis explicaciones rápidas no me servían, eran demasiado simples. Había algo más que necesitaba entender porque toda aquella etapa no parecía corresponder con su personalidad. Esto me mostró una vez más, lo inapropiado que es confinar a una persona en un diseño. Habrá sí una estructura, un determinado cimiento, que es básica, que forma a cada uno. Pero luego viene el montaje sobre esta estructura, y aún más: las terminaciones, los adornos, el aspecto general. La estructura básica es la que tenemos, pero todo lo demás es cambiabile o modificable. Como todo en su conjunto es el diseño, pues parece claro lo que dije antes: no podemos confinar a una persona en un diseño en particular.

Juan era quien es; su estructura edificante es única y permanece, pero dependiendo de un sinnúmero de causas, dependiendo de diferentes contextos, dependiendo hasta del estado de ánimo, se puede reaccionar de una manera o de otra.

Lo que a Juan le puede haber pasado, es que el presente se le hizo papilla; el presente se convirtió en algo agresivo, cruel; el presente lo confundió, lo desanimó, y entonces debió necesitar armarlo en base únicamente a lo ya vivido. Algo tembló en su vida. La muerte de Elbio tembló su vida, un rato, mientras duró su duelo. No aceptaba ser aquí y ahora, con por supuesto lo ya vivido a cuestas, pero aquí y ahora; le fue muy difícil, a pesar de su enorme cabeza pensante, madurar todo, entrelazarlo con lo actual, incorporarlo. Le fue muy difícil, muy difícil, hasta que lo logró. Como él mismo supo analizar posteriormente, esta época le fue rara a sí mismo, fundamentalmente por lo irracional, por lo abandonado a los sentimientos.

A partir de ese momento, a partir del momento en que lo logró, se convirtió en una persona que supo muy bien lo que era un duelo, lo que significaba esa palabreja tan usada y muchas veces tan pobremente comprendida.

Duelo. Supo acerca de las extrañas formas que toma a veces el sufrimiento.

Tule no. Tule en cambio quiebra, nada le tiembla sino que quiebra; vive el pasado y lo separa del presente. Presente que para él no parecía tener importancia, o por lo menos emoción. Buscaba un sentido para la vida, porque sólo el hecho de que la vida sea para vivirla, no le alcanzaba. Necesitaba creer en otros significados. La época que él recreaba, le era tan importante porque para él fue una época en la cual encontró justamente ese valor; pero luego, no volvió a encontrar uno nuevo, no pudo pensarlo de otra manera, no pudo seguir pensando, como sí pudo Juan.

No conocí la vida de Tule porque no me interesó conocerla, no supe casi nada de su historia, pero supongo que perdió mucho, perdió algo muy preciado, tal vez su propia

identidad. No dejo de pensar que en muchos momentos he sentido lástima por él. Parecía comprenderlo. Parecía darme cuenta cómo era su estructura. Pero igualmente no pude relacionarme con él más que en aquellos torpes intentos de salvar a Juan.

Tule prefirió ser quien le recordaba a todos y quien le decía al mundo lo interesantes que fueron. Por esto sobre todo, me resultaba tan insoportable. Decía sobre lo intrépidos que fueron. Lo rebeldes. Lo justicieros. Hoy se hubiera arrogado el derecho de ser el abanderado de todas las causas justas; juez de los nuevos tiempos y de las nuevas generaciones. Podría haber sido el crítico de los valores perdidos, de las metas individuales, del mundo hoy. No podría vivir el aquí y ahora, porque sería el crítico del mundo hoy. Pobre Tule.

Lo único bueno que rescato de toda esta historia, es que Juan por fin volvió, en algún momento, volvió, nos encontró nuevamente, se recordó, y siguió floreciendo.

Pero a pesar del final feliz, aquella temporada fue bastante difícil. Recuerdo haber pasado por situaciones muy tensas, sobre todo en aquellas veladas que compartíamos con los hijos. Ya eran muchachos grandes, ya eran seres pensantes, y sin embargo para mí ellos eran tratados como seres necesitados, seres que debían ser protegidos, seres medianamente estúpidos. Como si ellos no fueran capaces también de armar su propia historia. Como si nosotros no tuviéramos incluso, muchas cosas que aprender de ellos.

En aquellas veladas, Cora y yo quedábamos mal parados, porque Tule, o a veces incluso la mujer de Juan, nos recordaban que nosotros no teníamos hijos, y por lo tanto no sabíamos de esto del trato y los problemas de los muchachos. Pero ambos, tanto Cora como yo, veíamos claramente lo que estaba pasando.

Veíamos por un lado, que los padres trataban por todos los medios de hacerles, a sus hijos, una vida lo más placentera y cómoda en su hogar, para tratar de mantenerlos en la casa paterna / materna el mayor tiempo posible. Esto en todo caso, es comprensible; no sé si es bueno o malo porque no me importa; sé que es comprensible porque yo lo puedo comprender. Supongo que es muy difícil aquello de cambiar nuevamente de vida cuando los hijos ya no están; debe ser, supongo, un movimiento tremendo. Después de todo, los hijos ocupan el eje de la vida de los padres durante muchos años, no menos de quince, no es poca cosa. También es comprensible porque un padre me imagino que sigue viendo a sus hijos como menores, como seres a proteger, a cuidar, quieren librarlos de todo mal.

Es difícil, muy difícil, aquello de superar la frustración mayor: es la frustración existencial, inmensa, por saber que uno no puede salvar la vida de su hijo. Es así. Hay que soportarlo. Es difícil. Es la madre de todas las frustraciones. Por eso a mí me parece este aspecto de intentar que queden en el nido lo más posible, esto lo veo con todo bastante comprensible. Desearía que les enseñaran más independencia, no lo voy a negar. Desearía que les ayudaran a animarse y salir, a ser valientes y recorrer, a que no les sea cómodo quedarse en el rincón conocido, sino atravesar el universo y explorar, con todos los riesgos, con todos los peligros. Desearía que mis amigos no traten más de "hacerles" la vida. Pero bueno, lo desearía, no se da muchas veces, lo puedo comprender.

Por otro lado, también está este otro aspecto que veíamos con Cora: el que muchas veces se los considera pobres gentes tan a la deriva en este mundo que les tocó vivir. Tan peligroso, el mundo, tan misterioso, tan sin sentido, tan solos, tan sin causas, sin referencias, tan desolados, sin ideologías o misticismos a partir de los cuales poder estructurarse. Esto puede llegar a tener tanta fuerza, que hay padres que explícitamente dicen que la razón para que esto suceda es que en su juventud el mundo era más seguro, era mas manejable, el problema es que parece que ahora ya no lo es, y los pobres crecen

entonces con esta desprotección; desprotegidos de los valores, de las certezas, de la seguridad.

Cuando estamos lúcidos y conversamos sobre estos temas, Juan ya nuevamente en su época racional, he notado que le queda algo de aquella nostalgia, o para ser más justo, queda algo de aquello de justificar y dar por bueno toda una época de creencias; trata así, una y otra vez, de comprender lo que pasó, lo que significó cada cosa, cada acto, cada prueba. Sabe que pertenece a la generación de los que perdimos, pero aún se siente con la posibilidad de entender, rescatar, tomar posiciones y transmitirlos. Porque sigue pensando muchas veces, que esto a nosotros nos ayudó mucho, nos hizo más fuertes, nuevamente: estábamos menos desprotegidos. Lo que para mí es peor, es que se siente capaz de enseñar a los hijos, ya grandes, cómo es la cosa. Nosotros los que perdimos. De mostrarles, de indicarles. Como si ellos no pudieran.

En esas circunstancias, yo prefería quedarme callado; lo mío era tratar de no intervenir cuando se hablaba en serio, porque no podía dejar de pensar que a los hijos se los estaba tratando muchas veces como si fueran idiotas recién llegados al planeta de los Hombres. Son hombres y mujeres, crecidos, maduros, con su escala de valores y pautas de comportamientos ya formados, con su personalidad, con su cultura. Distinta que la nuestra, eso sí.

Pero todo esto no parecía ser tenido en cuenta. Se siguió con ese rol del padre que dice lo que está bien y lo que está mal, que indica el mejor camino posible. Que les habla de cómo era antes para que vayan viendo cómo es. Muchas veces he visto que se les terminaba hablando de lo que deberían ser (que nosotros como tales no creo que seamos); de lo que deberían hacer (que nosotros ya no hacemos); de lo que deberían soñar (que nosotros ya no entendemos); de lo que deberían pelear (que nosotros sólo a veces, sólo algunos, y de muy diversas formas, a veces peleamos). Se les hablaba con cierta grandeza pero sobretodo sutileza. Se disfrazaban las frases y los tonos, se encubría la verdadera intención, se maquillaban los mensajes con gran soltura y ejemplar erudición, para que todo quede como una buena conversación, respetuosa por cierto. Que no en vano somos intelectuales...

Cuando en realidad, muchas veces, en lugar de escucharlos y entender, se los consolaba, se los justificaba, también se los vigilaba, porque claro, les tocó una época tan difícil...

Ese paternalismo para mí desmedido que tienen aquellos que no entienden que esta época que "les tocó", es también nuestra época. Las "épocas" no son sólo las de los jóvenes. Las épocas son las de los vivos, no importa demasiado la edad. Estamos vivos, entonces también es nuestra época, la que tenemos que continuar descifrando, entendiendo, averiguando. Como siempre: para vivirla, en lugar de negarla. En lugar de considerar que la nuestra era otra época que ya fue, darnos cuenta que nuestra época continúa.

El peligro para mí es actuar como si el pasado, el presente, y el futuro, fueran segmentos dentro de una línea, segmentos separados entre sí, independientes entre sí, tanto, que además nos podríamos colocar, cada uno de nosotros, en uno de esos trocitos de tiempo, y negar como propios a los demás. No, esto no es posible, porque el tiempo no se segmenta, porque los tiempos no se niegan, no tenemos poder para hacerlo. Nuestra época, es por esto que no depende de la edad; es por esto que la época no es la de los jóvenes, es la de los vivos. Se la puede incorporar o no, se la puede vivir o no, se la puede apropiarse o no. La cabeza es muy loca, da muchas vueltas, se defiende de muchas cosas, todo es posible. Se puede o no se puede. Pero lo cierto es que la posibilidad la tenemos, porque es así. Nosotros los viejos no somos el pasado, tenemos un pasado; y ahora, incorporamos este tiempo, también nuestro tiempo, el presente.

Muchas veces quise decirle esto a Juan y no me atreví. Quería prevenirlo, quería hacerlo cambiar, quería que fuera distinto. Quería recordarle que se veía bueno si abandonaba esa práctica de usar su vida como referencia absoluta, como ejemplo de lo que debe ser vivido, de lo bueno, de lo maduro, de lo sabio. No somos sabios, si lo sabrán los hijos.

Nosotros sólo podemos contarles, relatarles, mostrarles, lo que viene siendo nuestra vida y nuestras elecciones, como venimos dibujando cada uno nuestro mapa. Podemos hacerles nuestro cuento para que tengan un cuento más. Sólo eso. Porque ellos son capaces de armar el suyo a su manera, y no nos necesitan a nosotros para lograrlo. Ellos están aprendiendo de su tiempo, su época, la que define su vida; también de su pensamiento, de sus inquietudes, de sus deseos, al igual que fuimos aprendiendo nosotros. Ellos viven la vida, al igual que nosotros, seguimos intentando vivir la nuestra. Me pregunto muchas veces si este proteccionismo, este intento de ver a sus hijos como los eternos inmaduros, o los incapaces de, o los pobres que viven un tiempo tan difícil, me pregunto si no tiene que ver con aquello de que todavía no se ha entendido el lugar que le cabe al padre y a la madre en la relación con los hijos grandes. Pienso esto por un análisis apenas superficial de nosotros mismos. Se nos podría definir como adultos que fuimos algo que luego debimos cambiar y adecuarnos. Este proceso tiene que haber generado inseguridad. Tal vez esa inseguridad que se generó con tanto cambio, con tanta rectificación, tanto descreimiento, tanta vuelta atrás, tanto pensar otra vez, tanto aprender otra vez. Esa inseguridad tal vez sea la que les hace a algunos aferrarse a un rol específico y no desprenderse de él. Por ejemplo el rol de salvadores de otras vidas, que tan bien se puede ejercer desde el rol de padres; y que entonces les sea tan fundamental que la familia no se disgregue, seguir siendo importantes, tener ese rol porque no encuentran aún otro. Entonces siguen con el personaje de superhéroe, esto que llamo salvadores de otras vidas, ahora depositado en la difícil y elogiosa tarea de salvar a los hijos, ya que al mundo en su conjunto no se pudo. ¿Será esto lo que pasa? ¿Sería un poco esto lo que les estaba pasando a algunos de nuestros amigos?

Porque nosotros fuimos los primeros que rompimos con el orden familiar instituido. Nosotros fuimos los que pensamos romper con todo lo que venía dado, con lo que nos transmitían nuestros mayores. Nosotros fuimos los que pensamos que la familia como orden intocable no existía, o estaba mal planteado. Ahora algunas de esas personas, ya padres, parecen querer decirles a sus hijos que ellos son diferentes, que con ellos no tienen por qué romper ni separarse. Lo cual tal vez sea cierto, pero también es verdad que el no haber aceptado roles familiares impuestos, el haber cuestionado ese orden familiar, nos dio una libertad inmensa, nos permitió imaginarnos nuestra vida con una libertad como pocas veces se había tenido antes. Esto creo yo que fue un valor tan grande para nosotros, que se convierte en lo que más quisiera transmitir a los hijos: pues que no se preocupen por nosotros; nosotros seguimos armando nuestra vida, ellos son libres de elegir la suya sin ataduras, sin obligaciones morales para con nosotros, sin pautas estipuladas. Ellos pueden volar, porque nosotros sabemos que se puede. Es nuestro mejor relato: nosotros hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance para volar. Porque se puede.

Esto es lo más rico que tendría para contarles. Muchas veces también esto quise decirle a Juan, que no se olvide, ahora que es padre. Yo entiendo que es fácil equivocarse porque los quiere demasiado. A sus hijos. Porque sabe que él estructuró su vida en torno a ideales, a creencias, tan fuertes y tan compartidas por muchos, que se hizo menos difícil aquello del sentido de la existencia, del por qué, del con quiénes. ¡Qué imponente es esto de tratar de dar un sentido a la existencia! Como si existir en sí mismo, no fuera un sentido suficiente. Como si existir, no tuviera un significado.

Juan piensa que fue una suerte tremenda que nos haya tocado ser jóvenes en una época de referencias fuertes. También yo creo esto, sin embargo pienso que, como siempre, es mucho más complejo el asunto. Porque es verdad que nos estructuramos con creencias muy fuertes, pero también es verdad, que esas creencias eran, paradójicamente, desestructurantes.

Antes que nosotros, por ejemplo nuestros padres, para ellos se supone que no era tan complicado, porque de alguna manera, ellos “sabían” lo que tenían que hacer. Nacidos en un determinado lugar, en una determinada familia, sabían más o menos a lo que se podían dedicar, y cómo debían ir armando su vida. No estaba en cuestionamiento bases sólidas, forma de vida, costumbres, modales. No había esa libertad inmensa de elegir cualquier destino imaginable, porque no había lugar a grandes imaginaciones, la ruptura no era una posibilidad.

Esa época que vivimos de jóvenes, en este sentido, fue muy pero muy compleja, a pesar de que estoy de acuerdo que en muchos sentidos existían referencias sólidas. Pero en lo más importante, la libertad de elegir, la posibilidad de imaginar, era infinita. Esto aumenta la incertidumbre, la indefensión. La necesidad de elegir por nosotros mismos, lo que está bien y lo que está mal. No aceptábamos nada escrito, todo había que revisar. ¿Qué más perdido que de esta manera puede quedar un adolescente? Todo era elegible. No había nada que hubiera que seguir. Todo era posible de romper. Había que descubrir el mundo.

Si lo pensamos así, no fuimos tan distintos que los hijos ahora. Ellos ya heredaron esa posibilidad. No tienen su vida flechada hacia algún lado. Ellos tienen que descubrir, y decidir lo que van a hacer, y hacerse responsables de lo que elijan. Tan difícil como nos pasó a nosotros. Tal vez, y en esto entiendo la preocupación de Juan, sin las referencias ideológicas, sin el mundo dividido en dos bandos, tal vez hoy con mucha mayor dificultad para pensar por la riqueza y variedad de los planteos, porque ya no hay dos bandos, o pocos bandos, sino que se cuestiona la existencia de bandos; hoy con mucha más libertad para pensar. Aún más rico. Aún más atrevido. Por esto es que me parece tan incorrecto e injusto que se los trate casi como las pobres nuevas generaciones.

Trato de imaginarme qué pensarán los hijos de todos nosotros. Cómo nos verán. Los hijos de Juan, que sufrieron el discurso de su época de nostalgias, y también, y sobre todo, sufrieron a Tule, que por supuesto, se había instalado en su casa. O yo me imagino que sufrieron su discurso, ¿lo sufrieron? O los otros hijos, crecidos en su tiempo, pero a la sombra de nuestra irónica visión pasada y actual del mundo, y nuestra ironía del pensamiento en general.

Por suerte en un determinado momento me he preguntado, ¿tiene algún sentido tratar de inmiscuirme en el entendimiento ajeno? Supuse que es la tarea para psiquiatras, psicólogos, psicoterapeutas, psico-como-se-llamen. Que yo no debía tratar de cumplir ese papel. Digo por suerte, porque creo firmemente que son procesos íntimos, personales, y que sobre todo Juan, era imaginable que lo iba a resolver bien, como finalmente lo resolvió. No había necesidad de que incursionara en esta su intimidad, su tiempo. Esto de inmiscuirse, de introducirse, de invadir el entendimiento ajeno, de apuñalarlo, hacerlo sangrar, re-entenderlo, recordarlo, re-cuestionarlo, esto es tarea para los psi. O tal vez, ni siquiera los psi debieran entrar en esto...

Tal vez simplemente debemos dejar seguir el camino del entendimiento de cada uno. Dejar armar cada vida como mejor pueda, como le salga. Dejar fluir. Sin introducirse, sin cambiar rumbos que son extraños, que no son propios, son ajenos, son del otro; depende de la filosofía, de la religiosidad, de la fe, de la lucidez, de la cultura, es de otro, no es del sí mismo.

Claro que los psi están convencidos de que lo que ellos hacen en realidad es permitir que el sí mismo se descubra, se conozca, se entienda, que se siga eligiendo. Es una narrativa más. ¿Es creíble? No lo sé. Conozco de todo y de todos. Creo que algunos psi son capaces de hacerlo, con este respeto, con esta duda instalada. No creo que sean muchos, estos algunos. No puedo negar que a muchas personas les hace bien, les viene bien, conversar con su psi, con medicamentos o sin ellos; les viene bien y se sienten mejor con esto de recordar, re-entender, re-pensar; está bien, para muchas personas, esta intervención, esta ayuda, este camino que se recorre para mejor acomodar su vida, para mejor resolver sus conflictos. Como a muchas personas, creo yo, les viene bien la fe, las creencias, las guerras, los perdones, la beneficencia. Como a muchas personas les viene bien fumar, o dejar de fumar, drogarse, dejar de drogarse, conversar, o estar solo. En fin, somos tantos...

La recurrencia de este tema es hasta graciosa, creo que también da cuenta de todos los cambios que vivimos.

El asunto es que me pregunté nuevamente si hubiera tenido sentido decirle todo esto a Juan, que en definitiva es inmiscuirme en algo difícil, y decidí que no tenía por qué decir nada, que tal vez sólo sea dejar transcurrir, que las cosas fluyan y se vayan encauzando. No, no tengo nada que decirle a Juan sobre todo esto. Prácticamente logró - con su enorme capacidad- convertirse para sus hijos en alguien a quien está bueno escuchar, en alguien para aprender y confrontar. Tal vez sea éste el vínculo de los padres con hijos adultos: ya no hay quien dirija y juzgue, hay un intercambio de experiencias y de saberes que se confrontan; ya los padres dejan de ser la opinión, la voz, y se convierten en la referencia.

Pasamos un rato tan amable juntos, recordando, porque Juan me trae a Elbio con él, vienen juntos, ambos, a conversar conmigo. Me lo trae y se lo agradezco, porque ambos estamos ya tranquilos con su muerte, ninguno de los dos tenemos deudas impagas con él, ambos podemos compartir lo que sentimos, podemos abrazarnos, e incluir en ese abrazo a nuestro amigo.

XVI.

Así fue, un encuentro absolutamente emocional, y también de placenteros recuerdos. Ya también con Cora, quien nos había preparado un rico té de hierbas, nos quedamos sentados disfrutando esta tarde espléndida, que ya toca el atardecer, recordando entre risas algunas de nuestras clásicas discusiones. Nos detuvimos, para regocijarnos a costa de Cora, para burlarnos de ella un rato, en el relato de una de estas clásicas: cuando se planteaban las quejas -fundamentalmente de las mujeres, y entre ellas, fundamentalmente Cora-, respecto a que algunos de nosotros instalábamos una guerra interna, una competencia, en cada discusión. Que no intercambiamos ideas, sino que nos peleamos por ellas. No escuchamos al otro para cuestionarnos, sino que peleábamos para ganar. Gritos, gesticulaciones, más que nada gritos, por eso es escasa la intervención femenina, porque ellas son diferentes, cada una por separado, son diferentes, en general conciliadoras, algunas más aguerridas y orgullosas de su postura intelectual como para tratar de pelear, pero no usan nuestras armas, por eso pierden ante nuestra “brutalidad”.

Nosotros peleamos con armas, nos atacamos, gritamos, asustamos, arremetemos, es a ganar, claro está. Es bien divertido. Es lo que algunas de nuestras mujeres no terminan de entender. Tal vez ellas sean más serias y profundas. Lo importante en realidad, es que vivimos un juego, un juego que nos divierte y mucho.

Es más, las reuniones sin grandes discusiones, en general hemos compartido la opinión entre varios de que fueron aburridas, sin emoción, sin sabor.

Hay diversión en nuestra forma de discutir, de pelearnos. Jugamos para ver quién gana. Así nomás. Es una sabiduría íntima que sólo pueden entender quienes la entienden. Cora al principio, detestaba estas situaciones. Se quedaba callada. Se negaba a participar, a seguir este juego. Muchas veces incluso se sintió herida por no ser escuchada, porque no la tomaban en cuenta.

Porque era más seria y profunda. Sobre todo seria. Los temas en discusión, para ella, eran importantes, solemnes.

Hasta que logró aprender a divertirse con estas batallas discursivas, con las sabias argumentaciones o pueriles defensas ideológicas. Se dio cuenta que podíamos discutir y pelear casi por cualquier cosa. Que los temas para nosotros eran serios y no lo eran.

Encontró la diversión, ella se hizo más sabia. No le salía, igual, participar directamente porque así nunca fue su personalidad; pero sí aprendió a mirarlo y gozarlo, a divertirse con los juegos ajenos. Se divierte mirando, que también es una forma de participar en el grupo de amigos. Ella es diferente aún hoy, es más profunda, como más problemática, se zambulle en las honduras de la vida, en los dramas y tragicomedias del mundo, de la vida cotidiana, porque necesita entenderlo todo, necesita masticar, interpretar, volver lógico y transmisible lo inefable. Por esto mismo es que nos divertimos esta tarde con Juan, caricaturizándola, insistiendo sobre su tremendista profundidad; y Cora junto a nosotros también riendo, también burlándose de ella misma.

Recordamos, ya en una libre asociación de imágenes, cómo muchas veces, entre cerveza y cerveza, hemos comenzado a hablar de un tema en forma de consenso, y sin embargo, con igual facilidad, todo podía cambiar en un segundo y volverse una batalla campal. Comienza una opinión con la frase más o menos hecha, con el sentimiento común, el valor compartido: pero apenas se continúa un rato, aparece la inevitable individualidad. Aparece todo lo que no tenemos en común, lo desigual de los intereses y móviles internos.

Compartimos bastantes valores y sentimientos; lo desigual emerge en el acento, en la puntuación del discurso, creo yo que sobre todo en los móviles internos, en eso tan particular de cada uno. Reconozco que muchas veces se instala la necesidad de sintetizar un conjunto en algo abstracto que lo englobe y lo defina -el famoso y no tan bien ponderado *nosotros*, sobre lo cual ya conversamos lo suficiente. El asunto es que los que no creemos en la divinidad, -que sería la expresión abstracta última, la que sintetiza el conjunto de la humanidad-, no podemos adherirnos ni siquiera a la abstracción que engloba un pequeño conjunto. Sí lo hacemos muchas veces, pero sabiendo que caemos en una evidente contradicción.

Cada uno, ya lo dijo Don Sigmund en otro siglo, tiene sus propias víboras y serpientes internas. Cada uno libra su íntima batalla, cada uno, cada cual. Podemos hacer alianzas, pactos, acuerdos, para hacernos grupo; podemos de verdad encontrar intereses comunes, pero en lo más íntimo, cada uno sigue siendo cada cual.

Cora se pone triste cuando le hablo así, dice que esto es la imagen viva de la soledad. Se siente tan pero tan sola cuando yo hablo así, que involuntariamente brota alguna lágrima, deja un poquito más vacío su interior. Nos miramos con esa mezcla de camaradería y cuestionamiento, porque esto es algo que hablamos muchas veces entre nosotros.

A Juan no le produce lo mismo, porque él sí entiende de lo que hablo; él sabe en lo más íntimo lo que significa; él lo aprendió. Nos entendemos, nos conocemos, sabemos de cada uno. La mayoría de las veces, sabemos lo que es compartible y lo que no; lo censurable, lo reprobable, lo aceptable, lo que separa, lo que enoja, y lo que nos une en la imaginaria eternidad. A veces es una mirada, un gesto, un movimiento, y ya esto es el lenguaje que necesitamos para entender.

También se vuelve recurrente el tema de la soledad. Parece ser uno de esos temas que por lo complicados se ha vuelto un tema significativo de la existencia. Para mí, que yo recuerde, nunca fue un tema existencial al cual debiera dedicarle algún tiempo especial. Nunca mantuve un diálogo fluido con mi soledad, porque sinceramente nunca tuve necesidad; para mí es parte constitutiva del ser, la tomo como viene, no me ha causado ningún perjuicio, ni siquiera molestias. Tan es así, que ni siquiera me ha producido disgustos cuando entro en contradicciones, o cuando siento distinto.

Especialmente las contradicciones. Puedo contar alguna de ellas. Recuerdo un día de hace pocos años atrás, Cora estaba en una actividad profesional en el exterior. Yo pasé algunos días solo. Estaba muy bien y muy cómodo. Porque así como sé que me encanta vivir con Cora, también sé que me encanta tener mis ratos o a veces mis días sin ella. Esto mismo lo estaba comentando con Juan, Clara, Elbio, y aquella amiga ocasional de Elbio... ¿cómo era su nombre?... Sí, Patricia. Frágil, linda, y mística. Patricia. Por supuesto, tan diferente a Elbio, que nadie se los pudo imaginar mucho juntos. Y fue así. Creo que estuvieron juntos un mes o algo más.

Estábamos en la cocina de la casa de Juan, mezclando ingredientes dentro de una gran cacerola, haciéndonos los entendidos, imaginándonos los deliciosos platos que saldrían de tan democrático y variado grupo, todos opinando y mezclando sabores.

Era una tarde soleada, como lo fue la de hoy. Era una tarde alegre. El pan y el vino por doquier, ya no estábamos muy sobrios aún antes de comenzar a comer. Tal vez por esta misma razón nos resultó tan sabroso lo que comíamos, que nunca llegamos a poder definir.

En ese ir y venir de especias y elementos culinarios varios, alguien dice... “una mirada podría ser la ventana del alma”. ¿Alguien dijo esto alguna vez? Porque recuerdo que fui yo quien lanzó esta tremenda y risible frase. Lo que no sé, es si habrá sido de mi invención, o la recordé de algún libro. Suena agradable. Estaba probando la salsa que

acabábamos de preparar. Creo que intentaba definir la salsa y su interrelación con nuestros sentidos, o quería encaminarme a ello... quién me podría entender, yo no, seguro que no. Sé que fue un sonido agradable en mis oídos, y lo volví a decir... Una mirada, podría ser una ventana del alma.

A Patricia le encantó. Hasta se enamoró de mis palabras. Juro que no sé bien qué entendió, porque yo no lo capté.

Como nunca supo si yo lo decía porque realmente lo pensaba, o lo decía con esa ironía característicamente cruel, ahí mismo se destapó con una tremenda teoría.

Recuerdo que lo que más me gustó de su hipótesis de trabajo, como la llamé yo más tarde, fue la pasión con la que fue dicha.

Con ojos brillantes, casi nublados de lágrimas, estremecida, temblorosa, con los poros abiertos, respirando el ambiente, la emoción en el cuerpo todo, nos explicó que todos poseemos estas ventanas. Es lo que nos hace humanos, si podemos definir alguna característica que nos agrupe como tales y nos separe de otras categorías de seres vivos. Lo humano es poseer las ventanas del alma.

- No todos somos conscientes de ellas -nos explicó-. Incluso pocos pueden verlas en los demás. Las ventanas igual están allí, las puedan ver o no.

Cada ventana es algo así como un contenido de energía, a través de la cual se expresa el alma, y entonces es así como mostramos caras, movimientos, gestos, la mayoría imperceptibles, son las expresiones del alma, que salen a través de las ventanas que poseemos.

El alma entonces no es ocultable porque es parte de cada uno, es estructural, no se puede disecar. Está enredada en cada célula, en cada pequeño trocito de nuestro cuerpo físico. Es inimaginable un alma en un habitáculo propio dentro del organismo. El alma forma parte de todo, respira a través del cuerpo. No se oculta, se muestra. Se deja ver a quien la sepa mirar. Está continuamente expresándose a través de las ventanas de energía. Las personas que las pueden ver, son las más intuitivas, las que mejor percepción tienen de todo lo humano, las que saben.

Terminó su discurso y recuerdo que todos quedamos atónitos, copa en mano, cacerola al fuego, el tiempo se detuvo unas milésimas de segundos, en las cuales nadie respiró. Hasta las gotas de polvo esparcidas en el haz de luz solar que entraba por la ventana de la cocina quedaron paralizadas.

¡Qué pasional es la pasión! nos permite estar convencidos de lo que queramos. De la magia. De las hadas. De los duendes. Esto es lo que recuerdo ahora. La forma como se crea la magia. Cómo podemos hacerlo. Ahora me doy cuenta, hete aquí un poder que poseemos.

En aquel momento no pensé en esto, sino que pensé en introducir alguna pregunta de esas que no dejan continuar, que destilan por sí mismas las dudas suficientes como para ya no estar seguros de lo que se dice, esas preguntas o comentarios que sabemos de antemano que cortan los discursos sensibles y sentimentales, los discursos sin base, los con poca lógica, los indemostrables, por sobre todo. Pero no me sentí con ese derecho; era un día maravilloso, Patricia era muy linda; la recuerdo bastante inteligente, a pesar de que no entendí casi nada las pocas veces que habló; sí sé que tenía muchas ganas de creer en muchas cosas, y ella las transmitía así nomás, sin vergüenza alguna, abierta a toda crítica, burla, o apoyo.

Y yo, el sarcástico de siempre, simplemente tuve ganas de que me considerara su aliado, su gemelo, el que puede creer y ver las ventanas del alma, porque yo, ese día, recuerdo que no tuve ganas de sentirme solo.

Porque yo también sé ser contradictorio. Y entonces puedo reconocer que, muchas veces, en los últimos años, me he sentido francamente agotado, por lo solo. Cada vez

me he ido convenciendo más que cada uno depende únicamente de sí mismo, se ayuda o no a sí mismo, toma un rumbo, toma otro; claro que los demás existen, fundamentalmente si uno tiene esos demás con quienes contar; pero hablo de lo más interno, de lo más último, del centro, del eje. Esa esencia es uno... solo.

Tal vez sea por esto todo el tema de las desilusiones, de los reproches, del sentimiento de incompletitud, de frustración, las acusaciones que se realizan a los convivientes, aquello de “es que me falta”, “es que no me das”. Tal vez sea justamente por la falsa idea de que el otro nos ayuda, nos acompaña, nos completa. Claro que lo hacen, en cierta medida. Es que hay que comprender que sólo es en cierta medida. Esto es independiente a la calidad de los amigos y de los amantes. Todos pueden ser excelentes. No es el punto. El punto para mí es que aquello que recorre nuestra profundidad, aquello tan propio, tan de uno, tan íntimo, tan sagrado, casi inefable; ese eje existencial, es tan personal, que aquí, con esto, estamos solos, y no podemos pretender que el otro lo comprenda y nos ayude. Porque no creo que se pueda. No creo que sea justo para con uno y para con los demás pedir semejante cosa. ¿Estoy muy repetitivo? Pues sí. No importa. Claro que me apasionan todos estos temas. Todos ellos hoy son fundamentales.

Pensándolo bien, es por esto que nunca me sentí culpable con Cora. Yo sé, yo se los conté, que a ella no la pude acompañar bien en momentos tormentosos. Sin embargo tampoco es que me haya sentido culpable, o en falta. Lo pude razonar, pero no me sentí en ningún momento un mal compañero. Sé que me dio mucha pena no haberla acompañado como ella se lo hubiera merecido. Pero las cosas son así. No dependen de mí. Sin duda me ha pasado de esta manera porque siempre supe, en algún rincón de mi cerebro estaba, este convencimiento de las posibilidades. De las posibilidades de pedir y de exigir. De lo que se puede y de lo que no se puede, simplemente por el impedimento de acceder. Ahí, en esa profundidad, es que yo reconozco lo solos que estamos, como un dato, y no como una valoración.

Cuando nos hablan los que saben, acerca de lo absurdo de la culpa, tienen razón, es absurda. No porque nos haga daño sin que nosotros lo podamos resolver. Es absurda desde el planteo, desde la premisa, es absurda porque denota una falta de comprensión de cómo somos. Es absurda porque demuestra que no entendimos nada acerca de todo aquello que no podemos, de los poderes que no tenemos, de lo que nos es imposible, de lo que no tiene lugar. Entiendo que es frustrante pensar en las enormes limitaciones que tenemos, pero también entiendo el trabajo inmenso que nos da, las angustias que pasamos, a cuenta de querer plantearnos que sí podemos pero no lo hicimos.

El asunto es que aquel día, en la cocina, con Patricia, yo no quería sentirme así. Quería ser parte integrante de algún pensamiento, sentir que soy igual, que pienso como, que soy parte de. Entonces no hubo discusión, a pesar de que la mitad de los que estaban ahí no entendían nada, y a pesar de que yo mismo creo que entendí poco el asunto este de la expresión del alma, ahí de todas formas estaba yo, integrando un conjunto con Patricia, y tal vez con tantos más: los defensores de las ventanas.

De todos estos recuerdos y situaciones, jocosas la mayoría, estuvimos conversando con Juan. Fue muy agradable su visita. Calma. Inteligente. Sin rendición de cuentas. Sin pedidos de disculpas. Sin arrepentimientos. Los dos sabíamos que habíamos pasado por mucho en la vida. Que muchas veces estuvimos bien parados, armónicos, y muchas veces nos equivocamos serio, buscando equilibrios que incluso no fueron muy posibles. Hoy nuestra conversación tomó el rumbo del descanso, del entendimiento, fue realmente muy agradable, como es él. Una preciosa culminación de mi tarde.

Se despide Juan, y con él se despide Elbio. A seguir con sus vidas. Magnífica la intensidad del abrazo. El abrazo del atardecer.

Vuelvo a sentirme muy triste. Tan triste. Me atrapa la angustia, no lo puedo evitar más. Ya no más trucos. Ya no más inventos. No puedo pensar en más nada, sólo puedo saber, y aterrarme. Saber que en estos momentos, en mi caso, lo que más siento, es esta angustia, estas ganas de llorar, de llorar, mucho, llorar, horror... qué tristeza...

Ahora sí, ya me encuentro con el atardecer en todo su esplendor. Miro a través de las ventanas, veo a Juan atravesando el parque, se está yendo, querido amigo. La cabeza inclinada hacia abajo, la mirada en sus propios pasos, las manos en los bolsillos, tal vez tú también, mi amigo, estés escondiendo esa lágrima...

Trato de absorber todo ese exterior, me encuentro con la maravilla de la vida. Justo son esos colores que todo lo vuelven más calmo, más apacible. Son unas horas del día maravillosas, siempre me gustaron y siempre las disfruté.

Los paisajes del atardecer y sus colores. Hay un cambio, una transición, son unas horas muy características, particulares. También pueden ser tristes. También pueden ser crueles, porque recordemos que en un cuerpo vulnerable, se decae justamente en esas horas. Igual que el día, comienza a languidecer para abrazar lo nuevo: la llegada de la noche.

Son horas de gran firmeza, también lo puedo ver de esta forma; se identifican, anuncian que se está en transición, que algo acaba y algo comienza. Yo me siento exactamente así. Ahora lo puedo ver claramente. Soy una transición. Estoy acabando algo, y comienza algo nuevo, oscuro, que asusta.

No me queda mucho más. Me estoy acabando en forma literal, con mis paisajes, y con mis ganas. Muy pronto no voy a ver más, aparecerá la noche.

Ya no puedo mantenerme levantado. Necesito la cama. Necesito estar horizontal. Necesito el refugio de mi dormitorio. Estoy cansado. Demasiadas emociones. La vida digna hasta el final, también produce fatiga.

No necesito volver a mis pijamas. Sólo necesito reposar sobre la cama, así vestido, así preparado. Esto no es sueño, no es ganas de dormir. Es algo diferente. Un cansancio diferente. No puedo más. Devastadora fatiga.

XVII.

Me invade un momento de desesperación... ¿de pánico? Sin embargo estoy con todos aquí. Todos, de alguna manera u otra, están conmigo: Elbio, Juan, Cora, Clara, Ivette.

Físicamente sólo Cora ha quedado a mi lado, en el dormitorio. Pero todos están conmigo. Todos han venido. Me han despedido. Algunos dejando un pedazo de su alma, otros con el recuerdo, con la añoranza. Hoy me tocó a mí despedirme, mis queridos amigos, presentes y ausentes.

La desesperación es como un dolor del alma. Grito de miedo, grito de desolación, grito de impotencia. Y es esto lo que se me aparece, ya forma parte de mi nueva realidad. Mi grito. Esta inquietud que atrapa y que invade; esta víbora que se retuerce en mi interior, intenta ahogarme, la desesperación. No pude aguantar más. He tenido que retirarme de los rincones más vivos de mi hogar. Sólo queda la cama. Me he vuelto frágil, ya comienza, poco a poco, a invadir la noche, adentro y afuera. Se siente. Lo siento.

Es así, como el atardecer, no tengo más que acompañar la evolución natural de la vida, de los momentos de la vida; a mí me llegó este atardecer, donde algo termina y algo comienza; debo dejarlo transcurrir, no es más que eso. No tengas tanto miedo. Es así.

Esto lo repito y lo vuelvo a repetir, pero no sirve el conjuro. Perdí la magia hace ya demasiado tiempo, desde que me he vuelto un cínico. Ese día de mi historia, los duendes resolvieron retirarse, los príncipes y las hadas resolvieron darme la espalda. Los grandes magos protectores, eligieron a otras personas, pues yo ya no los merecía. Demasiado racional, demasiado problemático, demasiada ironía. A los magos no les gusta los neuróticos superados. Además hay otro rival, porque el miedo supera la magia. El miedo es un rival muy desigual; no tiene gracia enfrentársele; uno ya sabe que tiene todas las de perder.

Se impone aquella imagen que vi en el espejo, parece que hace ya tanto tiempo... sí, el espejo de cuerpo entero, ése mismo que intenté esquivar por meses, y que sin embargo logré enfrentar. La imagen de este hombre tan delgado, tan gastado, tan acabado. Juego un rato con la idea de que esa imagen era de alguien más, no sé, alguien que no conozco, alguien que se interpuso entre mí y el espejo, alguien que tapó mi verdadera figura, que invadió el espejo, que lo acaparó. Pero como tranquilizante no sirve. No puedo evitar saber que era yo mismo.

Me vuelvo a un lado y al otro, intento respirar, parar, tranquilizarme; intento vencer la desesperación. Es demasiado difícil. Evoco todo lo que entendí, todo lo que leí, todo lo que comprendí; evoco mis conocimientos, evoco mi lógica, mi estructura, la razón. Me ahogo evocando. Éste justamente era el límite. Había un límite para lo racional. Era cierto.

Continúo dando vueltas y vueltas, ya hasta siento el sudor en mi cuerpo, huelo mi transpiración, se humedece la almohada. Mi cabello revuelto, desarmado. Pateo rabioso hacia ningún lado, sólo para molestar, para enredar las sábanas. Basta. No puedo terminar así. Tengo que encontrarme otra vez. Tengo que acomodarme en mi cuerpo. Acomodarme. Recordarme. Yo mismo.

Lo estoy logrando, de a poco, hasta que por fin puedo aflojar otra vez: logro el encuentro, logro la calma; me coloco sobre mi costado izquierdo, respiro profundamente, siento la distensión; cierro por momentos los ojos, continúo respirando, encontrando el equilibrio... y allí está... la visión, el amuleto, mi salvación. Encuentro la imagen de un lecho de descanso, abrigado, cómodo, donde dispongo mis pensamientos a reposar. Un lecho de nubes, flotando en la inmensidad de un cielo tan azul, tan azul, que de sólo mirarlo, el descanso llega también a los ojos. Invento imágenes de reposo y

abrigo. Invento. Porque hasta aquí llegó la razón. Ésta era útil para la vida, pero no para cuando se acaba. Corre una lágrima gruesa por mi mejilla. No intento ocultarla. Ya no. Estoy necesitando morir. La vida, cuando tiene un minuto o una hora final, es difícil de soportar. Todos los sentidos cambian. Y muy rápido. El pánico. La desesperación. La impotencia. Hasta que viene la imagen del lecho, cómodo y abrigado, y uno ya sabe que se está terminando, es el final, se tiene que dejar ir.

Desde siempre supe que la vida tenía una fecha final. Es una fecha incierta, existe, aunque no la conocemos, no sabemos cuándo será. Es tan lejana como queramos, hasta el punto de hacerla casi desaparecer. Podemos hasta jugar con esta idea, porque la fecha no se sabe, porque todo se vuelve una suposición, entonces no importa, podemos actuar, hacer de cuenta que no existe, es tan impredecible, que es hasta correcto ignorarla.

La situación que vivo ahora, es cuando hay un final cierto esperado, les aseguro que se vuelve muy difícil. Aquello de que “yo ya lo sabía”, desaparece como por arte de magia. No hay conocimiento posible. ¿Sabía qué cosa? Es imposible de saber. Lo que muchos hemos hecho es imaginarnos estos momentos, y tratar de racionalizarlos también. Elaborar teorías, pensar y pretender decidir cómo lo haremos, cómo lo viviremos, cómo lo moriremos. Elaborar nuestro final para continuar viviendo con mayor tranquilidad. Como dejando el tema resuelto. Ya está. Ya lo pensé bien. Ya sé cómo va a ser. Ya sé cómo será para mí. Entonces puedo seguir ocupándome de los asuntos de la vida, que son los que importan.

Y sí, por supuesto que son los que importan. Los asuntos de los vivos. Son los que han despertado mi interés. No quise antes plantearme que la muerte también es uno de los asuntos de los vivos. El más inaccesible. No quise planteármelo porque hubiera tenido que admitir que sobre esto, nada hay para pensar, nada hay para decidir, nada hay para determinar. Será como será. Aparecerá cuando sea. Se vivirá quién sabe cómo. La mayor de las incertidumbres. El mayor de los desvalimientos.

Ahora recién puedo saber y sentir, que hay más miedo y tristeza que conocimiento. Se acabó la fantasía de la vida eterna, el sueño de que falta mucho, la percepción de que no es tiempo aún para que ocurra. Todo esto, que muchos de nosotros lo transformamos en nuestra pequeña gran fantasía, se vuelve débil, quebradizo. Saber que todo simplemente acaba, me hace sentir débil y quebradizo.

Pero es así.

Queda el repaso de la vida, los recuerdos, los momentos, los deseos incumplidos, la crítica, casi todo es sentimiento. También las despedidas. Quién sabe, tal vez todos los recuerdos que les he narrado, hayan estado influidos por este particular estado del ánimo. Tal vez fui aún más cínico de lo que solía ser. No importa. Porque esto también es una certeza para mí: la misma historia, el mismo recuerdo, puede verse, leerse, evocarse, de formas diferentes, de acuerdo a cada momento que estemos viviendo. No hay un hecho único, un solo y verdadero recuerdo. Muchos sabíamos que un mismo hecho es vivido de diferente manera por cada persona. Ahora también sé, que un mismo hecho, puede ser recordado de diferente manera por uno mismo, dependiendo de cuándo lo recuerdo, dependiendo del momento, de la situación, del ánimo, de la etapa de vida. Tan relativo es todo.

Además les diré que estos recuerdos que les he transmitido tuvieron un sentido muy grato, y fue el de despedirme de a poco. Con cada momento recordado y relatado, me he podido despedir, suavemente, sin prisas, de cada uno y de mi vida. No hubo una patética despedida final, sino una sucesión de adioses, de abrazos, de separaciones, de a poco.

Muchas veces he dicho que mi vida es digna, y por lo tanto quiero también una muerte digna. Ahora, en estos precisos momentos, es que me doy cuenta que no existe una

muerte digna. Se me aclaró el tema. Por fin me despabilé de aquello que me molestaba; yo de alguna manera me había dado cuenta, cuando repetí esta frase que implica muerte digna, me había dado cuenta que esta frase es cómoda, es linda, es justificatoria, pero no es cierta para mí.

Muerte es muerte. Es nada. Es vacío. Es negrura. No puede ser digna. Es abismo. Es indefensión. Es incertidumbre. Es horrible.

Uno puede rabiarse, entristecerse, conformarse, o maldecir, o simplemente vivirla como lo que es. Pero no es digna. Lo único digno posible es la vida. Por eso pretendí y pretendo vivirla hasta la última gota, hasta el último suspiro, hasta el último color, hasta mi última lágrima; esto sí lo considero digno, vida digna, hasta el final.

Me quedaré sin saber cómo sigue; creo que es lo que más lamento, lo que más me asusta, lo que más me entristece. Qué seguirá pasando con Juan; cómo consigue seguir viviendo Clara en este mundo; si Ivette finalmente va a envejecer o seguirá tan linda como siempre; cómo continúa el cuento con los muchachos, los hijos del grupo, y sobre todo, cómo seguirá viviendo Cora, qué le pasará, qué elegirá, cómo será para ella seguir creciendo.

Ahora la veo agobiada, encorvada, con el peso de tantas vidas sobre sus hombros. A mi Cora. Es que su permanente lucha por la vida, ese divino camino de luz, ese amor, ese abrazo, ese rescate que trata de lograr, el intento de rescatarme, de salvarme, ella ahora sabe que está perdiendo. Intento decirle que no se preocupe. Que igual ganó. Que no fue en vano. Ganó porque siempre, desde que estuvo a mi lado, me ha tendido su mano, me ha arrastrado al mundo de la vida y de la luz. Lo cierto es que ya no tengo fuerzas para hablar. Ojalá esto, ya se lo haya dicho alguna vez. Ojalá yo haya tenido esa generosidad. Un manto de tristeza profunda cubre su rostro, la estoy haciendo doler, mucho. Ella sabe que hoy es responsable de todos los dichos, los gestos, los movimientos. Hoy carga con la aplastante incertidumbre, hoy ve cómo recorre esta lágrima mi mejilla, me ve sonreír, me ve el dolor, el miedo, y la lágrima. No hay más cuentos posibles, Cora, nuestra historia termina aquí.

Ella me devuelve calidez, abrigo, y también me acompaña en el dolor y el miedo. Ella también lo siente; ¿pena hacia mí? no, no hay pena. Es la implacable desesperación por tener que hacerse cargo de cada mueca, sabiendo que ahora todo, hasta lo más mínimo, hasta un cambio en la respiración, todo, tiene significado para mí. La implacable desesperación de saber lo que pasará muy pronto. De saber el final.

...

- No te mueras, mi amor; no puedo dejar que te mueras. Sólo un rato más, quédate un ratito más. Que todavía tengo tiempo, tengo más días para quedarme contigo, en tu casa. Que me falta contarte muchas cosas. No te vayas, por favor,... un día más... no te vayas...